

Rositsa Yósifova Avrámova y José Manuel Pedrosa

COSTUMBRES Y FIESTAS DEL PUEBLO BÚLGARO

Asociación Búlgaro-Española Cirilo y Metodio



El Jardín de la Voz

Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular

9

Serie “Culturas del Mundo”

Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá

Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM
Centro de Estudios Cervantinos

Títulos publicados

1. Harinirinjahana Rabarijaona y José Manuel Pedrosa, *La selva de los hainteny: poesía tradicional de Madagascar* (2009) 149 pp. [Serie “Literatura, Etnografía, Antropología”].
2. Óscar Abenójar, *La Estrella Alce: mitología del pueblo vogul de la Siberia occidental* (2009) 113 pp. [Serie “Culturas del Mundo”].
3. Arsenio Dacosta, *Una mirada a la tradición: la arquitectura popular en Aliste, Tábara y Alba* (2010) 198 pp. [Serie “Literatura, Etnografía, Antropología”].
4. Óscar Abenójar, *Fluye el Danubio: lengua y tradición de las baladas populares en Hungría* (2010) 272 pp. [Serie “Culturas del Mundo”].
5. Bienvenido Morros, *El tema de Acteón en algunas literaturas europeas: de la antigüedad clásica hasta nuestros días* (2010) 747 pp. [Serie “Edad Media y Renacimiento”].
6. Luis Miguel Gómez Garrido, *Juegos tradicionales de las provincias de Ávila y Salamanca* (2010) 157 pp. [Serie “Literatura, Etnografía, Antropología”].
7. Denis Socarrás Estrada, *Los saberes guajiros de mi sabana cubana* (2010) 218 pp. [Serie “Tradiciones de América”].
8. Ángel Hernández Fernández, *Romancero murciano de tradición oral: etnografía y aplicaciones didácticas* (2010) 332 pp. [Serie “Literatura, Etnografía, Antropología”].
9. Rositsa Yósifova Avrámova y José Manuel Pedrosa, *Costumbres y fiestas del pueblo búlgaro* (2009) 140 pp. [Serie “Culturas del Mundo”].

Es este el primer libro que abre a los lectores en español el horizonte de la cultura tradicional búlgara. Un patrimonio riquísimo, de raíces muy antiguas, en que se mezclan la herencia tracia, la eslava, la protobúlgara venida del este, la griega, la romana, la cristiana, la otomana y muchas más.

De todo ello resultaron unas creencias, unas costumbres y unas fiestas profundamente arraigadas en el imaginario y en la vida cotidiana de las aldeas y de los pueblos búlgaros. Sus ecos, tal y como han quedado reflejados en este libro, dan idea de un patrimonio de pasado esplendoroso y de enorme valor cultural.

Rositsa Yósifova Avrámova es licenciada en Filología Hispánica y en Filología Búlgara por la Universidad Climent Óhridski de Sofía. Es profesora en el Centro Hispano-Búlgaro de Madrid.

José Manuel Pedrosa es profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad de Alcalá.

COSTUMBRES Y FIESTAS DEL PUEBLO BÚLGARO

Rositsa Yósifova Avrámova y José Manuel Pedrosa

Asociación Búlgaro-Española Cirilo y Metodio



El Jardín de la Voz
Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular

Serie “Culturas del Mundo”

9

Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá
Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM
Centro de Estudios Cervantinos

EL JARDÍN DE LA VOZ
Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular

Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá
Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM
Centro de Estudios Cervantinos

Directores

Óscar Abenójar, Mariana Maserá y José Manuel Pedrosa

Series

Culturas del Mundo (dirigida por Óscar Abenójar)
Edad Media y Renacimiento (dirigida por Elena González-Blanco)
Literatura, Etnografía, Antropología (dirigida por José Manuel Pedrosa)
Tradiciones de América (dirigida por Santiago Cortés y Mariana Maserá)

Consejo de Redacción

José Luis Agúndez (Fundación Machado, Sevilla) § Ana Carmen Bueno (Universidad de Zaragoza) § Caterina Camastra (UNAM, México) § Javier Cardaña (Universidad de Alcalá) § Claudia Carranza (Universidad Intercultural de Pátzcuaro, México) § Cruz Carrascosa (Università di Pescara) § Eva Belén Carro Carbajal (Museo Etnográfico de Castilla y León, Zamora) § Ignacio Ceballos (Universidad Complutense, Madrid) § Susana Gala (Universidad de Alcalá) § Sara Galán (Universidad de Alcalá) § José Luis Garrosa (Universidad Complutense, Madrid) § Luis Miguel Gómez Garrido (Universidad de Salamanca) § Raúl Eduardo González (Universidad de San Nicolás de Hidalgo, México) § Berenice Granados (UNAM, México) § Ángel Hernández Fernández (Universidad de Murcia) § Carmen Herrera (Universidad de Alcalá) § Charlotte Huet (Casa de Velázquez, Madrid) § Mar Jiménez (Universidad de Alcalá) § Anastasia Krutsiskaya (UNAM, México) § Cecilia López (UNAM, México) § Josemi Lorenzo (Fundación Duques de Soria) § José Manuel de Prada-Samper (Universidad de Alcalá) § Elías Rubio § Raúl Sánchez Espinosa (Universidad de Alcalá) § Marina Sanfilippo (UNED, Madrid) § Antonella Sardelli (Universidad Complutense, Madrid) § Bernadett Schmid (ELTE, Budapest) § Ángel Gonzalo Tobajas (Universidad de Alcalá) § Chet Van Duzer § María Jesús Zamora Calvo (Universidad Autónoma, Madrid)

Consejo Editorial

Ana Acuña (Universidad de Vigo) § Yolanda Aixelà (CSIC, Barcelona) § Antonio Alvar (Universidad de Alcalá) § Carlos Alvar (Universidad de Alcalá) § Samuel G. Armistead (University of California, Davis) § Cristina Azuela (UNAM, México) § Xaverio Ballester (Universidad de Valencia) § Luis Beltrán Almería (Universidad de Zaragoza) § Rafael Beltrán (Universidad de Valencia) § Martha Blache (Universidad de Buenos Aires) § Tatiana Bubnova (UNAM, México) § Juan Manuel Cacho Blecua (Universidad de Zaragoza) § Alberto del Campo (Universidad Pablo de Olavide, Sevilla) § Araceli Campos Moreno (UNAM, México) § Isabel Cardigos (Universidade do Algarve) § Eulalia Castellote (Universidad de Alcalá) § Cristina Castillo Martínez (Universidad de Jaén) § Pedro M. Cátedra (Universidad de Salamanca) § Jacint Creus (Universidad de Barcelona) § François Delpech (CNRS, París) § Alan Deyermont (University of London) § Jose Joaquim Dias Marques (Universidade do Algarve) § Joaquín Díaz (Fundación Joaquín Díaz, Uruña) § Paloma Díaz Mas (CSIC, Madrid) § Luis Díaz Viana (CSIC, Madrid) § Enrique Flores (UNAM, México) § Manuel da Costa Fontes (Kent State University) § José Fradejas Lebrero (UNED, Madrid) § Margit Frenk (UNAM, México) § María Cruz García de Enterría (Universidad de Alcalá) § Nieves Gómez (Universidad de Almería) § Ángel Gómez Moreno (Universidad Complutense, Madrid) § Fernando Gómez Redondo (Universidad de Alcalá) § Aurelio González (Colegio de México) § Mario Hernández (Universidad Autónoma, Madrid) § María Jesús Lacarra (Universidad de Zaragoza) § Teresa Jiménez Calvente (Universidad de Alcalá) § Jon Juaristi (Universidad de Alcalá) § José Julián Labrador (Universidad de Cleveland) § José Manuel Lucía Megías (Universidad Complutense, Madrid) § David Mañero (Universidad de Jaén) § Ulrich Marzolph (Enzyklopädie des Märchens, Gottingen) § John Miles Foley (University of Missouri) § Alberto Montaner (Universidad de Zaragoza) § Carlos Nogueira (Universidade Nova, Lisboa) § Pedro M. Piñero (Universidad de Sevilla) § Carlos Antonio Porro (Centro Etnográfico Joaquín Díaz, Uruña, Valladolid) § Juan José Prat (Universidad SEK, Segovia) § Salvador Rebés Molina (MUTPIRER-Universitat de Barcelona) § Stephen Reckert (University of London) § Antonio Reigosa (Museo de Lugo) § Elena del Río Parra (Georgia State University) § Fernando Rodríguez de la Flor (Universidad de Salamanca) § Joaquín Rubio Tovar (Universidad de Alcalá) § Julia Sevilla Muñoz (Universidad Complutense, Madrid) § Jesús Suárez López (Museo Etnográfico del Pueblo de Asturias, Gijón) § Maximiliano Trapero (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria)

COSTUMBRES Y FIESTAS DEL PUEBLO BÚLGARO

Rositsa Yósifova Avrámova y José Manuel Pedrosa

Asociación Búlgaro-Española Cirilo y Metodio



El Jardín de la Voz
Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular

Serie “Culturas del Mundo”

9

**Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada
de la Universidad de Alcalá
Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM
Centro de Estudios Cervantinos**

Primera edición: 2009, publicado por la Asociación Búlgaro-Española Cirilo y Metodio

© Rositsa Yósifova Avrámová y José Manuel Pedrosa, 2009 (2010 para la presente edición)

© Asociación Búlgaro-Española Cirilo y Metodio
P.º de la Habana, 82 6H
28036 MADRID

Publicaciones del Área de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Alcalá, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y del Centro de Estudios Cervantinos

Colección *El Jardín de la Voz: Biblioteca de Literatura Oral y Cultura Popular*

Facultad de Filología de la Universidad de Alcalá
C / Trinidad, 5
28801 ALCALÁ DE HENARES
Madrid

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva s.n.
Ciudad de la Investigación en Humanidades.
Ciudad Universitaria, Zona Cultural.
Delegación Coyoacán
MÉXICO, D. F.
C.P. 04510

Centro de Estudios Cervantinos
C / San Juan, s /n
28801 ALCALÁ DE HENARES
Madrid

ISBN: 978-84-612-9986-7

Rositsa Yósifova Avrámova
José Manuel Pedrosa

COSTUMBRES Y FIESTAS DEL PUEBLO BÚLGARO



ASOCIACIÓN BÚLGARO- ESPAÑOLA
(A.B.E) CIRILO Y METODIO

Este libro ha sido editado por la Asociación Búlgaro-Española
«Cirilo y Metodio»

Paseo de la Habana, 82 6H
28036 Madrid

<http://www.abeciriloymetodio.com>

Fotografía de portada: Grupo de teatro femenino del colegio «Elín Pelín»
de Sofía, hacia 1936. La segunda por la izquierda es Loza Ivanova,
madre de Rositsa Yósifova Avrámova.

© Asociación Búlgaro-Española «Cirilo y Metodio»
P.º de la Habana, 82 6H
28036 MADRID

I.S.B.N.: 978-84-612-9986-7
Depósito legal: M-9895 - 2009
Imprime Solana e hijos, A.G., S.A.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
EL CICLO DE LA VIDA HUMANA	13
La concepción y el embarazo	13
El parto y los primeros cuidados de la criatura	14
La primera hogaza de pan para el recién nacido ...	15
El bautizo	16
La presentación de la criatura	20
<i>Proshtapúlnik</i> , o fiesta de los primeros pasos del niño	21
El rito de la primera dentición	22
La <i>tlaká</i> : trabajos comunitarios y diversión juvenil ..	23
La <i>sedyanka</i> , o la reunión y el galanteo de jóvenes .	23
La ceremonia del <i>svatúvane</i> o «del consuegro»	32
La ceremonia de petición de la novia	33
La boda	36
Los ritos funerarios	53
EL CICLO DE LAS FIESTAS DEL AÑO	57
<i>Vasílyovden</i> , fiesta de San Basilio o de Año Nuevo (1 de enero)	57
<i>Silvéstrovden</i> , la fiesta de San Silvestre (2 de enero)	60

<i>Krastovden</i> , la fiesta de la Cruz (5 de enero)	61
<i>Yordánovden</i> , la fiesta del Jordán o de la Aparición de Dios (6 de enero)	62
<i>Ivánovden</i> , la fiesta de San Juan (7 de enero)	63
<i>Bábinden</i> , la fiesta de las abuelas o de las matronas (8 de enero)	64
<i>Antónovden</i> , la fiesta de San Antonio (17 de enero)	66
<i>Atánasovden</i> , la fiesta de San Anastasio (18 de enero)	67
San Trifon Zarezán, la fiesta de San Trifon el Vendimiador (1 de febrero)	68
<i>Svetí Jaralampi</i> , la fiesta de San Jaralampo (10 de febrero)	69
<i>Mestni Zágovezni</i> , la fiesta del ayuno de la carne . .	70
<i>Sirni zágovezni</i> , la fiesta del ayuno de los productos lácteos	71
<i>Kúkerovden</i> , el lunes después de <i>Sirni zágovezni</i> . .	72
<i>Tódorovden</i> , la fiesta de San Teodoro	74
<i>Baba Marta</i> , la fiesta de la Abuela Marta (1 de marzo)	75
<i>Svetí Chetírideset machenika</i> , la fiesta de los Cuarenta Santos Mártires (9 de marzo)	76
<i>Blagoveshtenie</i> , la fiesta de la Anunciación (25 de marzo)	77
<i>Lázarovden</i> , la fiesta de San Lázaro	78
<i>Tsvétnitsa</i> , la fiesta de las flores	80
<i>Velikden</i> , el Domingo de Resurrección o Gran Día .	81
<i>Spásovden</i> , la fiesta de la Ascensión del Señor	85
<i>Guerguyovden</i> , la fiesta de San Jorge (6 de mayo) . .	87
<i>Svetí Konstantín í Svetá Elena</i> , la fiesta de San Constantino y de Santa Elena (21 de mayo)	88
<i>Svetí Kíril i Metodi</i> , la fiesta de San Cirilo y San Metodio, de la cultura búlgara y de la escritura eslava (24 de mayo)	90

<i>Ényovden</i> , la fiesta del nacimiento de San Juan Bautista (24 de junio)	92
El rito de la mariposa (<i>Peperuda</i>), para alejar la sequía en la primavera	94
<i>Guérmanovden</i> , la fiesta de San Germán	95
<i>Krastonosie</i> , la fiesta del traslado de la cruz, para pedir la lluvia en la primavera	96
<i>Gónene na Zmeia</i> : la fiesta de la persecución del dragón	96
<i>Petrovden</i> , la fiesta de los Santos Padres Pedro y Pablo (29 de junio)	97
<i>Svetí Vrach</i> , la fiesta de San Cosme y San Damián, o del curandero (1 de julio)	98
<i>Ilinden</i> , la fiesta de San Elías (20 de julio)	99
<i>Golyama Bogoróditsa</i> , la fiesta de la Gran Madre de Dios (15 de agosto)	99
<i>Simeónovden</i> , la fiesta de San Simeón (1 de septiembre)	100
<i>Krastovden</i> , la fiesta de la Santa Cruz (14 de septiembre)	102
<i>Vyara, Nadezhda y Lyubov i maika im Sofía</i> , la fiesta de Fe, Esperanza y Amor, y de su madre Sofía (17 de septiembre)	102
<i>Petkovden</i> , la fiesta de Santa Petka (14 de octubre) .	103
<i>Dimítrovden</i> , la fiesta de San Demetrio (26 de octubre)	104
<i>Arahánguelovden</i> o <i>Ránguelovden</i> , la fiesta del arcángel San Miguel (8 de noviembre)	104
<i>Vavedenie Bogoródichno</i> , la fiesta de la Presentación de la Virgen María (21 de noviembre)	105
<i>Andréevden</i> , la fiesta de San Andrés (30 de noviembre)	106
<i>Svetá Varvara</i> , la fiesta de Santa Bárbara (4 de diciembre)	107
<i>Sávinden</i> , la fiesta de San o de Santa Sava (5 de diciembre)	108

<i>Nikulden</i> , la fiesta de San Nicolás (6 de diciembre) .	108
<i>Svetá Ana</i> , la fiesta de Santa Ana (9 de diciembre) . .	110
<i>Svetí Spiridón</i> , la fiesta de San Espiridión (12 de diciembre)	111
<i>Ignazhden</i> , la fiesta de San Ignacio (20 de diciembre)	111
<i>Badni Vécher</i> , la fiesta de la Nochebuena (24 de diciembre)	113
<i>Kóleda</i> , la fiesta de la Navidad (25 de diciembre) . .	118
<i>Stéfanovden</i> , la fiesta de San Esteban (27 de diciembre)	119

BIBLIOGRAFÍA	121
------------------------	-----

LAS TRADICIONES DE BULGARIA Y LAS TRADICIONES DE ESPAÑA: LOS OPUESTOS CERCANOS	125
--	-----

PRESENTACIÓN

Rositsa Yósifova Avrámova (Centro Hispano-Búlgaro)

José Manuel Pedrosa (Universidad de Alcalá)

El folclore y la cultura tradicional del pueblo búlgaro y, en general, de cualquier pueblo eslavo, son absolutamente desconocidos en España. Que nosotros sepamos, antes de este libro que llega ahora a las manos del lector, no había sido publicada ninguna monografía extensa ni representativa sobre la cuestión.

El desconocimiento de nuestras respectivas identidades como pueblos, en especial de nuestro patrimonio de costumbres, de creencias, de folclore, sigue siendo una laguna que impide que nos apreciemos y que nos entendamos mejor, y que adquiramos mejor conciencia de que pertenecemos a una constelación de culturas europeas que tiene mucho más en común de lo que parece.

Uno de los objetivos que ha guiado la redacción de este libro ha sido precisamente ese: el de propiciar, a través del conocimiento cultural, una mejor comprensión y entendimiento entre nuestros pueblos.

Este libro está hecho desde el amor y desde el respeto a las culturas tradicionales de nuestros respectivos países (Bulgaria y España); desde el deseo de dar a conocer en España, mejor de lo que eran conocidos hasta hoy, los tesoros de la cultura tradicional búlgara (aunque sean tesoros de carácter puramente inmaterial); y desde el afán de poner de manifiesto (con los instrumentos del comparatismo cultural y en el *post-scriptum* que cierra este volumen) algunas de sus coincidencias y vínculos.

Es mucho más, sin duda, lo que ha quedado fuera de estas breves páginas que lo que ha entrado dentro. La cultura tradicional de Bulgaria (y sus conexiones con la cultura tradicional española) son tan increíblemente ricas que precisarían de enciclopedias monumentales si aspirásemos a dejar un reflejo en todo su detalle y esplendor.

Sabemos que la Bulgaria que ha quedado reflejada en estas páginas es una imagen muy aproximada, incluso abstracta e idealizada, puede que simplificada, de la muy variada y heterogénea Bulgaria de la realidad, con sus regiones, comarcas, pueblos singulares y diferentes, con sus dialectos distintos. Las costumbres y los ritos que aquí llamamos «búlgaros» puede que no hayan sido cultivados en todos los pueblos búlgaros, y los vínculos que al final de este libro señalamos puede que no puedan establecerse en relación con todos los pueblos españoles. Pero creemos que esta Bulgaria que aquí evocamos sí refleja en medida significativa la Bulgaria que hubo en un pasado que ya se fue, y creemos que los vínculos que señalamos con la España tradicional son también interesantes y representativos.

Es cierto que la Bulgaria campesina y absolutamente tradicional que reflejan estas páginas ya no existe, salvo en la memoria cada vez más vacilante de unos cuantos ancianos, y en las páginas amarillentas de viejos tratados etnográficos.

Y es cierto también que la mayoría de los preciosos rituales que describimos están, algunos desde hace décadas, extinguidos.

Pero también lo es que estas costumbres son las que han regido la vida, durante muchas generaciones, hasta hace no tanto, de muchísimos búlgaros, desde que nacían hasta que morían. De estos rituales han heredado los búlgaros de hoy su ser, y de ellos deberíamos heredar todos el amor a nuestras raíces, aunque hoy hayan quedado fuera de nuestros tecnologizados y cada vez más globalizados códigos de conducta. Creemos que, sin tener memoria y conciencia de este viejo y demasiado descuidado patrimonio, es imposible que conozcamos lo que son el pueblo y la cultura búlgara.

Ojalá que a este libro, por más sencillo que pueda parecer, le encuentren los lectores el valor de ser una primera piedra, un conciso adelanto de trabajos futuros que no solo nos involucren a nosotros, sino que involucren a muchas más personas en la tarea, tan esencial, de no dejar morir del todo (fijándolo por lo menos en la memoria) el pasado.

Deseamos agradecer la ayuda, en todo momento, de Alejandro Avramov, al que bien podemos calificar de «secretario» de este libro, cuyos numerosos borradores ha impreso, trasladado, leído, comentado. También a José Luis Garrosa Gude, quien ha leído cuidadosamente el original y hecho indicaciones muy valiosas. A Carlos Romero Avilés por su apoyo informático. A Adelina Kóstova, por su eficaz labor administrativa. Y, por supuesto, a la Asociación Búlgaro-Española «Cirilo y Metodio», especialmente a Radina Dimitrova Bóneva, por el indispensable apoyo económico y por su continuo aliento moral, y a Guergana Tsénova por su contribución a la difusión de este libro.

EL CICLO DE LA VIDA HUMANA

LA CONCEPCIÓN Y EL EMBARAZO

El ciclo de la vida humana comienza, en la cultura popular de todos los pueblos, con los ritos y las prácticas mediante los cuales una mujer podía quedarse embarazada; y concluye no con la muerte de la persona, sino con las ceremonias funerales para despedir el alma del muerto días, meses e incluso años después del fallecimiento.

En muchos pueblos búlgaros, los días que se consideraban propicios para concebir a los hijos eran los lunes, los miércoles y los jueves.

Había dos maneras tradicionales de adivinar el sexo de la criatura por nacer. Si la tripa de la madre tenía forma puntiaguda, era señal de que sería un niño; y si, era más redonda, de que sería una niña.

Si la embarazada tenía la cara limpia, era signo de que nacería un niño, mientras que si la tenía con manchas, de que nacería una niña.

A veces, alguna mujer esparcía un poco de sal sobre la cabeza de la mujer embarazada, sin que ella se diese cuen-

ta. Y se esperaba con impaciencia para ver si ella se tocaba la nariz o la boca. Si se tocaba la nariz, era símbolo de que la criatura sería un niño; y, si se tocaba la boca, sería símbolo de que la criatura sería una niña.

Se creía, además, que si la embarazada hacía más movimientos con la pierna derecha, el bebé sería niño. Si movía más la pierna izquierda, era señal de que sería niña.

En los preliminares del parto, había una manera ampliamente aceptada de acelerarlo, dando a la mujer embarazada golpecitos en la cintura con una prenda de su marido (con una camisa, por ejemplo), mientras se pronunciaban estas palabras:

Venga, si eres una niña,
vete a por agua;
venga, si eres un niño,
vete a por leña.

EL PARTO Y LOS PRIMEROS CUIDADOS DE LA CRIATURA

Tras el parto, la placenta era enterrada debajo de un árbol frutal, junto con el cordón umbilical.

El ombligo, que era la parte del cordón umbilical que quedaba sin cortar, y que luego se secaba y se caía, era puesto debajo de la almohada de la madre, y después era arrojado a algún lugar simbólico. Si el ombligo era de una niña, se tiraba junto al huso, para que ella saliera trabajadora. Si era de un niño, se arrojaba junto al arado, para que saliera buen labrador. Si se arrojaba junto a un libro, el niño saldría estudioso.

En Bulgaria, cuando una persona demuestra mucho apego por algo, se suele utilizar la expresión de que es porque

su ombligo lo tiraron allí. Por ejemplo, si es un gran aficionado al teatro, o si es un goloso visitante de pastelerías, se dice que es porque su ombligo había ido a parar a aquellos lugares.

Era creencia común que los niños recién nacidos estaban especialmente expuestos al mal de ojo. Para protegerlos, se ponía una cabeza de ajo atada a su cuna. A la cuna se ataba también una cuenta de cristal de color azul, atravesada por hilo rojo. Y, en un lugar cercano y visible, se colocaban una cruz pequeña y algún icono.

LA PRIMERA HOGAZA DE PAN PARA EL RECIÉN NACIDO

Con la fiesta de la primera hogaza de pan que celebraba la llegada del recién nacido, quedaba expresado el agradecimiento de la familia a la Virgen por haber venido al mundo de los hombres, desde el más allá, con el fin de proteger en el parto a la madre y al niño.

La hogaza de pan era amasada y horneada por la suegra, o por la hermana del marido, o por alguna otra mujer de su familia.

Las invitadas a la fiesta eran solo mujeres que ya habían dado alguna vez a luz. Acudían todas con comida, y con algún obsequio que fuese de color blanco para la parturienta: huevos, leche, alguna tela blanca. No se podía comer carne ni beber alcohol en aquella ocasión.

Cada mujer bendecía al bebé, le hacía algún pequeño regalo y le ponía en los pañales una moneda, para que *pudiera comprarse* un hermanito o una hermanita. A veces se decía, también, que de ese modo podría *comprarse* sueño, para que por las noches no despertara a los padres.

La hogaza de pan debía de ser muy redonda, con la superficie muy lisa, para que el niño nunca tuviera heridas ni

cicatrices. La hogaza debía ser levantada en alto por la mujer de la familia del padre que correspondiera (suegra, hermana, etc.). Ella era la que pronunciaba la bendición:

Que Dios le ayude a crecer, que sea sano, blanco y rojo como el huevo de Pascua, que sea alegre, que la Virgen le ayude para que se case en el mejor momento y tenga hijos.

Esta hogaza era untada con miel, y todas las mujeres asistentes habían de probar un bocado de ella. La primera que lo tomaba era la parturienta, y todas las demás después. Las migas que se desprendían habían de ser menuditas, para que los dientes del niño fueran también así.

Un pedazo de la hogaza era colocado junto al icono de la casa. Otros tres trozos eran reservados a las hechiceras que estaban por llegar. Eran tres: una joven, una de edad ya madura, y una vieja. La última era la más temida de todas, porque era capaz de predecir los males que habían de suceder. Entre las tres formulaban y determinaban el destino que esperaba a la criatura.

Cuando la fiesta concluía, nadie se llevaba nada fuera de la casa, para que el niño no fuera una persona desordenada.

La comida y la vajilla que hubieran sido traídas por las convidadas habían de quedarse para la casa.

EL BAUTIZO

Los recién nacidos eran bautizados al cabo de una o dos semanas de su nacimiento, como mucho.

Si la criatura daba muestras de alguna enfermedad, o si había alguna otra causa que aconsejase urgencia, era bautizada enseguida.

Si el niño moría antes del bautizo, le ponían dentro de la manita un papelito, ya con su nombre, para que no se presentase en el otro mundo sin un nombre.

Un niño que no hubiese sido bautizado no podía ni casarse ni recibir la extremaunción.

Los niños que nacían con algún defecto o tara se creía que sufrían un castigo causado por algún pecado que habrían cometido sus padres o familiares. Eran bautizados, pero a la sociedad le costaba mucho aceptarlos.

A los niños que nacían *como muertos*, pero que después *revivían*, se les consideraba niños diabólicos, y eran muchas veces víctimas de diversas formas de marginación.

Los niños nacidos fuera del matrimonio no eran bautizados en la iglesia, sino fuera de ella. Y la madrina debía ser la propia madre soltera. A estos niños se les daba nombre, pero el apellido era el nombre de la madre. Por ejemplo: «Juan de Susana».

De ese modo, el niño quedaba marcado de por vida, por la supuesta falta cometida por su madre. A lo largo de su vida recibiría muestras de exclusión y de rechazo del resto de la sociedad, por esa razón.

Los padrinos del bautizo eran, siempre, quienes habían sido los padrinos de la boda de los padres, aunque el matrimonio tuviera varios hijos.

El padrino era el encargado de bautizar al niño, y la madrina a la niña. De ese modo se convertían en responsables, ante Dios, de todos los actos de sus ahijados. Y se convertían, también, en sus padres espirituales. Si los padres fallecían, sus hijos quedaban a cargo, enteramente, de los padrinos. Y los ahijados sentían tanta veneración por los padrinos, que había un refrán que decía «un Dios, un padrino».

Todas las hijas e hijos de un matrimonio debían tener los mismos padrinos. Excepto en el caso de que antes de nacer

un niño hubiesen muerto varios hermanos suyos que hubiesen sido bautizados por la misma persona.

En ese caso, una vez nacida la criatura, era llevada hasta una encrucijada del pueblo, y la primera persona que pasaba por allí y se lo encontraba debía convertirse en su padrino. Tal persona no podía negarse a asumir esa función, y los padres tampoco podían dejar de aceptar que el padrino fuese esa persona, independientemente de cuál fuera su estado civil, su nivel económico o su inteligencia. A ese niño se le llamaba *Naiden*, que significa «encontrado».

Cuando nacía un niño, el padre debía visitar a quien fuese a ser su padrino, para comunicarle la buena nueva. Consigo llevaba pan, vino y gallina asada, a modo de obsequio.

El padrino era quien escogía el nombre del niño, y lo comunicaba solo a la matrona. Tal nombre debía mantenerse en absoluto secreto hasta el momento del bautizo, porque existía la creencia de que, si se divulgaba antes de tiempo, el mal se enteraría de cómo llamar a la criatura por su nombre y causarle daño.

Por lo general, el nombre que escogía el padrino era el del abuelo paterno si era niño, o el de la abuela paterna si era niña. Al segundo hijo se le daba el nombre del abuelo materno, y a la niña el nombre de la abuela materna.

En ocasiones, la criatura recibía el nombre de los padrinos. Y, si el niño nacía en la festividad de algún santo o santa importante, se decía que había venido ya con su nombre puesto.

La mayoría de los bautizos se celebraban en domingo. El padrino llevaba al niño en brazos hasta la iglesia. Al regresar, era llevado por la madrina. Los padres no asistían al oficio religioso. Ambos esperaban en casa, trabajando, con el fin de que el niño saliera buen trabajador.

Para los búlgaros, el que el primogénito fuese un varón suponía una inmensa alegría. Los gemelos, si eran del mismo sexo, estaban considerados como una verdadera bendición. Y, si eran de género distinto, eran considerados también personas singulares, aunque no tanto.

Los hijos más pequeños, los benjamines, eran los más queridos de la familia.

A los gemelos se les bautizaba en la misma agua bautismal, y se les imponían nombres parecidos. Por ejemplo, Antón y Toni, o Ánguel y Anguelina.

El bebé era desnudado por la madrina. Luego era sumergido tres veces en el agua. Tras bautizarlo, se leían las oraciones, se le ungía, y se cortaba un poco de su pelito. La madrina lo vestía con ropita totalmente nueva, de color blanco.

Le era regalada una cruz o una medalla de oro. Si no había esa posibilidad, podía ser de plata o de algún otro metal.

Los cirios del bautizo eran guardados y encendidos en el día del santo de la criatura, o cuando estuviera enferma, para protegerle del mal.

En cuanto pronunciaba el sacerdote el nombre del bebé, los niños presentes en el bautismo corrían a la casa de los padres, para anunciarles el nombre. El que llegaba el primero recibía del padre del bebé una moneda; los demás recibían golosinas.

El niño recién bautizado era entregado a la madre por la madrina, por encima del umbral de la casa, como símbolo del tránsito que se había operado en su vida. Y la madrina decía: «Lo cogí hebreo, te lo devuelvo cristiano».

Todos los presentes respondían: «Bendito sea su nombre».

A continuación, la familia celebraba una fiesta muy alegre, en la que era primordial que no faltasen los dulces.

En Bulgaria, hasta el día de hoy, se celebran más los días del santo que los de cumpleaños.

LA PRESENTACIÓN DE LA CRIATURA

Cuando se cumplían los cuarenta días del nacimiento de la criatura (es decir, el período de cuarentena) tenía lugar una de las celebraciones más esperadas por las mujeres de la familia de la nueva madre y de la familia del nuevo padre: la de la presentación del niño.

Hasta ese día estaba prohibido visitar a la madre y al bebé, excepto el día de la celebración de la primera hogaza, en la que las invitadas eran solo las mujeres más allegadas de las dos familias.

El día en que se cumplían cuarenta días del nacimiento se elaboraba la segunda hogaza, y se invitaba a muchas más mujeres, entre familiares y amigas.

Cada una traía un regalo para el bebé, y dulces para la madre.

Cuando estaban todas reunidas, tenía lugar un rito emocionante: la madre, con la cabeza cubierta con un pañuelo que nunca antes había sido estrenado, tomaba al niño en brazos. La abuela paterna o la abuela materna de la criatura partían la hogaza encima de la cabeza cubierta de la madre. La primera porción de pan debía ser colocada en algún lugar alto, encima de un mueble, para que el bebé saliera alto. Y sobre la mesa se ponía miel, para que el niño fuera dulce.

Después de ese momento solemne, todas las convidadas empezaban a degustar el festín de dulces y de golosinas que entre todas habían aportado. Si entre las mujeres había mozas, eso se interpretaba como que la madre del bebé habría de dar de nuevo a luz.

Hasta que se cumplía el período de cuarentena, la creencia popular consideraba que la madre se hallaba en una situación de vulnerabilidad. De hecho, se dice todavía hoy que está «con una pierna en la tumba», en la frontera crítica

entre el mundo de los vivos y el de los muertos, en una especie de lugar de nadie que recibe el nombre de «carnero rojo», de «más allá» o de «tierra baja», a merced de lo que disponga Dios, pero también de lo que trame el diablo.

Esa es la razón por la que, cuando salía de tan inquietante período, la nueva madre se vestía de gala y llevaba flores a la iglesia, en la que el pope celebraba una misa para dar gracias y rogar por su salud.

PROSHTAPÚLNIK, O FIESTA DE LOS PRIMEROS PASOS DEL NIÑO

Ese es el nombre de la gran fiesta con la que se festejaban los primeros pasos que daba el niño. El día en que se celebraba, a poco de que empezara a caminar, la madre debía amasar una gran hogaza que repartía, a la carrera, para que el niño saliera ágil, por las casas de los vecinos en los que hubiera familias numerosas. La madre partía la hogaza, untaba cada trozo con miel, y los iba repartiendo entre los niños de la casa.

En cuanto ellos se comían el trozo de la hogaza, echaban igualmente a correr, para que el niño fuera fuerte, ligero y ágil.

Después venía la segunda parte de la celebración. A esta parte de la fiesta, que tenía lugar por la tarde, se invitaba solo a las mujeres. En primer lugar, a la comadrona y a las dos abuelas; y, después, a las familiares y allegadas.

Sobre la mesa se servían la hogaza, la miel o muchos otros dulces y golosinas, para que el niño fuera una persona dulce y rica. Esta hogaza había de ser amasada por la madrina del niño, tenía que ser muy dulce, y debía estar adornada con la planta que se llama *zdravets*, que es un tipo de

geranio exclusivo de Bulgaria, muy importante en los rituales festivos (su nombre significa «salud»), y también con la flor del geranio rojo común, para que el niño creciera sano, con buenos colores y guapo.

La madrina era la que partía la hogaza. El primer trozo sería entregado a la comadrona, el segundo a la madre, y el tercero al niño. Después, recibían su parte las dos abuelas y el resto de las invitadas. Todas tenían que probar de la hogaza y de la miel, y todas habían de ponerse a saltar, cuanto más alto mejor, para que el niño creciera sano, ágil y alto.

Sobre una mesita baja se ponían muchos objetos cuya función era la de llamar la atención del niño. Estos objetos simbolizaban la profesión que el niño escogería. La criatura debía acercarse hasta esos objetos sin la ayuda de nadie, y todo el mundo miraba con expectación hacia qué cosas alargaba la mano. Si escogía el libro, eso significaba que saldría estudioso; si escogía el bolígrafo, que sería escritor; si optaba por la moneda, que sería hombre de negocios; si por el termómetro, que sería médico; si por los lápices de colores, que sería artista.

Escogiera lo que escogiera, todo el mundo lo celebraba, y todos auguraban a la criatura muchos éxitos en su profesión.

EL RITO DE LA PRIMERA DENTICIÓN

Cuando el niño perdía su primer diente de leche, este era metido dentro de un trozo de pan y arrojado al tejado, mientras la criatura pronunciaba esta fórmula:

Urraca, urraca,
aquí tienes un diente de hueso,
devuélveme otro de hierro.

LA TLAKÁ: TRABAJOS COMUNITARIOS Y DIVERSIÓN JUVENIL

En la sociedad campesina, tan tradicional, los jóvenes se reunían durante el período de mayor ocupación en las faenas agrícolas (es decir, desde la primavera hasta el otoño) en el campo, en la fuente, en las ferias, en la plaza; lugares todos en los que se bailaban las danzas del lugar.

Pero durante el período de más escasa actividad en el campo (que comenzaba en el otoño y se prolongaba hasta el inicio de la primavera) los lugares de reunión eran las así llamadas *tlaká* y *sedyanka*.

La *tlaká* era una reunión que se hacía en la casa de quienes necesitaban la ayuda de sus vecinos para concluir determinada obra, para poner fin a las labores del campo o para preparar más deprisa el ajuar de la moza casadera. Los jóvenes que ofrecían su colaboración no recibían pago alguno, pero en compensación por su ayuda sí eran obsequiados con la comida.

La *tlaká* era, además de una ocasión para mostrar la solidaridad con los vecinos, un pretexto para la reunión de la gente joven, para que juntos cantasen y bailasen y pudiesen expresar sus sentimientos y afectos.

LA SEDYANKA, O LA REUNIÓN Y EL GALANTEO DE JÓVENES

En cuanto a la *sedyanka*, ha explicado lo siguiente el gran escritor búlgaro Lyuben Karavélov: «En la *sedyanka* salen a la luz todas las creencias, en ella se revela toda la literatura, ahí está la escuela en la que se educa a la generación joven».

Cada *sedyanka* se reunía en cada barrio, si es que el pueblo tenía varios barrios. Si se trataba de un pueblo pequeño, había solo una *sedyanka*. En ella se cantaba, se bailaba, se transmitía y se escuchaba la música popular, se daban explicaciones sobre los ritos y memorias tradicionales, encontraban eco las supersticiones, se contaban cuentos y leyendas, se traían a colación proverbios y se planteaban adivinanzas y, además, se hacían bromas y se lanzaban indirectas galantes entre los concurrentes.

Pero la *sedyanka* era, también, una ocasión y un escape para que las jóvenes mostrasen su habilidad en el hilar, en el tejer, en el bordar, y no solo en el canto y en el baile. Un lugar en el que las mozas mostraban su modo de comportarse, sus virtudes, y hacían méritos para ser escogidas como esposas y como nueras.

Eran las mozas las que organizaban las reuniones, en secreto, para que los mozos no estuviesen al tanto de los detalles. Pero ellos iban detrás de las jóvenes para averiguar sus planes, o bien contrataban a muchachos para que hiciesen de espías, a cambio de algo de turrón o de algún que otro terrón de azúcar.

La primera *sedyanka* se celebraba alrededor de la fiesta de la Asunción de la Virgen (*Golyama Bogoróditsa*, la Virgen grande), que caía el 15 de agosto. Se buscaba, así, obtener el favor de la Virgen para que viese bien estas reuniones de las que saldrían tantos casamientos, y en las que se pondrían los cimientos de tantas familias. Pero el período activo de las reuniones empezaba algo más tarde, en torno al día de San Demetrio o *Dimítrovden* (el 26 de octubre). Y se prolongaba hasta el día de San Jorge o *Guerguyovden* (el 6 de mayo).

El invierno imponía, en aquel período, la inactividad laboral de los hombres, quienes habían de permanecer en sus hogares, alejados de las labores del campo y de los viajes de negocios.

Las reuniones se celebraban los lunes, miércoles y sábados. Ahora bien: durante los *días impuros*, de los que trataremos más adelante, y que duraban desde la Nochebuena hasta el 6 de enero, no había *sedyanka*. Cuando el tiempo lo permitía, la reunión se celebraba al aire libre. Pero en cuanto empezaba el frío se hacía en las casas.

La *sedyanka* se celebraba, en cada ocasión, en la casa de la moza que ofreciese su morada para ello.

Las demás mozas acudían a la reunión de dos en dos, o de tres en tres, o acompañadas siempre por mujeres de su familia. Si en una casa había más mozas, iba solo la moza mayor de edad. No podían ir hermanas de la misma casa.

En la primera *sedyanka* del año no se hacía ninguna labor. Era solo una excusa para la diversión. Y, también, para iniciar los ritos del galanteo, que tenían una cierta dimensión mágica.

En efecto, unos días antes de la reunión, cada moza se las había arreglado para robar un palo de la tapia o empalizada de la casa del mozo que le gustaba, y también la escoba con que se limpiaba el horno de su casa. Todos aquellos utensilios *mágicos* debían ser expuestos una noche a las estrellas, para que se purificasen.

El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen (*Golyama Bogoróditsa*), las mozas se reunían al final del pueblo, en una encrucijada de caminos. Se pensaba que de ese modo acudirían más mozos, de más caminos, a la reunión. Encendían un fuego, y la moza mayor se ponía a barrer el suelo de la encrucijada con la escoba del horno que había robado a su amado, mientras pronunciaba este conjuro:

Como se barre el horno,
así hay que barrer a Fulano de su casa,
para que venga a la *sedyanka*,

que a la *sedyanka* venga,
que junto a mí se siente,
que junto a mí se siente,
que a mí me enamore,
que a mí me enamore,
que a mí me tome por esposa.

A continuación repetían el conjuro, todas juntas. Y luego arrojaban la escoba y el palo al fuego, y decían:

Este palo estorba a Fulano;
que se queme en el fuego;
que abra un agujero Fulano,
que por él pase
y a la *sedyanka* que venga.

Arrastraban después, tras de sí, algunos tallos y ramas, mientras decían:

Igual que se arrastran estos tallos
detrás de nosotras,
que de ese modo se arrastren los mozos
detrás de nosotras.

A continuación arrojaban los tallos y ramas al fuego, y pronunciaban estas palabras:

Igual que arden los tallos en el fuego,
¡que del mismo modo ardan los mozos por las mozas!

Después de cada conjuro daban las mozas tres vueltas alrededor del fuego, y después saltaban sobre el fuego, tres veces también.

Al final, ponían un pote a cierta distancia, y todas echaban a correr al mismo tiempo hacia él. La primera que llegaba le daba un fuerte puntapié; y, si lo rompía, eso significaba que ella sería la que primero se casase.

En las ascuas del fuego asaban patatas, y después regresaban a la casa en la que se celebraría la *sedyanka*. Cada una llevaba consigo una patata para entregarla a su amado.

Enseguida se ponían a cantar las canciones tradicionales de tales reuniones, para que las oyeran los mozos y empezasen a acudir.

Todos aquellos rituales tenían el objeto de que los mozos no se quedasen en sus casas, de que superasen timideces, distancias y obstáculos, de que acudiesen a las reuniones y enamorasen a las mozas.

Los mozos llegaban en grupos grandes, vestidos todos con sus mejores atavíos. Hacían varios disparos al aire, antes de partir, para limpiar o purificar de males los caminos. Llegaban siempre acompañados de músicos y, antes de entrar, lanzaban varios gritos junto a la puerta de la casa.

Las mozas los recibían de pie, y después de los saludos de rigor, se sentaban todos en dos semicírculos: uno solo de mozas y otro solo de mozos. En el lugar en que coincidían los dos semicírculos se sentaban, para guardar el decoro, una moza y un mozo que fuesen de la misma familia. Aunque en las ocasiones siguientes ya empezaban a sentarse juntos los jóvenes que se sentían mutuamente atraídos.

Si a la *sedyanka* acudía un mozo nuevo, era obligado a pasar y a superar duras pruebas. Le hacían bromas pesadas. Si salía bien librado de ellas, era recibido como miembro permanente del grupo, y obtenía el permiso para frecuentar las reuniones futuras.

Acudían a veces mozos de otros pueblos, de otros barrios o de otras *sedyankas*. Los mozos del lugar los recibían con tanta hostilidad que no era raro que se llegase a las manos.

A la *sedyanka* acudía, cada moza que quisiese hacerse respetar, portando un ramillete de flores, que era la prenda de amor que pensaba entregar a su amado. Estaba hecho, casi siempre, de albahaca, que era símbolo de eternidad y, por tanto, de firmeza de los sentimientos. Otra planta predilecta era la *zdravets*, que era símbolo de larga vida y de salud.

La rosa y la malva eran símbolos de la juventud y de la hermosura, la peonía apartaba los espíritus malignos, y la caléndula era símbolo de la novia.

En definitiva, eran utilizadas, mezcladas en el ramillete, plantas que eran tenidas por símbolos de amor, de fecundidad, de pureza, de fidelidad. Todas ellas con connotaciones mágicas, pero de tipo positivo, propiciatorio.

El ramillete no le era entregado al mozo a la primera de cambio. La moza se hacía de rogar muchas veces, y se daba el caso de que, a veces, para mostrar su impetuosa inclinación, él llegaba a robar el anhelado ramillete de la joven.

Si tenían clara la firmeza de sus sentimientos amorosos, los novios se ponían uno junto al otro en el baile, se tomaban de los cinturones o de las fajas al bailar, y solo después del baile le entregaba ella el ramillete a él (si es que él no lo había robado antes). Él se lo prendía del gorro, del cinturón o la faja, para que lo vieran todos.

La moza que regresaba a casa sin su ramillete mostraba en público que ya tenía amado.

Se ofrecían otras señales de amor entre los jóvenes. En la *sedyanka*, si él colocaba el delantal de la moza sobre su rodilla, o si tomaba una de sus trenzas y la ponía sobre su hombro, o si le robaba el pañuelo y se lo ponía en el cinturón, estaba declarando, de forma muy evidente, que la pretendía.

Pero el más notorio de los signos de amor era la manzana roja. Si un mozo entregaba una manzana roja a una

moza, aquello se consideraba una declaración de amor en toda regla, una petición de compromiso formal.

Muchas veces robaban los mozos el huso y un poco de lana de sus amadas, para llevárselos a su casa y mostrarlo a sus madres y hermanas, con el objeto de que ellas diesen su aprobación a la moza. Aquel huso y aquella lana eran la prueba de las habilidades de ella en el difícil arte de hilar. En la siguiente *sedyanka*, el mozo devolvía a su amada el huso robado.

Ocurría, a veces, que la moza no aceptaba ninguna de las prendas ni señales de amor del mozo, porque no era de su gusto. Entonces él, despechado, buscaba venganza.

La más común consistía en sacar de su quicio la puerta de la casa de ella y en esconderla en el campo, incluso en alguna colina distante. Se hacía aquello por la noche, claro, y con la ayuda de los amigos de él.

Pero la señal de despecho más seria que podía concebirse era la de pintar la puerta de la moza con alquitrán. Aquello era considerado ya como una ofensa para toda la familia de la moza.

Dejar una casa sin puerta era un agravio que ponía a todos en peligro, porque se consideraba que en el interior de la morada podrían colarse entonces los espíritus malignos, que se enseñorearían del patio. Pero mancillar el honor de la moza y de su casa pintando la puerta con alquitrán era un insulto mayor.

Aquellos agravios no estaban bien vistos, y la comunidad los castigaba severamente. Si el mozo era descubierto, solía recibir una paliza a la vista de todos, y su padre se veía obligado a pagar una multa.

En la *sedyanka* se cantaba muchísimo, pero solo entonaban sus canciones las mozas. Canciones, por supuesto, amorosas. Mientras cantaban, solían trabajar (hilando, tejiendo,

etc.), para mostrar en público sus habilidades. Después de que las mozas hubiesen entonado ya varias canciones llegaba el turno de la música que tocaban los mozos.

A aquellas alturas, las mozas no tenían ya reparo en mostrarse junto a sus amados. Después de las canciones y de las músicas, el ama de la casa invitaba a todos a comer frutas: manzanas, peras, ciruelas, membrillos. Durante el invierno se servía compota de frutas secas. Del agrado de todos eran las palomitas de maíz. Raras veces se sacaba el vino o el aguardiente, porque los mozos preferían no beber, ya que estaba mal visto ser tomado por borracho.

En ocasiones, los padres no se sentían satisfechos o no estaban conformes con la elección amorosa de sus hijos. En ese caso no quedaba más remedio que recurrir al *rapto de la novia*. Ritual que consistía en que los dos amantes se ponían de acuerdo y, en una *sedyanka*, la moza salía de la habitación sin dar explicaciones. Su novio y los amigos de él esperaban fuera, y se iban directamente a la casa del pope para anunciar la boda o para que, ya, los casase. Muchas veces conducía él a la moza hasta su casa, y la dejaba a cargo de su madre y de sus hermanas hasta el día en que se celebrase la boda.

Cuando los novios salían de la habitación, todos los demás concurrentes hacían como que no se estaban enterando de lo que estaba pasando. Solo al final de la *sedyanka* se ponían a cantar, anunciando de aquel modo el feliz acontecimiento.

Si el mozo era de otro pueblo, fuera esperaban a los novios sus amigos, con sus caballos, y a toda prisa galopaban hasta el pueblo del mozo.

Si por casualidad eran raptadas dos mozas en la misma *sedyanka*, entonces eran cantados cantos diferentes para cada una de ellas.

Cuando cualquier *sedyanka* llegaba a su fin, la alegría y las risas eran desbordantes. El final de la *sedyanka* llegaba en el momento en que los gallos cantaban tres veces, ya que se creía que las fuerzas malignas imponían su dominio sobre los caminos justo hasta el momento en que cantaba el gallo. A partir de aquel momento, era ya prudente aventurarse por las calles, para regresar a la casa de cada uno.

De la casa donde se había celebrado la *sedyanka* salían en primer lugar los mozos, y luego las mozas. Nunca juntos, a no ser que perteneciesen a la misma familia. Las mozas que no tenían familiares masculinos entre la concurrencia se acompañaban las unas a las otras. Cuando una moza acudía a una *sedyanka* por vez primera, se quedaba a dormir en la casa de la moza que había invitado a todos.

La última *sedyanka* se celebraba justo antes de que empezase la época de las faenas del campo. En aquella reunión no se realizaba ya ningún trabajo. Era una pura y simple excusa para la fiesta y la diversión. Parte muy importante del ritual consistía en augurar qué parejas serían las que se casasen aquel mismo año. Y se gastaban bromas a los solterones y solteronas que se habían quedado sin pareja, al tiempo que se les dedicaban canciones y se les invitaba con juegos alegres a que pronto se casasen.

Al concluir la *sedyanka* bailaban todos la última danza. Se trataba de un baile muy vivo, en el que los danzantes habían de competir en mostrar sus habilidades. Se bailaba además durante largo rato, ya que todos intentaban quedarse en los tres últimos puestos, pues ello señalaría a quienes se casarían los primeros en el transcurso de aquel año. Nadie se mostraba demasiado dispuesto a marchar, así que al final tenía que ser el ama de la casa la que invitase a cerrar la *sedyanka*.

Todos se despedían con la misma frase: «Cuando llegue el otoño, vida y salud, volveremos a celebrar de nuevo las *sedyankas*».

LA CEREMONIA DEL SVATÚVANE O «DEL CONSUEGRO»

Cuando las mozas alcanzaban la edad de dieciséis o de diecisiete años, y los mozos alrededor de veinte, se consideraba que estaban ya en edad de casarse, y las familias daban inicio a los preparativos de la boda, que era, sin duda, la fiesta más importante que había en la vida de cualquier búlgaro.

El primer paso en los preparativos era el ritual llamado *Svatúvane*, palabra cuya raíz es *svat*, «consuegro».

Es bien sabido que, antaño, eran los padres los que escogían los novios de sus hijos. Y casi siempre se miraba más el que la moza fuese de una familia rica y que fuese trabajadora, que el que fuese hermosa o inteligente. Eran, por supuesto, matrimonios de conveniencia.

Pero con el paso del tiempo fue haciéndose respetar cada vez más la opinión de los jóvenes, si bien era de suma importancia no aparentar que el mozo quería casarse a toda costa con la moza, o viceversa, ni que los padres de cualquiera de ellos estaban sumamente interesados en que se celebrase aquella boda.

En un principio, los familiares del mozo entablaban conversación al respecto con los familiares de la moza, y de ese modo se enteraban de si había alguna posibilidad de que el compromiso llegase a buen puerto. Si los frutos de aquellas averiguaciones eran positivos, entonces el padre del mozo, acompañado por dos familiares, se dirigía a la casa de la moza para hacer una visita.

Llevaban la cantimplora de madera llena de aguardiente, y una hermosa hogaza de pan. Tras los saludos de rigor, ya en la casa, trababan una conversación trivial, que no tenía nada que ver con el verdadero propósito de la visita. Aunque poco a poco iban aproximándose a su verdadero objetivo. Hasta el último momento los padres de la moza ofrecían res-

puestas sumamente esquivas. Y si por casualidad no querían al mozo por yerno, entonces utilizaban frases hechas del tipo de «la moza es todavía pequeña», «la moza no ha preparado todavía su ajuar» o «la moza se quedará algún tiempo más en casa, para que disfrutemos de su compañía».

Pero si todo iba bien, entonces el padre del mozo entregaba la cantimplora al padre de la moza y, si él la cogía, aquello era señal de que todo iba por buen camino. Pero antes de beber, el padre llamaba a la moza, y le preguntaba si quería casarse con el mozo. Si ella aceptaba, entonces el padre bebía del aguardiente, lo que significaba que la petición por parte de la familia del mozo era aceptada.

A continuación se ponía la mesa, cubierta de manjares, y se agasajaba ricamente a los futuros familiares. Se hablaba en detalle de todas las condiciones y planes para la boda. La moza regalaba a los familiares del mozo calcetines o pañuelos que colocaba sobre el hombro derecho de ellos. Y los familiares del mozo le daban a ella, a cambio, una cierta cantidad de dinero.

Si la moza se casaba antes que algún hermano o hermana que fuesen mayores que ella, a ellos se les entregaba algún regalo o algún dinero también.

LA CEREMONIA DE PETICIÓN DE LA NOVIA

En el día señalado para la petición de la novia, el futuro suegro salía de la casa del mozo en un carro tirado por bueyes, llevando una barrica de aguardiente y otra de vino, además de manjares cocidos y asados, y acompañado por la música de la gaita y del tambor, que le iba siguiendo hasta que llegaba a la casa de la moza. Antes el patio se había llenado ya de jóvenes. Las mozas tejían una corona para la

novia, que colocaban sobre la cabeza de la futura cuñada para que ella la portase hasta la casa de la novia.

La cuñada iba en la segunda carroza, con las mozas más allegadas. Detrás iban más carros, y en el último iba la futura suegra. Su carroza era la más engalanada y vistosa de todas las que cerraban la comitiva. Junto a la suegra se ponía una hogaza ritual y, sobre ella, el ramillete de novia, y atada a él con hilo rojo una moneda de oro, collares y pulseras.

En ese carro iban siempre dos señoras, familiares de la suegra, que la acompañaban y asistían en todo lo que precisase durante el ritual de la petición de la moza.

Los carros iban guiados por el hermano menor o por algún familiar menor del novio, a quien correspondería un papel muy importante durante la ceremonia de la boda. Antes de partir, todos hacían la señal de la cruz y decían: «Buen viaje. Ojalá que Dios provea».

Las mozas cantaban y, cuando veían una taberna, bajaban todos los hombres y los mozos, y se tomaban una copita por la salud de los futuros novios.

Las mozas cantaban entonces:

Cuando adonde Fulana partimos,
guindos, cerezos florecían;
cuando de su casa volvimos,
guindos, cerezos eran fruta madura.

Cuando llegaban a la casa de la novia, las jóvenes quitaban la corona de la cabeza de la futura cuñada y la colocaban cuidadosamente sobre la cabeza de la moza. Los padres enviaban gente para invitar a los familiares y amigos. Se sentaban todos junto a las mesas, y los jóvenes empezaban a bailar alrededor de los comensales.

Cuando se juntaban los consuegros, se cantaba:

Bosque con el bosque se juntó,
agua con el agua se juntó:
dos consuegros se reunieron,
dos consuegros como dos hermanos.

En un momento determinado, el padre del mozo anunciaba a todos que iba a entregar sus obsequios a la futura novia. Sobre la hogaza ponía los collares, las pulseras y las monedas de oro. Si el padre de la novia se mostraba insatisfecho, el padre del mozo continuaba poniendo más monedas, hasta que los comensales prorrumpían en exclamaciones: «Basta, suegro, basta».

Entonces el padre del joven recogía todo dentro de un gran pañuelo que se estrenaba en aquella ocasión, y lo entregaba al padre de la novia. Mientras se desarrollaba el ritual, las mujeres y las mozas entonaban canciones alusivas a aquel rito. Los dos consuegros se levantaban, se besaban la mano, la frente y las mejillas, y besaban la mano de la persona mayor, el *staríyo* o «señor» de más rango que hubiese en la celebración, a quien también le era entregado algún obsequio. El *staríyo* debía de ser una persona mayor, que fuera respetada por todos y que tuviera buen sentido del humor. Él era quien dirigía el ritual durante la boda, y el que más velaba para que fuesen respetadas todas las costumbres tradicionales.

A continuación, los dos consuegros besaban la hogaza y la entregaban a todos, mientras decían solemnemente: «Que nazca».

Entonces la moza besaba la mano de todos ellos, de acuerdo con su edad y con su rango, empezando por «el señor».

La fiesta que seguía a aquel acto tan solemne era de lo más ruidoso y alegre. Las peticiones de novia atañían y eran celebradas por casi todo el pueblo, y la alegría y el alboroto eran muy grandes y se prolongaban hasta bien entrada la noche. Cuando terminaba la fiesta se consideraba que la ceremonia de petición de la novia había concluido con pleno éxito.

Si por alguna casualidad estaba el mozo de viaje, o sirviendo como soldado, la ceremonia de petición se desarrollaba de acuerdo con este mismo ritual, aunque con la diferencia de que en el lugar del mozo hacían el papel de sustitutos o bien su gorro, o bien su gaita, o bien algún otro objeto que le perteneciese.

Si el compromiso, en algún caso extremo, no llegaba al final a buen puerto, entonces los padres de la novia debían pagar todos los gastos de aquella ceremonia, y los padres del novio únicamente tenían que devolver los regalos.

A partir del día de la petición los novios podían bailar ya el uno junto al otro, cogidos de la mano, y ella debía llevar los collares y las pulseras que le habían sido regalados durante la ceremonia.

Él ponía un hilo rojo en la parte derecha de su gorro, y de ese modo anunciaba a todo el mundo que ya estaba comprometido.

LA BODA

Era un dicho tradicional entre los búlgaros el de que «el hombre es media persona, y la mujer también. Cuando se casan, los dos hacen una sola persona». Las bendiciones que se pronunciaban durante la boda eran muchas, pero las más repetidas eran las siguientes:

«¡Que se quieran como el pan y la sal!».

«¡Que a sus cabezas les salgan las canas sobre la misma almohada!».

«¡Que se hagan tan viejos como los Balcanes!».

«Este año, novia; el año que viene, una cunita».

Los preparativos para la boda comenzaban desde muy atrás, y se desarrollaban durante un largo período de tiempo. Participaban en ellos las dos familias, pero el peso económico más gravoso recaía siempre sobre los padres del mozo, y después sobre los padrinos.

En el período que quedaba entre la petición de la novia y la ceremonia de la boda, los padres del mozo solían enviar a la futura nuera pan y pastelitos. Las visitas eran obligatorias, y en ellas eran habituales también las flores y los pequeños obsequios para ella.

A quien primero invitaban los padres del novio a la boda era a los padrinos. Cuando se invitaba al padrino, se solía cantar:

Nos preguntas, padrino Damiane,
por qué hemos venido, padrino Damiane,
con hogaza de miel
y con cantimplora amarilla,
con vino tinto para invitarte,
para invitarte: ¡que padrino seas!

Los padrinos de la boda eran siempre familiares del mozo. El padrino era como un padre para los novios, y ellos le besaban la mano, se colocaban junto a él, siempre en pie, y, en su presencia, no hablaban si él no lo permitía antes.

Otro de los personajes importantes de la ceremonia, designado también por la familia del novio, era el *staríyo*, «el

señor», que estaba pendiente de que saliesen bien todos los detalles.

Nada de lo habitual debía faltar en una boda, pero había cuatro cosas que eran absolutamente imprescindibles: la bandera, el arbolito del padrino, las coronas de los novios y el pan ritual.

La bandera se hacía con una rama fuerte y recta de algún árbol frutal. Se le ajustaba una tela roja, que era el símbolo del novio, y una tela blanca, que era el símbolo de la novia. A veces la bandera se hacía solo con la faja del novio, y era de color enteramente rojo.

En la parte superior de la rama se clavaba una manzana, un ramillete de hiedra, un hilo rojo, un collar de pasas, nueces, palomitas, ajo, maíz y escaramujo. La bandera había de ser preparada antes del amanecer, y debía ser colocada en algún lugar que estuviera bien visible, en dirección al este, para que todos supieran que en aquella casa se iba a celebrar una boda. Alrededor de ella se bailaban determinadas danzas rituales.

Concluida la boda, el asta de la bandera debía ser rota junto a un rosal. La novia recogía la tela y parte del asta, para que en el futuro pudiese ser utilizada por el carpintero en la fabricación de una cuna.

El «arbolito del padrino» (*kúmovo dravtsé*) era un pan ritual sobre el que se entrelazaban cinco ramas de diferente longitud. En el medio, una larga; y, atravesándola, las cuatro más cortas. Era adornada del mismo modo que la bandera, y en la mesa era colocada delante del padrino y del «señor». El «arbolito del padrino» servía para recoger el dinero con que se obsequiaba a los novios. Al final de aquella operación, el dinero era contado, y, si las monedas sumaban un número par, el padrino ponía una más, para que quedasen en número impar. Eso quería decir que los novios no se quedarían solos en la vida, que tendrían hijos.

Cada casa tradicional de cualquier pueblo búlgaro tenía un tronco en el patio en el que se cortaba la leña. Era un tronco grueso, cortado y desbastado a lo ancho, que también podía servir de banco para sentarse. Era, en realidad, una especie de objeto de gran valor mágico, y sobre él se confeccionaban las coronas de los novios.

Las coronas eran preparadas por la madrina. Eran símbolo de amor, de felicidad y de fertilidad. Se hacían de una rama de vid, de rosal o de escaramujo; se ponía obligatoriamente albahaca, hiedra y muchas flores. No podían faltar, desde luego, ni las flores rojas ni las blancas. En la corona se ponían un anillo y dos monedas, que sumaban el sagrado número de tres.

Mientras se trenzaban las coronas de los novios, se cantaba:

Blanca parra se ha enrollado
alrededor de este árbol alto;
pero no era una parra,
sino la moza Irina,
y no era un árbol alto,
sino Stoyán, buen mozo.

Después de la boda, la corona de la novia era colocada en su baúl, o se colgaba de un árbol frutal. Más tarde quedaba colgada de la cunita del bebé.

Antes de la boda, el mozo debía invitar a una cena a su padrino, al «señor», que se sentaba a la derecha del padrino, y al maestro de la escuela o maestro del oficio que tenía el novio, el cual se sentaba a la izquierda del padrino.

Además, era preciso celebrar otra ceremonia de despedida de la soltería, en la que se reunían los hombres, que se sentaban por orden de edad, y que derivaba en una fiesta

más que alegre. La comida y la bebida eran aportadas por todos los mozos y hombres.

No sucedía lo mismo en la cena de despedida de la novia, quien daba su adiós a su casa, a su familia, a sus amigas. No faltaban las lágrimas por el final de las felices infancia y adolescencia. La comida que se servía en aquella cena era preparada por la familia del novio. A veces, para introducir algo de alegría, era expuesto el ajuar de la novia, y entonces la diversión estaba asegurada.

El día antes de la boda se hacía el pan ritual. La harina era pasada nueve veces por el tamiz. Las jóvenes que amasaban el pan se vestían con sus mejores galas. La vestimenta tradicional búlgara es muy variada, según las regiones. La leyenda dice que cuando la Virgen se aparecía en las diferentes regiones de Bulgaria, vestía siempre de diferente manera. Las mozas se esforzaban en imitar sus vestidos, y de ahí provendría, a juicio del pueblo, la enorme diversidad de vestimentas tradicionales búlgaras.

Las mozas que amasaban el pan ritual tenían obligatoriamente que ser hijas de padres que estuviesen vivos. El primer pan que se hacía recibía el nombre de *médnik*, palabra que tiene la raíz *med*, «miel», que era el símbolo de la dulce vida que esperaba a los novios. El pan era adornado con sésamo, con bomboncitos, nueces y pasas, y sobre la corteza se trazaban dibujos con un tenedor. El *médnik* era preparado en las dos casas, y era distribuido entre los invitados a la boda; pero siempre se dejaban dos trozos para los novios.

El agua que se traía para elaborar los panes rituales era *agua callada* (cuyas peculiaridades serán bien descritas en el capítulo que dedicaremos a las fiestas del *Vasilyovden*, de San Basilio o del Año Nuevo, que se celebran cada 1 de enero). La traía una moza que portaba una corona en la cabeza. No hace falta decir que la corona era confeccionada

por las mozas, sobre el tronco sagrado que había en el patio de la casa. Sobre aquel tronco tenía la novia que cortar en dos un árbol pequeño, de un golpe de hacha nada más, para que su matrimonio fuera solo uno, como único era el golpe, y tan firme como también era este.

Otro ritual indispensable era el del afeitado del novio. Incluso si el novio era imberbe, había que hacerlo cumpliendo todos los rituales. Tenía lugar sobre el tronco sagrado. El mozo era afeitado por un hombre de la familia del novio, al que era generosamente retribuido aquel servicio, mientras la música se escuchaba en todo el pueblo. La madre del novio guardaba el pelo que había sido afeitado, y más tarde lo entregaba a su nuera. Muchas veces aquella barba era depositada en el ataúd del marido, cuando le llegaba la hora.

Tras el afeitado seguía el trenzado del pelo de la novia, que se realizaba siempre de noche. En aquel ritual estaban presentes solo la madre y las amigas de la novia.

El agua para el peinado era traída por el cuñado de la novia. Las mozas le ensuciaban el agua hasta tres veces, y él tenía que volver las tres veces a la fuente. El agua era «callada» también, y a la tercera vez tiraban las mozas dentro del caldero monedas, trigo y flores. El cuñado era siempre un hermano menor del novio, soltero, por supuesto, o bien un familiar del novio. Él era el que traía también el *agua callada* para el afeitado del novio. El nombre que su cuñada (y solo ella) le daba a partir del momento de la boda era el de *dragunko*, que viene a significar «cariño».

El hermano pequeño portaba la bandera, y con ella marchaba a invitar al padrino a la boda. Ponía el velo a la novia y la conducía hasta la iglesia, y después la llevaba hasta su nueva casa. La hermana pequeña del novio, o alguna familiar suya, ejercía la función de cuñada. Tenía que ser soltera

también. Durante la boda, la novia se comunicaba solo con ella, y los deseos de la novia debían ser ley para la cuñada.

Para la boda, el novio se vestía con ropa nueva, adornaba su hombro derecho con un pañuelo blanco, siempre regalo de la novia, que ella le daba en el día de la petición de mano. Antes de que partiese el cortejo, él besaba la mano de sus padres y de sus familiares.

Entonces la madre esparcía trigo por todas partes. Partían luego al son de festivos disparos, y acompañados todo el camino con música. Primero llegaban a la casa del padrino, en la que el novio le invitaba con la cantimplora ritual. De allí se dirigían a la casa de la novia.

Mientras tanto, la novia se vestía junto al fuego sagrado del hogar, en la cocina, orientándose hacia el este y santiaguándose.

En el patio de la novia le resultaba muy difícil entrar a la comitiva del novio. Allí tenía lugar una especie de representación festiva que era muy esperada por todos. Por parte de la novia ponían todos los obstáculos posibles a que entrase la familia del novio, para demostrar que la novia era un bien muy importante, y que su entrega no podía hacerse así como así.

El novio tenía que demostrar su arrojo y salir vencedor de la prueba. Entre las dificultades que tenía que superar estaba la de la petición, muchas veces, de rescate para dejarle entrar en el patio.

Todos se peleaban por coger la bandera de la novia, que era blanca, y que al final quedaba junto a la del novio.

De parte del novio era entregado un gallo rojo, con un collar de guindillas alrededor del cuello. Se trataba de un signo de la masculinidad.

Por parte de la novia le era entregada al novio una gallina con un collar de lana blanca atado alrededor del cuello. Era un símbolo de lo femenino.

De esa guisa llegaban el novio y los suyos hasta la puerta de la novia. El cuñado golpeaba la puerta tres veces, con la rodilla derecha, mientras decía: «¡Abre!». Y desde dentro le contestaban: «¡Paga!».

Al final, el padrino pagaba algunas monedas de plata, y la puerta se abría. El novio intentaba, al entrar, pisar el pie derecho de la novia, pero ella hacía justo el mismo intento. Esa era la señal que indicaría quién iba a mandar en el futuro en la casa.

La novia estrenaba ropa y zapatos que habían sido comprados por el suegro. Llevaba un espejo, regalo de la madrina, en el cual tenía que mirarse. Jamás debería olvidar su imagen en aquel día. El velo que llevaba se lo colocaba tres veces el cuñado, pero ella ofrecía resistencias a aceptarlo en cada ocasión. Al final lograba el cuñado ponérselo sobre la cabeza, y encima era colocada la corona nupcial.

El cuñado le calzaba entonces en el pie derecho el zapato, pero antes ponía dentro una moneda. Todos prorrumpían en protestas de que los zapatos resultaban incómodos, y para atenuar aquellas incomodidades debía el cuñado poner algunas monedas más en su interior.

La salida de la novia era un momento más que solemne. Y en aquel momento aparecía su tío, a quien llamaban «el horrible». Todo pintado de negro, tiznado con hollín, disfrazado de modo estrafalario, para atraer sobre su persona todos los pensamientos negativos, que de ese modo no recaerían sobre los novios.

La novia había hecho también una operación para alejar los males. Con el fin de repeler o expulsar el mal de ojo debía casarse con una prenda puesta del revés, una media por ejemplo. Y en los bordados de su vestimenta, la línea de alguno de los ornamentos debía estar mal puesta, mal dibujada o interrumpida. Se creía que estas circunstancias eran

repelentes del mal de ojo, porque si la prenda hubiera estado perfecta, habría atraído envidias y males. Siendo defectuosa, se libraría de ellos, y los malos pensamientos recaerían sobre la prenda, y no sobre la novia.

La cara de la novia estaba tapada con un velo, y tenía sus manos debajo de lo que se llamaba «la pañoleta de la novia».

La novia rociaba con agua bendita entonces a todos con un ramillete de albahaca, y tiraba mijo a todos los lados.

Cuando se exponía su ajuar, todas las prendas debían haber sido puestas del revés por las mujeres de su familia. Entonces los familiares del novio pagaban un rescate y volvían a poner las prendas del derecho.

Los novios besaban entonces la mano de sus padres, quienes les cubrían las cabezas con tela blanca, para que su vida fuera blanca. Colocaban a los novios con la cara orientada en dirección al este. El padre pasaba un recipiente con vino por encima de sus cabezas.

Antes de salir de su casa en dirección a la iglesia, la novia abría todas las puertas de la casa, miraba dentro y las cerraba tras de sí. De ese modo se despedía de su casa.

Delante del portón de su casa hacía ella tres reverencias de despedida definitiva de su casa y de los suyos. Muy a menudo lloraba y canturreaba:

Papá, mamá,
¿adónde me mandáis?
¿Quién lavará,
quién os encenderá el fuego?

En el umbral del portón, la madre de la novia dejaba caer un huevo fresco debajo de la vestimenta nupcial. El huevo se rompía al chocar contra el suelo, y aquello era un símbolo de fertilidad y un augurio de que la novia iba a dar fácilmente a luz a sus hijos.

La novia no podía sacar nada de la casa de sus padres, excepto el ajuar. De ese modo quedaba bien claro que rompía con su casa natal. Esa era la razón de que tuviese que pedir perdón a su familia.

Cuando el padre de la novia la despedía en su casa natal, se cantaba:

Perdonada estás, hija,
perdonada y bendicha.
Que os dé Dios vida y salud,
que el lugar en el que piséis se vuelva de plata,
que lo que cojáis se vuelva de oro.

El camino hacia la iglesia era escogido cuidadosamente. En aquel trayecto no debían encontrarse jamás con otra boda. Y el itinerario de ida no podía coincidir con el camino de vuelta de la iglesia. Si había dos bodas, las dos novias tampoco podían mirarse a los ojos. Estaba bien visto pasar por algún lugar en el que hubiese agua, un río, una fuente o un pozo, que eran símbolo de purificación.

La novia bebía agua en casa, por el camino y después, en su nueva morada, para que no hubiese después sequía en los campos.

Escogían una iglesia que estuviese a medio camino de las casas de los dos novios. Hasta la iglesia llegaba la novia acompañada por su cuñado. Y en la iglesia, a su lado derecho, se ponía ya el novio.

El ritual de casar a los novios era muy solemne. El sacerdote cantaba; si había coro, también cantaba; y los padrinos de la boda mantenían las coronas sobre las cabezas de los novios.

Estas coronas eran intercambiadas hasta tres veces sobre las cabezas respectivas de los novios, en señal de que su unión sería eterna.

Los novios y los padrinos portaban unos cirios largos, adornados con lazos blancos, que no debían apagarse mientras durase la ceremonia.

Al finalizar el ritual, sobre las cabezas de los novios era extendido un pañuelo que estuviese sin estrenar, y sobre él se partía una hogaza de pan. Un trozo untado en miel era ofrecido a los contrayentes, para que lo comiesen, como símbolo de que su futura unión sería dulce.

La madrina arrojaba, a todos los presentes, trigo, monedas y caramelitos, que eran símbolos de fertilidad, de riqueza y de «vida dulce».

El camino desde la iglesia hasta la casa del novio era recorrido con parsimonia. Las mujeres iban cantando, la gente iba bendiciendo a los novios, muchos iban bailando o se iban parando a bailar.

En ocasiones, la suegra de la novia no iba a la iglesia. Se quedaba en la casa, vestida con ropas nuevas y con sus mejores galas, para recibir a su vuelta a los novios. Su misión era la de velar para que se cumpliesen todos los rituales que eran precisos para integrar a la novia en la que iba a ser su nueva casa. Ella era la que debía mostrársela, y la que debía aleccionarla sobre sus nuevas obligaciones.

Antes de entrar en la casa en la que vivirían, la pareja de recién casados esperaba a escuchar de boca de los padres del novio cuáles eran los regalos suyos que iban a recibir: el suegro iba anunciando en voz alta, uno a uno, cada uno de los obsequios (bienes, tierras, etc.) que les entregaba.

Después, el suegro bajaba a la novia del carro. Y los suegros bailaban una danza ritual junto a los recién casados. Y les entregaban pan, sal y vino.

Delante de la novia era colocado un caldero. Ella había de darle un puntapié y, dependiendo de cómo quedase el caldero, si boca arriba o si boca abajo, eso se entendía como un augurio del sexo del primer bebé.

Era muy habitual, también, poner nueces (símbolo de varón) y monedas (símbolo de hembra) dentro del caldero. Según como quedase volcado ese contenido, se podría deducir cuántos varones y cuántas hembras iban a tener los esposados. Antes, la suegra tendía una tela blanca por el suelo, desde el portón de la casa hasta la cocina. Por aquella vía, cubierta de flores, debían ir pisando los recién casados.

Al llegar a la puerta de la casa, justo cuando la madre del novio recibía a los recién casados, se cantaba:

Sal, madre, para que veas
para que veas, madre,
lo que traigo;
para ti, madre, una ayudante,
para padre, quien le llevará agua fresca.

La novia untaba el umbral con mantequilla y con miel, para que la vida de la pareja fuera fácil y dulce. El novio llevaba en sus brazos a la novia, y así, dando un paso con el pie derecho, entraba con su esposa en su casa. Se instalaban junto a la lumbre, que es el símbolo del hogar. Un lugar tan sagrado que, cuando no había iglesia en el pueblo, la ceremonia de la boda podía ser oficiada junto a él.

La novia revolvía las ascuas, para que sus hijos tuvieran las mejillas coloradas, y escrutaba por la chimenea, para que sus niños tuvieran los ojos negros. Allí mismo daba un abrazo a un niño, al que entregaba un regalo. Junto a su suegra, se ponía en cuclillas tres veces, para lograr que, mediante aquel ritual, sus partos fueran más fáciles.

A continuación, la suegra enseñaba a la novia todos los lugares de la casa en los que ella habría de trabajar. La nuera iba tocando los objetos más emblemáticos, pidiendo la bendición de ellos para sí.

Después, se bajaba el ajuar de la novia, que era expuesto ante la mirada de todos. Lo más adecuado era mostrar primero una prenda blanca, para que así de «clara» fuese, a partir de aquel momento, la vida de los esposos.

En la mesa del banquete nupcial, los padrinos y los padres tenían reservados los lugares de honor. Los novios se quedaban de pie, y solo tomaban la palabra si el padrino lo permitía.

La comida era aportada por todos los invitados, para ayudar de ese modo a las dos familias. La primera bendición de los novios era pronunciada por el padrino.

Todo el mundo, en la mesa, tenía su mirada fija sobre los novios. Era de suma importancia descubrir quién sería el primero en tomar el cubierto para comer, o en coger el trozo de pan más grande. Eso señalaría quién sería el que llevaría las riendas de la casa.

La novia era la encargada de entregar obsequios a cada invitado de la boda. Empezaba por el padrino, por el suegro y por «el señor», después seguía por la madrina y por la suegra, y después por todos, de acuerdo con su rango y edad. Regalaba camisas, calcetines, pañuelos, delantales, etc. Todo había sido hecho a mano y bordado con el mayor esmero.

En contrapartida, los novios recibían regalos y dinero, además de bendiciones, y tenían que encajar todo tipo de bromas y de indirectas.

Después de la comida empezaban los bailes. El primero era encabezado por el padrino, que era quien pagaba a los músicos.

El novio había sido ya aleccionado por el padrino, y la novia lo había sido por la madrina. La madrina se encargaba de vestir a la novia con su camisión nupcial. La suegra ponía debajo de la sábana trigo, monedas y flores. Y nadie debía molestar a los novios.

Un disparo anunciaba, al cabo del rato, que el matrimonio había sido consumado, y que la novia era virgen. Era de vital importancia que el novio cumpliera esmeradamente con su deber. Por eso, antes de entrar en la alcoba donde había de consumarse el matrimonio, le registraban bien, para comprobar que no tuviese nada atado o liado sobre su cuerpo, con el fin de que no quedase él *atado* ni *liado*.

Después de los disparos que anunciaban alegremente que el matrimonio había sido consumado, las mujeres mayores pasaban revista al camisón de la novia, y anunciaban a todos, con el grito de «alegría bendecida», la buena nueva de que la novia era virgen.

Empezaba entonces una danza muy animada, llena de alegría y de jolgorio. El primer baile ritual después de que todos recibiesen la esperada noticia correspondía al suegro, que portaba un collar de pimientos rojos alrededor del cuello, símbolo de la virilidad de su hijo.

El baile y la alegría se prolongaban durante largas horas. Todos los invitados esperaban impacientes el momento de beber aguardiente dulce, después de que lo probasen los padres de la novia, y luego los padrinos. La bebida era servida por el novio. En ocasiones, era despertado todo el pueblo, y convidado alegremente a beber.

Cuando terminaba la fiesta, el padrino se iba a su casa acompañado por los músicos y por muchos de los invitados. Por el camino se detenía en el punto que él quería, se sentaba sobre una sillita que llevaba consigo, y pedía que le tocaran tal o cual canción o música, y pedía que todos bailasen para él.

De ese modo, los músicos conducían al padrino hasta su casa, entre músicas y danzas, y después volvían, sin parar de bailar, a la casa del suegro otra vez, ya sin el padrino.

Si la novia no era virgen, tal cosa estaba considerada como un gran pecado y, además, como un mal augurio para

la cosecha y para el ganado de la familia, y como una desdicha para todo el pueblo. El pueblo entero se burlaba de la novia y, a veces, la devolvían sentada del revés, a lomos de un burro, a sus padres. Entonces la familia se veía obligada a pagar un gran «rescate», y al padre de la novia le servían aguardiente dulce en un recipiente roto.

Si era el novio el que era incapaz de cumplir con su deber marital, le ponían una cadena en torno al cuello, y lo paseaban ante los invitados a la boda.

Después de la boda, la novia tenía que ir a por agua. Se trataba de un ritual muy solemne, porque los calderos llenos de agua eran un símbolo del próximo y deseado embarazo. Se trataba de un ritual de purificación.

Para ir a por el agua, salía la novia de la casa junto con unos cuantos invitados y los músicos, entre bendiciones.

Cuando llegaba la novia a la fuente, miraba hacia el sol y hacía tres reverencias. Tres veces daba vueltas alrededor de la fuente de agua. Mientras tanto, arrojaba trigo hacia los cuatro puntos cardinales. En sus dos calderos todos depositaban monedas. La novia, entonces, daba tres patadas a los calderos, y los niños se peleaban por las monedas que salían y se desparramaban, porque eran consideradas sagradas.

En la fuente despojaban del velo a la novia, y le ponían un pañuelo blanco con el que cubrían su cabello. El pañuelo que serviría a partir de entonces de toca era la señal de que la moza estaba ya casada.

La novia llenaba los calderos con agua, y el cortejo salía entonces, de nuevo, para la casa del novio, acompañado de música, bailes y danzas. La novia invitaba a tomar aguardiente a todos, e iba derramando agua por el camino.

En la casa la esperaban su marido y sus suegros. A su marido era al primero al que daba a beber del caldero, y después a sus suegros. Cuanta más agua era derramada, más

grande era la alegría que reinaba en la casa. Todos eran salpicados con el agua del caldero, todos intercambiaban bromas y prorrumpían en risas.

Al final las alegrías terminaban ante una mesa llena de manjares, pero destinada solo a la familia del novio y a los recién casados.

Tras aquel nuevo banquete, la nuera tenía que barrer y fregar los platos de la comida. Hasta tres veces le ensuciaba su cuñado la casa y los platos, como exigiendo que volviese a hacerlo, y que volviese a hacerlo mejor.

Hilar era también parte del ritual de introducción de la nuera a su nueva casa y a sus nuevos deberes. El hilado se quedaba para la casa.

Por último, se hacía un convite a todos los que habían colaborado en las faenas de la boda. Para ellos se preparaba, alguno de los días siguientes, una comida festiva. A esa comida se destinaba todo el pan que había sobrado. Se preparaba, entre otras cosas, *popara*, que era pan seco empapado en leche. A los niños se les daba ese mismo manjar, aunque con un poco de azúcar. No era raro ver a los recién casados servir, ellos mismos, aquella comida. De ese modo manifestaban su gratitud a todos los que les habían ayudado el día de su boda.

Para la nuera no era fácil dirigirse a todos los de su nueva casa, pues aún no los conocía bien (solían ser muchos) y no retenía todos los nombres. El cuñado prestaba su ayuda en el ritual de presentación a su nueva familia. La novia iba invitando a una copita de vino o de orujo a cada miembro de la nueva familia, mientras pronunciaba la frase ritual: «Toma una copita, papá..., mamá..., hermano..., tío..., tía..., etc.». De ese modo le sería más fácil recordar sus nombres. En ocasiones, utilizaba nombres familiares o cariñosos, que ella y solo ella podía utilizar, a partir de aquel momento, y para

siempre: no solo el de *draguinko* aplicado a su cuñado menor, sino también el de flores diversas que podía aplicar a sus cuñadas.

El primer viernes que seguía a la boda, los recién casados marchaban a visitar a los padres de la novia, y se quedaban con ellos hasta el domingo. La joven esposa se dedicaba a hilar, y el esposo a cortar leña. Aquella visita se convertía, en realidad, en una segunda boda. Los familiares traían con ellos comida y bebida, y la alegría se hacía desbordante.

Los novios visitaban a los padrinos, a los familiares más allegados, a los amigos.

De aquel modo iba comenzando su vida en común, antes de ingresar en la rutina de la vida cotidiana.

Desde aquella fecha, a cada fiesta que acudiese, la novia llevaba consigo las alhajas que le habían sido regaladas el día en que fue pedida su mano. También se adornaba con ellas los domingos, cuando todos acudían a bailar a la plaza.

El primer pan ritual lo amasaba la novia el día de San Teodoro (*Tódorovden*), que se celebraba el sábado que sigue al *Sirni zágovezni*, o el día de San Jorge, el 6 de mayo (*Gueguyovden*). Con aquella ceremonia era oficialmente inaugurado su nuevo estatus. Mientras amasaba el pan, se dedicaba a arrojar harina a su marido, y él a ella, con el fin de que sus hijos fuesen blancos. Después ya podía repartir pan a todo el mundo, como las demás mujeres casadas. Hay que tener en cuenta que, para los búlgaros, el pan era un bien común, que había que repartir y compartir siempre.

El Domingo de Ramos, la nueva esposa encendía los cirios de su boda en la iglesia. El Viernes Santo entregaba parte de su ropa a las jóvenes solteras, para que la llevaran a su salud. Pero eso solo se hacía en el transcurso del primer año de casada.

Una boda no podía ser celebrada durante las semanas de ayuno previas a las celebraciones de la Navidad, de la Pas-

cua de Resurrección y de la Asunción de la Virgen, ni durante los considerados *días impuros* (es decir, entre la Navidad y el 6 de enero).

Cuando había que guardar luto, la boda se posponía un año.

Y cuando se casaba un viudo, lo normal era que lo hiciese con una viuda. Si no era así, podría ser con una solterona, ya algo mayor, y si era con dinero, mejor. O bien con una moza pobre. Si el viudo era un hombre adinerado, podía escoger. Pero si no lo era, lo tenía muy difícil.

LOS RITOS FUNERARIOS

Entre las señales que se creía que auguraban una muerte próxima estaban el ladrar lastimero de algún perro, el graznido de los cuervos, el canto del cuco.

La creencia popular imaginaba y representaba a la muerte como una mujer anciana, vestida toda de negro; a veces la identificaba con la peste, negra y horrorosa.

La gente común utilizaba eufemismos para no mencionar la temida palabra *muerte*, que consideraban de mal augurio. Preferían decir que fulano «se había ido», que «se había despedido», o que «nos había dejado». La palabra era considerada magia. Ella creaba los lazos y los puentes entre el mundo del bien y el mundo del mal. Para cortar el camino del mal, la palabra «muerte» no debía de ser pronunciada.

Cuando alguien agonizaba, acudía el pope para darle la extremaunción.

Tras producirse la muerte, el fallecido era lavado y vestido con ropa nueva. Si no la había, con la mejor que tuviese.

En los ojos del difunto podían ponerse unas monedas «para pagar su viaje» al otro mundo. En ocasiones, las mone-

das eran metidas dentro de sus bolsillos, o bien se le ponía un ramillete con una moneda atada a él.

Al difunto se le ataba la mandíbula con un pañuelo, pero se le quitaba antes del entierro, para que pudiese hablar en el otro mundo.

Si el difunto era una persona joven, aún sin casar, era vestido con el traje que tuviera reservado para la boda. Si se trataba de una moza, con su vestido y su velo de novia.

Cuando moría alguna persona joven, pero ya casada, se le ponía alguna prenda de las que hubiese usado en la ceremonia de su boda, para que su cónyuge pudiera encontrarlo en el otro mundo.

Paraban los relojes, y arrojaban fuera el agua de los jarrones que hubiese dentro de la casa.

Al ganado había que comunicarle también la triste noticia.

Enseguida comenzaba el velatorio. Encendían una vela junto al cadáver, y colocaban el cuerpo mirando hacia el este. El velatorio duraba veinticuatro horas, al cabo de las cuales llegaba el pope de nuevo, y leía la oración de los muertos.

Velar el cuerpo era tarea de las mujeres de la familia, que con sus llantos y lamentos eran capaces de emocionar a cualquiera. Si no había plañideras en la familia, o si el difunto no tenía familia directa, eran contratadas y pagadas plañideras profesionales.

Muchas canciones funerales podían cantarse. Por ejemplo, esta:

¡Hermana mía, blanca Raduno!
Di a papá, hermana,
a papá y a mamá,
a papá, que se afeite,

a mamá, que se lave la ropa,
y que se toque con el pañuelo,
y tú, lávate el pelo,
trénzate el cabello,
porque cuando me voy con mis acompañantes
para beber agua fría,
todos beben agua;
solo yo no puedo,
porque me echáis mucho de menos;
cuando voy a beber,
el agua se hace turbia
de vuestras lágrimas amargas.

El ritual del velatorio terminaba con las peticiones de los presentes, que solicitaban al fallecido que relatase, a las personas del pueblo que le habían precedido en la marcha al mundo del más allá, todas las novedades y sucesos acaecidos en el pueblo (en especial a sus familias), y que enviaban también sus saludos y buenos deseos.

La misa era celebrada en el cementerio. Los parientes se despedían del muerto arrojando un puñado de tierra sobre el ataúd. Estaba absolutamente prohibido que las mujeres embarazadas acudiesen al cementerio.

Hasta la tumba era llevado el vino y el pan ritual de los muertos, que estaba hecho de trigo cocido con azúcar. Allí era repartido entre los asistentes.

Al cabo de los tres, nueve, veinte y cuarenta días se celebraban los funerales, que en total eran cuatro. El funeral último, el de los cuarenta días, era el más solemne. Se creía que ese día el difunto se despedía, de manera ya definitiva, de los suyos. Hasta ese día sus familiares y allegados habían estado llevando flores y velas a la tumba. Pero ese día se ponía la cruz y la lápida sobre la sepultura, y se plantaban flores.

Después del último funeral era ofrecida una comida en la casa del fallecido. Toda la familia, más los amigos, participaban de ella. Todos hablaban del difunto con sumo respeto, y repetían la misma fórmula: «Que Dios le perdone».

Hasta el día de hoy, cuando la gente toma vino y es mencionado el nombre de una persona que ha muerto, es muy habitual derramar algunas gotas y decir: «Que Dios perdone al difunto».

EL CICLO DE LAS FIESTAS DEL AÑO

VASÍLYOV DEN, FIESTA DE SAN BASILIO O DE AÑO NUEVO (1 DE ENERO)

El día de San Basilio coincide con el primer día del mes de enero, es decir, del nuevo año, que tiene una gran relevancia en el calendario ritual y festivo.

Antes de detallar los ritos de ese día, hay que advertir de que San Basilio es considerado un santo protector muy eficaz contra los malos espíritus, la magia negra y las enfermedades del ánimo. Se le pide que actúe para contrarrestar los malos pensamientos y los deseos pecaminosos, y da esperanza a quienes sufren desesperación.

En las vísperas de la celebración, es decir, en la Nochevieja, se ponía una gran mesa y se servían, como manjar típico, el pastel de hojaldre con queso con las «suertes» que enseguida explicaremos; y además, el pan ritual, la carne, los dientes de ajo, las nueces y el vino tinto.

El pan ritual del Año Nuevo había de ser preparado con *agua callada*. Este agua debía ser recogida por una joven vestida con sus mejores galas (en ocasiones se trataba de una

recién casada con su traje de novia), por lo general, si es que las había, en tres fuentes diferentes, durante una noche de las anteriores al año nuevo, antes del amanecer. La joven iba acompañada por varias personas.

Después, el agua era llevada a la casa en silencio absoluto. Según la creencia popular, el silencio es un signo del más allá, mientras que el habla, el ruido, el sonido, es algo que corresponde a nuestro mundo. Por eso, si se quería tomar el agua del más allá, había que hacerlo en silencio. Cualquier palabra que a alguien se le escapase haría que el mal se instalase en el agua.

Con el *agua callada* se amasaba la harina que había de servir de pasta del pan.

Panes rituales de este tipo eran preparados tanto para el día de Año Nuevo como para el día de San Jorge y para el *Ényovden*, o sea, el día de *Enyo* o de San Juan.

Con esta modalidad de pan amasada con *agua callada* recibían los padres a los novios, también, en el día de su boda.

El pastel era dividido en porciones triangulares, y a la fuente sobre la que se servía, que debía de ser redonda, se le hacía dar tres vueltas sobre sí misma, encima de la mesa. Cuando se detenía la fuente, el trozo que quedaba enfrente de cada comensal era el que le correspondía.

En el pasado, cuando la mayoría de la gente era iletrada, se metía dentro de cada trozo de pastel una ramita de cornejo que tuviese brotes. Según la posición de los brotes en la ramita, el ama de la casa (que era quien había horneado el pastel) pronunciaba augurios relativos a la suerte presumible de cada persona durante aquel año. En los últimos tiempos, incluso hoy, tiene mucho más arraigo el rito de esconder en cada trozo de pastel un papelito, que cada comensal encontrará, con la «suerte» que va a tener en ese año:

«salud», «buena cosecha», «amor», «casa nueva», «buenos negocios», «boda», etc.

Antes de que comenzase la cena del 31 de diciembre al 1 de enero, la persona de más edad de la casa pasaba con un recipiente lleno de incienso humeante por toda la casa; incluso, si los hubiere, por el establo, el gallinero, el corral, los almacenes, los graneros...

Después de la cena venía el momento más esperado por parte de los menores de la casa. Se les entregaban las *surovachkas* que estaban preparadas de antemano. Se trataba de unas ramas de cornejo, adornadas con rosquillas pequeñas, con palomitas, guindillas, frutas secas, cuentas de diferentes colores, moneditas e hilos de lana blanca y roja. La *surovachka* se creía que traería fuerza, buena salud y suerte en el año que estaba empezando.

Los niños daban golpecitos en la espalda de los mayores, y bendecían:

¡Año de salud y alegría!
¡Gran espiga en el campo,
manzana roja en el jardín,
mazorca amarilla en el maizal,
racimo grande en la parra,
bolsa llena de dinero!
¡Viva! ¡Salud!
¡Hasta el año que viene, Año Nuevo!
¡Suerte nueva! ¡Amén!

A lo largo de esa noche, las mozas dejaban sus anillos o pulseras, o un pendiente, o un ramillete, dentro de un caldero metálico lleno de *agua callada*, y colocaban el caldero debajo de un rosal o de algún árbol frutal que ponían al sereno, debajo de las estrellas.

Al día siguiente adivinaban quién se iba a casar durante aquel año, de acuerdo con este ritual: primero escogían a una niña que aún no hubiese alcanzado la adolescencia, y que tuviese los padres vivos. La muchacha, por supuesto, no conocía qué objetos había depositado en el caldero cada una de las mozas. Iba sacando cada objeto y anunciaba: «la moza a quien pertenece esto se va a casar con...». Por ejemplo, «un pájaro de muchos colores debajo de un arbusto está; la lluvia le moja, pero él no se va». Esto significaba que se casaría con un pastor. Otro ejemplo: «Cielo azul, estrellas brillantes» significaba que se casaría con un mozo guapo.

Mientras la niña sacaba los objetos del caldero, todas las mozas cantaban una canción que invocaba a Lada, que era el nombre de una antigua diosa eslava del amor. El ritual recibía el nombre de *Ladúvane*, y la diosa Lada era invocada mediante el vocativo Lado:

Oh, Lado, Lado,
tú, moza joven.

SILVÉSTROVDEN, LA FIESTA DE SAN SILVESTRE (2 DE ENERO)

Svetí Silvéstar, San Silvestre, es el patrón del ganado mayor. El día de su fiesta se realizaba la buena costumbre de limpiar a fondo los establos.

Por la noche, en vísperas de la fiesta, los mozos *koledari*, organizados en grupos, pasaban por las casas en las que había establos, y se dedicaban a limpiarlos bien a fondo. Los mozos se llevaban de los establos las bolsas que los patrones de la casa habían dejado para ellos. Dentro encontraban pan, carne y vino, que el ama de la casa les había preparado con todo esmero.

Se marchaban de los establos sin despedirse, en silencio.

Al día siguiente, en ocasiones, aunque no era obligatorio, les podían invitar a una comida dentro de la casa, sobre todo si había en ella mozas casaderas.

La fiesta concluía por la noche, entre bailes muy animados, en la plaza mayor del pueblo, a pesar del frío.

KRASTOV DEN, LA FIESTA DE LA CRUZ (5 DE ENERO)

De acuerdo con la creencia popular, en ese día se lograba el fin y la expulsión de los *días impuros* que comenzaban en la Navidad y que duraban hasta el día del Jordán (*Yordánovden*), el 6 de enero.

El sacerdote «bautizaba» el agua, colocando una cruz en el caldero que la contenía. Después, con un caldero pequeño que llevaba el agua en su interior, recorría las calles y las casas del pueblo, asperjando el agua con un manojo de albahaca. Bendecía de ese modo todas las moradas, y expulsaba así los malos espíritus.

El ritual podía prolongarse durante tres días seguidos.

Nacer durante los *días impuros* estaba considerado casi una desgracia para la familia, y para la persona. Tenían que hacerle inmediatamente una camiseta al bebé y vestirle con ella para protegerle de los malos espíritus.

Una canción típica para el caso de que hubiera un nacimiento en los *días impuros* era la siguiente:

Me dicen, madre, me comentan,
que me has dado a luz,
que he nacido en Vasílyovden,
en Vasílyovden, en Nochebuena,
y no me has, madre, cosido,

cosido, madre, la camiseta.
Por eso, madre, hoy me pretenden
cuarenta dragones.

Se creía que la moza pretendida por el dragón podía ser raptada por él; y que, si se trataba de un mozo, era convertido en dragón tras ser raptado. Cuando una criatura nacía en aquellos días, inmediatamente era examinado para ver si debajo de las axilas tenía alas pequeñas: indicio, claro, de que era un dragón. La creencia popular dictaba que tal criatura, a medida que se hiciera mayor, iría mostrando un carácter cada vez más violento, y que al final podría volar como dragón. Las familias que advertían algún signo de ese tipo bajo las axilas de la criatura, procuraban silenciarlo y disimularlo, porque se trataba de una gran desgracia para la familia.

Un dato curioso: si un dragón raptaba a una moza, su amor no sería fiel. Podría seguir pretendiendo a muchas más mujeres. Además, la moza que fuera raptada dejaba también de ser fiel, y podía tener tratos con cualquier mozo o dragón que se le antojara.

En búlgaro hay una mitología muy rica y variada acerca de los dragones, a los que se denomina *zmey*. Son los protagonistas de todo tipo de leyendas y de cuentos.

YORDÁNOVDEN, LA FIESTA DEL JORDÁN O DE LA APARICIÓN DE DIOS (6 DE ENERO)

Esta fiesta solía denominarse *Yordánovden*, o día del Jordán, pero también se la llamaba *Bogoyavlenie*, que significa «día de la aparición de Dios»; o, a nivel popular, *Voditsi*, que significa «día de las agüitas benditas».

En este día, que se corresponde con el 6 de enero, se celebra el bautismo de Jesús en el río Jordán, de las manos de San Juan Bautista. La creencia popular dice que el cielo se abre y que el Espíritu Santo baja en forma de paloma blanca, que se posa sobre Jesús, y que entonces se oye una voz que baja del cielo y proclama: «Este es mi hijo amado, y en él está mi bendición».

Desde la Navidad hasta el 6 de enero se creía que los días eran «impuros», y que en ellos campaban a sus anchas las fuerzas malignas que causaban daño a la gente. Por eso había que evitar salir de noche, y las amas de casa intentaban no hacer las labores que hacían habitualmente: hilar, bordar, tejer, coser, lavar.

El 6 de enero era bendecida el agua por segunda vez. La primera vez había sido el día anterior. Y aquel agua era conservada para ocasiones especiales.

Después de la misa solemne, el sacerdote arrojaba la cruz de madera al río, y todos los mozos se metían dentro de las aguas para buscarla. El que la encontraba recibía determinados obsequios, y se creía que gozaría de salud durante todo el año.

Los actos rituales del día del Jordán tenían el objetivo de purificar y de limpiar las fuerzas del mal que se hacían fuertes durante el período de tránsito entre el Año Viejo y el Año Nuevo.

El día del Jordán es también el día en que tradicionalmente se bendicen las banderas militares, y se considera una fecha especialmente propicia para celebrar en ella las fiestas de bautizo.

IVÁNOVDEN, LA FIESTA DE SAN JUAN (7 DE ENERO)

San Juan es el patrón de las hermandades y de los gremios, y de los padrinos de bautizo y de boda.

Ese día eran reunidas las parejas de recién casados, y cada pareja celebraba un baño ritual para que durante tal año gozaran de salud y alcanzaran descendencia. En el río, en un arroyo, en un pozo, o en una fuente. En realidad, no se trataba de un baño completo, ya que el frío era intensísimo, sino que simplemente se lavaban la cara y las manos.

El matrimonio estaba obligado a llevar al padrino vino, pan y carne. Los recién casados que hubieran celebrado su boda durante el último año debían recibir a los invitados en sus casas.

Si no recibían ninguna visita, eso se consideraba un augurio pésimo para el futuro de su matrimonio.

BÁBINDEN, LA FIESTA DE LAS ABUELAS O DE LAS MATRONAS (8 DE ENERO)

La fiesta de *Bábinden*, cuya raíz, *baba*, significa «abuela», «mujer anciana», «matrona», es la ocasión en que se festeja y se rinde homenaje a las mujeres mayores y expertas del pueblo, que eran las encargadas de ayudar a las parturientas a dar a luz.

Muy de mañana, la «matrona» visitaba todas las casas en las que había ayudado a algún bebé a venir al mundo. Bañaba a los niños recién nacidos, y a los niños que eran ya más mayores les lavaba los ojos. Llevaba consigo miel, lana blanca y cebada.

Después de lavar a los niños, les untaba la frente y las mejillas con miel, y les pegaba encima un poco de cebada y de lana blanca. Se supone que, gracias a aquellos ingredientes, el niño sería dulce y querido como la miel, y fértil como el grano de cebada, y que llegaría, además, a tener canas igual de blancas que la lana.

La matrona volvía a continuación a su casa, y esperaba allí a que la visitasen todas las madres. Llegaban ellas, trayendo consigo agua, jabón, comida y regalos, que le entregaban. Le besaban la mano, echaban el agua para que se lavase las manos, y deslizaban el jabón entre sus dedos, deprisa, para que los niños que aún habían de venir al mundo nacieran con la misma rapidez con que se deslizaba el jabón.

Mientras duraba aquella ceremonia, la matrona daba tres saltos sobre el suelo, asperjaba con agua en todas las direcciones, y formulaba el deseo de que los niños, cuando les llegase la edad, fuesen ágiles y saltarines, además de blancos y colorados.

A continuación, hacía unos ramitos con la planta que lleva el nombre de *zdravets*, que es una variedad de geranio típica de Bulgaria, y cuyo nombre significa «salud». Es una planta que tiene tanto uso ritual que hay una cancioncilla que dice:

Sin mí las novias no se casan,
sin mí a los niños no les bautizan,
durante el invierno
estoy acostado debajo de una nieve densa,
durante el verano
debajo de una sombra densa estoy sentado.

Ataba los ramilletes con hilo blanco y rojo, y regalaba a cada madre uno de ellos. Entonces todas las mujeres le regalaban también algo especial para este día: por lo general, pañuelos, toallas, delantales, camisas y medias.

Después, las madres ponían la mesa y colocaban sobre ella las comidas que habían traído consigo. Era obligatorio llevar una hogaza de pan, pastel salado o dulce, gallina gui-

sada, aguardiente y vino. Besaban por segunda vez la mano de la matrona, y le servían la comida.

En aquella fiesta solo podían participar mujeres que hubieran sido ya madres. Bailaban, cantaban y no faltaban, entre unas y otras, los chistes pícaros y subidos de tono.

Después conducían a la matrona hasta el río o la fuente, y allí la lavaban. Del mismo modo que ella hubo de lavar a los niños que iban naciendo, ese día tocaba que la lavasen a ella, aunque solo fuera la cara y las manos.

El lavar a la matrona era un acto ritual que la purificaba de cualquier mal. Había que tener en cuenta que aquellas mujeres tenían, muchas veces, fama de curanderas, y a veces hasta de magas o de brujas, y que, según la tradición popular, eran capaces de ayudar a lo no vivo a convertirse en vivo, y a lo oculto a convertirse en visible. El niño por nacer era un ser oculto que se convertía en visible al nacer, de modo que se encontraba entre sus especialidades.

Por la noche se reunía todo el pueblo en la plaza, y allí bailaban todos juntos.

Las bromas que se hacían a los hombres, muy subidas de tono, eran totalmente desacostumbradas para la moral de los búlgaros. Durante las demás fiestas del calendario era impensable una cosa así, por el pudor muy estricto que reinaba en la mentalidad del pueblo búlgaro.

Al final de la fiesta, la matrona era acompañada a su casa, le era besada la mano por tercera vez, y todos se marchaban a sus casas.

ANTÓNOVDEN, LA FIESTA DE SAN ANTONIO (17 DE ENERO)

Según la creencia popular, San Antón y San Anastasio eran gemelos, y herreros de profesión. Se les creía capaces

de ayudar o de salvar a las personas del pueblo común en el caso de que sufriesen enfermedades graves.

Por eso, en muchos pueblos, las mujeres preparaban pequeñas hogazas de pan con miel, que repartían con el deseo de que todos los que las comieran gozasen de buena salud.

Aquel día no se cocían ni judías blancas ni maíz, para que los niños no enfermasen de varicela.

Para amansar o para neutralizar al espíritu de la enfermedad eran horneadas pequeñas hogazas que se pinchaban con un tenedor, para que las caritas de los niños no se vieran afectadas por el pinchazo de la varicela ni del sarampión.

San Antón y San Anastasio eran considerados, también, los patrones de los animales y, además, de los cuchilleros, de los cerrajeros y de los herreros, en especial de los que hacían herraduras para los caballos.

ATANÁSOV DEN, LA FIESTA DE SAN ANASTASIO (18 DE ENERO)

Según las creencias arraigadas en el imaginario del pueblo, en ese día comienza el invierno a retirarse, porque San Anastasio se quita el abrigo de pieles, y se queda vestido solo con una camisa de seda. Sube hasta la cima del monte, para pedir a Dios que el tiempo veraniego no tarde mucho más en llegar.

Para el pueblo, San Anastasio es el señor de los fríos invernales, de las nieves y de las heladas, y mantiene bien guardados los vientos, bajo llave, en el interior de una cueva.

El día de su fiesta concluía el período en que podían ser celebradas las peticiones de la mano de las novias, así como

las bodas. Preludiaba ya el inicio del período de ayuno y abstinencia.

En estas fechas, la gente confraternizaba, y se proclamaban compadres según el modelo que ofrecían los santos hermanos.

Se celebraba una comida ritual, en la que se degustaba guiso de gallina negra, y todos habían de probar de esa comida, para asegurarse de que iban a gozar de buena salud.

SAN TRIFON ZAREZÁN, LA FIESTA DE SAN TRIFON EL VENDIMIADOR (1 DE FEBRERO)

Trifon Zarezán es el santo protector de los viñedos, de los viticultores y de los taberneros. Su nombre se relaciona con una raíz griega que significa «gozo».

El día de su fiesta se podaban las vides. Los viticultores celebraban alegres reuniones en las que consumían vino, acompañado de buenas hogazas de pan, de un guiso con gallina cocida, y de embutidos. Llevaban consigo agua bendita del *Yordánovden* (el día del Jordán) y cenizas del tronco de la Nochebuena.

Los propietarios de cada viñedo asperjaban sus campos con las cenizas y con el agua, se santiguaban tres veces, mirando en dirección al este, y cortaban tres palitos de tres cepas, con los que hacían una corona para su gorro.

Echaban vino sobre el viñedo, para que no sufrieran ningún mal, y para que diera muchos racimos. Y cantaban esta canción:

Que nos dé San Trifon,
que nos dé gran cosecha,
para llenar los barcos con racimos,
para llenar las barricas con vino,

para venderlo a buen precio,
y que no se convierta en vinagre.

Los viticultores elegían al que consideraban el mejor de entre ellos, y le nombraban su *zar*. El *zar* preguntaba en voz alta: «¿Dónde estás, Trifon, que no te veo?». Y alguien le contestaba: «No me ves porque hay tantos racimos», dando a entender que entre tal abundancia se ocultaba el santo.

El *zar* presidía la mesa, y de su tradicional cantimplora de madera bebía el primer trago de vino. Después, la cantimplora debía ir pasando de uno a otro comensal, y cada uno de ellos debía de beber un solo trago.

Concluida la comida y los bailes rituales, los viticultores llevaban a hombros al *zar* hasta su casa, y él los invitaba a todos a cenar. El ama de la casa debía tener lista una comida bien rica y abundante.

Aquella fiesta tenía vinculación con las antiguas bacanales o celebraciones de la vendimia que, en tiempos precristianos se hacían en honor del dios Dionisos.

Los dos días siguientes eran dedicados a hacer varias peticiones: que el pueblo no fuera acosado por los lobos; que las mujeres embarazadas dieran a luz de prisa, para lo cual se elaboraba un pan ritual que era ofrecido, acompañado de vino, a los recién casados y a las mujeres embarazadas; y que los antepasados recibieran los honores que les correspondían, para lo cual se acudía al cementerio y se asperjaban con vino las tumbas de los antepasados, en señal de homenaje.

SVETÍ JARALAMPI, LA FIESTA DE SAN JARALAMPO (10 DE FEBRERO)

Este día era celebrado por todos, con ritos que tenían por objeto apartar los males que afectasen a la salud, en especial la peste.

Se creía que San Jaralampo, cuyo nombre lleva una raíz griega que significa «resplandeciente», aprisionó la peste con nueve cadenas.

El día de su fiesta todos limpiaban muy bien la casa, era preparado pan con miel, y se repartía entre los vecinos.

Durante la comida, la mujer de mayor edad bendecía la casa con incienso, y se encargaba ella misma de repartir la comida entre todos los comensales.

La miel era bendecida, y luego guardada, y podía ser utilizada durante todo el año como remedio contra las enfermedades.

MESTNI ZÁGOVEZNI, LA FIESTA DEL AYUNO DE LA CARNE

Se trata de una fiesta que se celebra exactamente ocho semanas antes del domingo de Resurrección. Dura toda una semana.

Su nombre contiene las raíces *mestni*, «productos cárnicos» o *mesó*, «carne», y *zágovezni* «ayuno».

El nombre de la fiesta alude a la cena tradicional, en torno a la cual se congregaba toda la familia, y en la que se comía carne por última vez antes de que empezase el período de ayuno, que debería prolongarse hasta el Domingo de Resurrección.

Antes de aquel día, la gente podía hacer convites para sus amigos y familiares, y había bailes públicos.

Pero pasada aquella cena ritual se daba por inaugurado el período de purificación individual y colectiva, y todos aquellos festejos quedaban prohibidos hasta que acabase el período penitencial.

SIRNI ZÁGOVEZNI, LA FIESTA DEL AYUNO DE LOS PRODUCTOS LÁCTEOS

Fiesta cuyo nombre tiene relación con la raíz *sirni*, o *sírene*, «queso».

Tiene lugar siete semanas antes del Domingo de Resurrección, y marcaba el inicio de lo que se denominaba «el ayuno grande», con una cena en la que se servían pescado y todo tipo de productos lácteos. Después de aquella cena, y hasta que no concluyera tal período, ya no podrían ser consumidos más carne ni más leche, ni ninguno de sus derivados. Algunos días sí estaba permitido consumir pescado, y otros días no.

La fiesta recibía también el nombre de *Proshka*, que significa «perdón»: «fiesta del perdón», porque, mientras se desarrollaba, los jóvenes pedían perdón a los mayores besándoles la mano. El rito se acompañaba de estas palabras: «Perdóname»; a lo que era obligatoriamente respondido: «Perdonado estás».

Desde el techo de la habitación hasta la mesa se tendía un hilo de lana rojo, y con él se ataba un huevo duro o un trozo de turrón. Entonces el hilo era movido de forma que fuera describiendo círculos, y cada comensal, con las manos cruzadas por detrás de la espalda, intentaba alcanzar y comerse el huevo o el trozo de turrón. Aquellos que lo conseguían quedaban protegidos, durante todo aquel año, de las enfermedades. Al final, el hilo era quemado. Si se consumía deprisa, ello significaba que el año sería propicio.

Esta parte del ritual recibe el nombre de *Jámkane*, de *jam*, que en búlgaro significa «comer algo muy deprisa». Reinaban en él el buen humor y las risas.

Acabada la cena, los mozos encendían hogueras. Cuando la madera se hallaba ya prácticamente consumida, y solo

quedaban las ascuas, se dedicaban a saltar por encima de ellas, sin pisarlas.

En dirección de las casas de las mozas a las que cada uno amaba disparaban con flechas de fuego. ¡Pobre de la moza hasta cuya casa no alcanzase, aquella noche, ninguna flecha, porque eso significaba que no había nadie que la quisiera!

Los hombres hacían disparos al aire con sus escopetas, lo que era anuncio de que llegaba el gran ayuno, que regiría, durante las semanas siguientes, tanto los hábitos de comida como la convivencia matrimonial. El gran ayuno duraba siete semanas.

KÚKEROVDEN, EL LUNES DESPUÉS DE SIRNI ZÁGOVEZNI

Los *kúkeri* eran hombres jóvenes que marchaban en grupos, disfrazados con pieles de animales, con la cabeza cubierta con máscaras que representaban diversas especies de animales (vaca, perro, lobo, oso...), armados con espadas de madera, y con cuantos más cencerros mejor, colgados de la cintura. Hacían con ellos un ruido infernal.

En Tracia existía la costumbre de añadir un falo de madera, pintada de rojo, a la indumentaria solo del *zar* o *kúker* mayor.

El *kúker* mayor, o *zar* de los *kúkeri*, iba vestido con el traje masculino típico de la región. Llevaba puesta sobre la cara una barba larga y blanca, hecha con lana. Había otros hombres que hacían el papel de novia o de abuela, pero ellos no se cubrían la cara con ningún disfraz, aunque llevaban el traje típico femenino de la región, Improvisaban juegos y bromas.

Había otro grupo de hombres que daba escolta a los *kúkeri*. Iban vestidos de malhechores o de bandidos. Llevaban la cara pintada con hollín, o bien portaban un pañuelo que les cubría la cara. Iban armados con una cadena con la que amenazaban y atrapaban a la gente, y cobraban de ellos, para sacar algo de dinero, lo que llamaban, en broma, «impuestos impagados».

La fiesta comenzaba con la salida del sol. El grupo, encabezado por el *zar* o *kúker* mayor empezaba a pasearse frente a todas las casas del pueblo. Deseaban, a los señores de la casa, buena salud, bienestar y próspera cosecha.

Después, mientras seguían paseando por el pueblo, los *kúkeri* perseguían a la gente, les daban golpecitos con las espadas, les asustaban en broma, y, sobre todo, les hacían reír a todos.

El momento álgido de la fiesta era el del comienzo de la operación de arar y de sembrar, que empezaba siempre antes de la puesta del sol. Su gran protagonista era el *zar*, que había de estar encarnado por un hombre que tuviera fama de buen patrón, que tuviera un hijo primogénito varón o que, mejor aún, fuese padre de hijos gemelos. De ese modo, el año sería más fructífero para todos.

El *zar* obligaba a simular que araban en la plaza a varios *kúkeri*, y ellos hacían tres surcos en un círculo en el que luego sembraban y al que luego bendecían.

Mientras duraban tales operaciones, el resto del grupo bailaba y saltaba ágilmente, cuanto más alto mejor, porque eso se interpretaba como señal de que tanto más buena y abundante sería la cosecha.

Al final de la representación, los *kúkeri* atacaban y mataban al *zar*, pero él, milagrosamente, resucitaba, y entonces continuaba el festejo, en mitad de un jolgorio desbordante, que duraba hasta bien entrada la noche.

TÓDOROV DEN, LA FIESTA DE SAN TEODORO

Fiesta que se celebra el sábado que sigue al *Sirni Zágo-vezni*. Recibe también el nombre de *Kónski Velikden*, «las Pascuas equinas».

Si se cumplían de forma adecuada, se creía que los ritos de este día propiciarían, durante aquel año, la salud de las caballerías.

Según la creencia popular, ese día San Teodoro clavaba su lanza sobre la tierra, ataba a ella su caballo, y marchaba a pedir a Dios que llegase pronto el verano.

En la iconografía búlgara, San Teodoro era una figura al que se representaba montado sobre su caballo blanco.

El día de su fiesta eran repartidos a las recién casadas panes adornados con figuritas de caballos o con herraduras, al tiempo que se les deseaba que tuvieran muchos niños.

Algunos de tales panes rituales eran puestos también, obligatoriamente, entre el pienso de los caballos, para que se los comiesen, puesto que era su fiesta.

Además, todo el mundo comía ese día sopa de setas o sopa de lentejas.

En la iglesia era bendecido el trigo, que después sería esparcido por el campo, con el afán de que la naturaleza otorgase aquel año una buena cosecha.

Después llegaba la parte de la fiesta más esperada por todos: la llamada *kushía*, que era una competición ecuestre, en la que participaban solo hombres jóvenes, vestidos con camisas sin estrenar. Los caballos, con sus pieles y sus crines relucientes, estaban adornados con coronas de flores.

El caballo que salía vencedor en la competición recibía nuevas riendas y herraduras, y al jinete se le entregaba una nueva camisa o un pañuelo sin estrenar.

El vencedor había de visitar con su caballo, una a una, todas las casas del pueblo, para dar y recibir los parabienes

por la fiesta. Era agasajado en todas partes, y al caballo le ofrecían, en cada casa, agua para que saciase su sed.

Aquel día lavaban las mujeres su cabello, porque creían que, de ese modo, les crecería como si fuese la cola de un caballo: largo, sano y reluciente.

BABA MARTA, LA FIESTA DE LA ABUELA MARTA (1 DE MARZO)

Esta fiesta está dedicada a la querida y respetada Abuela Marta (*Baba Marta*), a la que todo el mundo imagina y representa como una mujer de edad madura, a ser posible bastante corpulenta. Todavía hoy, en los pueblos, es encarnada por una mujer de carne y hueso que llega en una carroza engalanada, y trae consigo un canasto rebosante del adorno típico que todos exhiben ese día: la *mártenitsa*.

Se trata de un pequeño tejido, como una especie de fleco, hecho con hilos blancos y rojos, que simbolizan la felicidad y la buena salud. La *mártenitsa* queda sujeta con un alfiler a la ropa de los hombres. Muchas veces se la ponían, ellos, por timidez, detrás de la solapa de la chaqueta.

Las mozas se prendían la *mártenitsa* de las trenzas, y a los niños se les ata a la muñeca. A los animales se les prendía, también, de los cuernos.

Hay que llevarla encima hasta que uno ve a una cigüeña o a una golondrina. Entonces, la mayoría de la gente ata la *mártenitsa* a un árbol florido, o, si preferían ajustarse a una tradición más estricta, la colocaban debajo de una piedra, para que permaneciera allí durante nueve días. Al cabo del noveno día la piedra era levantada y, de acuerdo con el aspecto que presentase lo que había debajo de ella, se deducirían augurios en relación con el ganado que se cumplirían durante aquel año.

Si debajo había hormigas, eso significaba que las ovejas parirían muchos corderos. Si había cucarachas, era un augurio de que nacería mucho ganado. Y si había gusanos, de que abundarían los caballos.

Coincidiendo con la celebración de la fiesta, las casas eran limpiadas a fondo, y la basura arrojada bien lejos. Las mujeres no podían lavar en ese día ropa blanca, ni tampoco podían colgar ni tender la ropa blanca, porque si lo hacían se creía que habría heladas y granizo durante el año.

El mes de marzo es el único mes *femenino* del calendario popular búlgaro. La creencia tradicional dice que la Abuela Marta cambia de humor a menudo, y que por eso es tan inestable la meteorología de ese mes. Pero achacan la culpa a sus hermanos Enero y Febrero, ya que ellos se tomaron la libertad, sin pedirle permiso a su hermana Marta, de beber el vino que ella guardaba en su bodega.

Cada vez que la Abuela Marta se acuerda de aquella afrenta, se enfurece y hace que el tiempo empeore; pero, en cuanto se le pasa el enfado, vuelve a brillar el sol.

Cada persona del pueblo escoge un día del mes de marzo, y según sea, bueno o malo, el tiempo durante ese día, tal suerte tendrá la persona durante todo el año.

SVETÍ CHETÍRIDESET MACHENIKA, LA FIESTA DE LOS CUARENTA SANTOS MÁRTIRES (9 DE MARZO)

Fiesta que recibía también el nombre popular de *Mladentsi*, que tiene la raíz *mlad*, «joven».

De acuerdo con la leyenda, en el año 320 de la era cristiana, cuarenta soldados de la fe de Cristo se opusieron a hacer sacrificios a los dioses paganos. Fueron víctimas, entonces, de un castigo terrible, condenados a permanecer

sumergidos dentro de un estanque de agua helada hasta morir, por más que les fuera prometida una buena comida y un baño caliente si renunciaban a la fe cristiana.

Durante la noche, el centinela que les vigilaba descubrió que cada uno de los soldados mostraba, en torno a su cabeza, una especie de aureola.

La fiesta popular del 9 de marzo está dedicada a la salud de la gente. Se cree que ese día el sol clava cuarenta grandes pinchos (tantos como los mártires) en la tierra, para insuflar calor en ella.

Las amas de casa preparaban cuarenta panecillos con miel, los cuales habían de ser repartidos entre los familiares y los vecinos, para que en la casa se gozase de buena salud durante ese año. Ese día no se podía trabajar. Por eso, toda la comida debía haber sido preparada el día anterior. El menú consistía en judías blancas, pimientos rojos rellenos de arroz y de carne, y hojas de col rellenas con arroz y con especias.

En las puertas eran colocadas ortigas, para que trajeran buena salud a los moradores de la casa.

Si el día era un día claro, eso auguraba que durante el año habría miel abundante, y que los trigos se cosecharían limpios. Si llovía, que crecería bien el maíz. Y si el día era de nieblas, eso significaba que durante el verano caería granizo.

Las personas que no tienen un día señalado para la celebración de su nombre, pueden celebrar la fiesta de su *santo* el día 9 de marzo.

BLAGOVESHTEINIE, LA FIESTA DE LA ANUNCIACIÓN (25 DE MARZO)

En ese día se conmemora que el arcángel Gabriel anunció a la Virgen María que concebiría a Jesús. Se creía que en esa

fecha llegaban a los campos las golondrinas y los cucos, que con su cucú anuncian la llegada definitiva de la primavera.

Cuando alguien escucha tal cucú, ha de tocar inmediatamente pan, o tentarse su bolsillo lleno de monedas, porque eso indicará que el año estará lleno de bienes, y que no faltará la comida.

Se creía que en ese día las heridas que el cuerpo recibía no dolían, y por esa razón se escogía esa fecha para marcar el ganado y para poner por primera vez los pendientes a las niñas.

En todos los patios eran encendidos fuegos, para asustar a los reptiles (serpientes, lagartijas, etc.), a los que también se intentaba ahuyentar haciendo ruidos con objetos de metal.

Por la tarde, las mozas rondaban entonando canciones ante las casas. Por ejemplo:

Solo bienestar, oro y plata,
vino, trigo y varones,
cada vid, una barrica de vino,
cada mujer, un hijo varón,
cada vaca, un cubo de leche,
cada oveja, dos corderitos.

Por la noche se cenaba pescado y, de manera obligatoria, algo verde, como las ortigas, para que fluyera sangre nueva por las venas.

LÁZAROV DEN, LA FIESTA DE SAN LÁZARO

Se celebra el sábado anterior al Domingo de Ramos.

Según la tradición cristiana, Jesús resucitó a Lázaro en el cuarto día después de su entierro. La leyenda dice que Láza-

ro vivió treinta años más, en ayuno y abstinencia, y que en vida fue proclamado primer obispo de la ciudad de Kitión, en la isla de Chipre.

La celebración del día de San Lázaro era una fiesta típicamente primaveral, que solicitaba fecundidad y protección para los campos, para los trigales, para los bosques. La naturaleza era festejada como la madre de todos.

Las protagonistas, por eso, eran las mozas, que ese día se presentaban en público como jóvenes casaderas. Según la creencia popular, una moza que hubiese participado en el ritual de *Lazarúvane* ya no podría ser nunca raptada por un dragón.

Durante aquel día, las mozas recibían el nombre de *Lázarki*. Iban vestidas con los trajes típicos del lugar, con coronas trenzadas con muchas flores. Iban visitando, en grupos, todas las casas. Sus canciones expresaban esperanzas y sentimientos de amor, y deseos de buena salud y de bienestar para el matrimonio de la casa.

Para cada miembro de la familia de la casa en la que cantaban escogían las *lázarki* la canción que resultaba más apropiada, de acuerdo con la edad y con el estatus familiar y social. Su auditorio les hacía entrega de huevos, de panecillos con miel y de dinero.

Al entrar en las casas de mozas y de mozos casaderos cantaban estrofas alusivas, como la siguiente:

Por aquí hemos oído,
por aquí nos hemos enterado, Lázaro,
de que hay soltero y soltera, Lázaro,
venga, a casar al mozo, Lázaro,
y pedir a la moza, Lázaro;
cuantas hojas en el bosque,
tanta salud en esta casa,
casa de patrones,
casa de boyardos.

El momento más emocionante llegaba cuando, después de haber visitado todas las casas del pueblo, las mozas inauguraban el baile en la plaza. Se trataba de un baile ritual, encabezado por la moza más alta o mayor de entre todas las *lázarki* de aquel año. Llevaba en su mano derecha un garrote.

Alrededor de ellas se reunía todo el pueblo. Todos observaban a las mozas engalanadas, y se hacían una idea y determinaban cuáles serían las esposas o nueras ideales para tal o para cuál mozo o familia.

Desde el momento en que ingresaban en la condición de *lázarki*, se consideraba que las mozas estaban preparadas ya para el matrimonio. A partir de aquel día podían esperar ya el cortejo de los mozos, y la visita de casamenteros y de futuros suegros.

En las vísperas del *Lázarovden*, las mozas depositaban en el interior de un caldero lleno de agua sus anillos, pulseras o ramilletes de flores. El recipiente era colocado debajo de un rosal florido, y se quedaba allí toda la noche. Al día siguiente, una moza designada por todas sacaba uno de los objetos, sin saber a qué *lázarka* pertenecía, y le anunciaba con qué mozo se casaría. El mismo ritual se repetía en relación con las demás *lázarki*.

TSVÉTNITSA, LA FIESTA DE LAS FLORES

La fiesta de las flores se celebra una semana antes del Domingo de Resurrección, y conmemora la entrada de Jesús en Jerusalén, cuando fue recibido por el pueblo judío con ramitos de olivo y de palma. La palabra *tsvete* significa «flor».

En la misa solemne de la mañana son repartidos entre todos los presentes en la iglesia ramitas de sauce, ya que no hay olivos ni palmeras en Bulgaria.

Las ramitas de sauce bendecidas son llevadas a las casas, y con ellas se trenza una corona que es colocada sobre las puertas. Es símbolo de protección contra los malos espíritus y contra la pobreza. Junto al icono de la casa, que por lo general representa a la Virgen y el Niño, o a un santo o santa, se coloca también una ramita, que protege a la familia de enfermedades y del mal de ojo.

Las *lázarki* que habían participado en la fiesta del sábado anterior se reunían e iban juntas al río o a la fuente, con sus coronas de sauce. Se ponían en fila, y todas a la vez arrojaban las coronas al agua. La *lázarka* cuya corona, una vez arrojada al agua, se colocaba la primera en el orden de las coronas arrastradas por la corriente sería la madrina de las *lázarki* de aquel año, lo que era tenido por un gran honor.

Al ir y al volver del río, las *lázarki* iban entonando canciones de amor, que expresaban su anhelo por tener novio y por contraer matrimonio.

Al tercer día de las Pascuas, es decir, el miércoles que seguía a la fiesta de la Resurrección, la madrina de las *lázarki* invitaba a todas sus compañeras a su casa, y las agasajaba con pastel, roscón y huevos pintados de rojo.

El Domingo de Ramos celebran su «santo» todas las personas cuyo nombre se halla relacionado con la naturaleza, sobre todo con las flores.

Las costumbres del *Lázarovden*, de la *Tsvétnitsa* y del *Ényovden* son la réplica femenina de las fiestas invernales de la Navidad y de *Surovákane*, cuyos protagonistas son fundamentalmente masculinos.

VELIKDEN, EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN O GRAN DÍA

El Domingo de Resurrección, Velikden, también llamado el Gran Día, es una fiesta muy importante en la Bulgaria tradicional.

Los días precedentes se ajustaban a un ritual estricto. El lunes, el martes y el miércoles eran dedicados a limpiar a fondo las casas, las cuadras, los corrales, los patios, los almacenes, etc.

Pero el Jueves Santo estaba y está dedicado a pintar los huevos de Pascua. El ama de la casa se levantaba temprano para cocer los huevos, que debían quedar bien duros. El primer huevo es pintado de rojo, y con él se hace la señal de la cruz sobre la frente de cada uno de los miembros de la familia: primero de los niños, después de los mayores. Ese huevo será conservado durante todo el año junto al icono familiar.

Se cree que los huevos rojos tienen el poder mágico de curar las enfermedades.

Son muchos huevos los que se pintan, para regalar a los padrinos, a los invitados, a toda la familia, aunque los primeros sean siempre los de color rojo; después se pintan los que van en algún otro color; y, finalmente, se pintan los huevos que combinan varios colores.

Para pintarlos hay que cocerlos primero en agua abundante. El agua de la cocción es vertida en diferentes vasos, dentro de los cuales es depositada una pastilla de tinte del color que se desee. El huevo, una vez cocido y bien duro, es depositado dentro del vaso. Hay que esperar hasta que coja bien el color, removiendo el líquido con una cuchara. Cuando todos los huevos están pintados con su color, se pone una cucharada de aceite en cada vaso, y los huevos van pasando de vaso en vaso. Estos huevos son los que hacen las delicias de los más pequeños, porque la mezcla y disposición de los colores suelen ser inesperados.

Todos los huevos son puestos a secar sobre papel y, cuando ya están bien secos, se les saca brillo con un poco de algodón y de aceite. Después son cuidadosamente depositados sobre una fuente de cristal, de cerámica o de metal, la mejor que haya en la casa.

El Viernes Santo era dedicado a la preparación de los roscos típicos de esa fiesta. El ama de la casa, vestida con ropa limpia y nueva, los amasaba. La preparación del roscón y de los panes rituales constituye un trabajo muy duro y muy responsable. El roscón es dulce, a veces lleva pasas y mermelada, y siempre lleva y tiene que oler a vainilla.

Ese día, los niños y las mozas adornaban la fuente con los huevos. Se ponían unas briznas de hierba debajo de ellos, y se pegaban figuritas de papel sobre los huevos. Se establecía una especie de competición por ver qué huevos pintados y de qué familia serían los más espectaculares. Los más aficionados a esta competición eran, sin duda, los niños.

En el Viernes Santo se conmemora el descenso de Jesús de la cruz. Por eso se le llama, en Bulgaria, *Razpeti Pétak*, o sea, «Viernes crucificado».

Toda la familia acudía a la iglesia ese día. Todos recibían del pope la planta llamada *zdravetz*, y besaban la cruz y la mano del sacerdote. Todos debían pasar por debajo de una mesa sobre la que se disponía la cruz y el *zdravetz* y el sauce. Hasta hoy sigue teniendo gran arraigo esta última costumbre.

Mucha gente deposita pañuelos y toallas junto a los iconos. Tales ofrendas pasan a ser propiedad de la iglesia, y luego son vendidas.

El sábado, por la noche, todos acuden a la iglesia. Se escucha la misa y, a la media noche en punto, el sacerdote pronuncia en voz alta las palabras rituales «*Hristós vozkre-se*», y todos le responden «*Vo ístina vozkrese*», lo que significa: «Jesús ha resucitado», y «En verdad ha resucitado», respectivamente.

En el transcurso de la misa se encienden velas. A continuación, se dan tres vueltas con ellas alrededor de la iglesia, y después son llevadas, en silencio, hasta la casa.

A continuación empieza, en las calles de alrededor de la iglesia, la lucha con los huevos rojos. Por la parte más estrecha se le da un golpe al huevo con la parte estrecha de otro huevo, y aquel que se queda con el huevo entero se cree que gozará de salud y de buena fortuna durante todo el año.

El Domingo de Resurrección es día en que también se debe ir a misa, y después visitar a los padrinos y a los familiares. A todos se les llevan huevos y roscón. Todo el mundo viste ese día ropa de estreno, si se lo puede permitir.

La comida de la Pascua de Resurrección es muy solemne. En tiempos pasados, el dueño de la casa bendecía primero la mesa, luego se repartía el pan y, por primera vez después del severo ayuno de las últimas semanas, se comían carne y productos lácteos. Todavía hoy se sirve la típica ensalada de Pascua, que tiene como ingredientes lechuga, rabanitos, cebolletas y, por supuesto, huevo duro. Para el postre hay roscón y huevos pintados.

Este es el momento más esperado por los pequeños de la casa, ya que es cuando tiene lugar la *lucha* con los huevos. Como ellos no han ido a la iglesia la noche anterior, ese momento es, a sus ojos, el mejor de la fiesta. La lucha se prolonga hasta que queda un solo vencedor cuyo huevo pintado sigue entero.

Por la tarde, los jóvenes, mozos y mozas, se reunían en los patios, instalaban columpios, bailaban y cantaban. Canciones de este tipo:

Velikden, el domingo de Resurrección,
presumió ante mí de sus huevos rojos,
Guerguyovden con sus corderitos mansos,
y *Petrovden* con sus polluelos tiernos.

En las vísperas del Domingo de Resurrección, las mozas ponían sus anillos debajo de la almohada. Creían que esa

noche soñarían con el joven con el que contraerían matrimonio.

SPÁSOVDEN, LA FIESTA DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Tiene lugar cuarenta días después del Domingo de Resurrección. Cae siempre en jueves. Es conmemoración del día en que el Señor se elevó hasta los cielos, pasados cuarenta días de su Resurrección. La raíz *Spas* tiene relación con el concepto de «salvación» y, de hecho, hubo un antiguo dios eslavo llamado *Spas* que se creía que protegía de los rayos y de los truenos.

En Bulgaria se trata de una fecha que se relaciona con el culto a los muertos. Las mujeres acudían a los cementerios y repartían cerezas, trigo y pan a todos los concurrentes. Era grave ofensa no aceptar el convite.

Además, se llevaba a los enfermos, si ello era posible, a lugares del campo en los que creciera la hierba que lleva el nombre de *rosen*, una planta medicinal de la familia de la ruda, a la que se atribuyen propiedades curativas.

Después, hacían su aparición los *rusalii*, que eran mozos jóvenes, cuyos componentes habían de sumar un número siempre impar. Protagonizaban una especie de juegos y danzas que eran dirigidos por el *vatafín*, hombre mayor que tenía la fama de conocer las hierbas curativas, los conjuros, los secretos de la magia. Solo él tenía el derecho de portar la bandera de los *rusalii*, que era de tela de lino blanco.

El privilegio de ser *vatafín* se heredaba por línea directa masculina. Era el *vatafín* quien escogía a los mozos que podían participar en los juegos y danzas rituales.

Cada *rusalía* portaba consigo un palo, con el cual realizaba una serie de danzas rituales que tenían lugar en

momentos diversos del domingo. Los mozos paseaban frente a las casas, por los campos, por los trigales, y luego desfilaban otra vez por el pueblo. Se creía que sus bailes rituales alejaban los males y las enfermedades, y que propiciarían las buenas cosechas. Entre las canciones que cantaban estaba esta:

Santo *Spas*,
a ti te rogamos:
concédenos la llovizna y el rocío,
que crezca trigo y cebada
para dar de comer
a la gente humilde,
a la gente humilde
y a los huérfanos.

También bailaban, en círculo, alrededor de los enfermos. Solo el *vatafín* quedaba fuera del círculo, con un plato lleno de vinagre y de ajo machacado. Con aquella mezcla daba un masaje al enfermo en la parte dolida.

El último baile ritual era el realizado alrededor de la bandera, dentro de la casa del *vatafín*. A continuación, él recogía la bandera, y todos los palos de los mozos, para guardarlos hasta el año siguiente. Cenaban todos juntos, y se repartían los regalos que habían recibido de toda la gente del pueblo.

El resto del pueblo cenaba también, por supuesto que separados de los *rusalíi*, en torno a una mesa común sobre la que se servía una comida ritual de carne, llamada *kurbán*.

Después de la cena, todos bailaban las danzas típicas del lugar.

GUERGUYOV DEN, LA FIESTA DE SAN JORGE (6 DE MAYO)

La fiesta de San Jorge (*Guerguyovden*) se celebra para honrar al gran guerrero y mártir San Jorge, que prefirió la muerte antes que abjurar de su fe cristiana. En el imaginario popular búlgaro, San Jorge se ha convertido en un auténtico héroe nacional, que monta un caballo con alas, lucha y vence a brujas y dragones, brilla, él y su caballo, como el sol, y sale siempre triunfador en todos los combates que entabla. Se cree que el dragón al que San Jorge mató custodiaba celosamente los arroyos, los ríos y las lluvias, hasta el momento en que todos ellos quedaron liberados por el santo.

Es, por ello, San Jorge el patrón de los pastores y de los rebaños, que tan estrechamente dependen de los elementos y fuerzas de la naturaleza.

En la víspera de la fiesta, las mozas y los mozos trenzaban coronas para adornar a los corderos, y adornaban los establos, los portones y los carros con ramos de haya.

En el mismo día de la fiesta era amasado, muy de madrugada, el pan ritual, con agua bendecida en la que antes habían sido depositadas flores y hierbas curativas. Un poco más tarde se mataba un cordero, y con él se preparaba la comida típica, el *kurbán*, que era ofrecido al santo como sacrificio, en agradecimiento por su protección.

El día de San Jorge, aquellos que buscaban tesoros escondidos redoblaban sus esfuerzos, porque estaba arraigada la creencia de que, ese día, sobre el tesoro, allá donde estuviera escondido, brillaría una llama azul.

Se instalaban columpios, y los mozos se dedicaban a columpiar a las mozas. Se hacían, también, competiciones de lucha libre.

Además, en ese día se renovaban los contratos entre patrones y trabajadores, y también entre los maestros de los distintos oficios y sus oficiales.

Y comenzaba, por añadidura, la producción del queso. San Jorge es, por cierto, el santo patrón de los lecheros. Y en la comida con que se le celebra es obligatorio servir *kurbán* de cordero, queso, cuajada, arroz con leche, pastel con queso y mantequilla.

En los pueblos se hacía mesa común, sobre una mesa larga, y después de la comida se bailaban danzas populares, que eran encabezadas por el que estuviera considerado como el mejor pastor.

San Jorge es, también, patrón de los soldados, y en su día se celebran desfiles militares, y se da la bendición a todos los soldados.

El día de San Jorge se sacaba toda la ropa al sol. Se consideraba una señal excelente si esa madrugada, antes de salir el sol, podía uno lavarse o revolcarse sobre el rocío, ya que se creía que de ese baño se derivarían beneficios para la salud.

Otro rito de propiciación de la salud consistía en que cada miembro de la familia era pesado en unas grandes balanzas, que habían de colgar de un árbol que estuviera reverdeciendo.

SVETÍ KONSTANTÍN I SVETÁ ELENA, LA FIESTA DE SAN CONSTANTINO Y DE SANTA ELENA (21 DE MAYO)

Se celebra esta fiesta en honor del emperador Constantino y de su madre, Santa Elena, que fueron quienes proclamaron el cristianismo como religión oficial del Imperio Romano.

En tal día, el pueblo hacía ofrendas a los iconos de los dos santos. Las mozas sacaban su ajuar y lo exponían al aire libre, y después lo sacudían bien y lo volvían a guardar en sus baúles.

En muchos pueblos se hacía una colecta de dinero para acometer la limpieza de fuentes y de pozos, y para hacer *kurbán* en un banquete común en el que no debía faltar el pan ritual.

Las danzas con que se celebraba aquel día eran espectaculares. Eran bailadas descalzos por los *nestinari*, hombres y mujeres que pertenecían a la misma familia. La habilidad para bailar sobre las ascuas era transmitida de los mayores a los más jóvenes. En la casa del *nestinar* mayor se hallaba localizada una especie de altar en el que los iconos de San Constantino y de Santa Elena se hallaban orientados hacia el este. Junto al altar estaba siempre colocado el tambor ritual, que había de marcar el ritmo de la danza de los *nestinari*, y que se utilizaba exclusivamente en ese día. Se creía que tenía poderes mágicos, y que era capaz de curar a su portador, si se encontraba enfermo.

En el día de la celebración de estos dos santos, tras la misa solemne, todos, con el *nestinar* mayor o con la *nestinarka* mayor, además de con el sacerdote, se dirigían a la casa en la que se encontraba el altar.

Allí, al son del tambor y de la gaita, comenzaba a tocarse la típica melodía de los *nestinari*. Una gran hoguera había ya dejado una parte bien acotada del suelo llena de ascuas. Las danzas sobre las ascuas tenían lugar al caer la noche. Se decía que, mientras bailaban sobre ellas, los *nestinari* podían contemplar las imágenes de los santos, y que oían sus voces, y que su divino espíritu poseía a los danzantes. De hecho, bailaban, como en trance, sujetando con las manos y mostrando a todo el mundo los iconos de los santos.

Concluidas las danzas rituales, que eran bailadas por una sola persona en cada turno, nunca por varias a la vez, se calzaban y se dirigían todos hasta una fuente cercana, que el pope bendecía, y de ella bebían el agua bendita.

SVETÍ KÍRIL I METODI, LA FIESTA DE SAN CIRILO Y SAN METODIO, DE LA CULTURA BÚLGARA Y DE LA ESCRITURA ESLAVA (24 DE MAYO)

Los santos y sabios Cirilo y Metodio nacieron en Salónica, en el seno de una familia acomodada, en el siglo IX. Cirilo, que antes de recibir las órdenes religiosas se llamaba Constantín, se graduó en la entonces célebre escuela de Magnaúra, en Constantinopla. Uno de sus profesores fue el mismísimo patriarca Focio. Junto con su hermano Metodio, que antes de ordenarse tenía el nombre de Strahota, se hizo misionero de la iglesia bizantina, y los dos contribuyeron a la extensión del cristianismo ortodoxo entre los recién cristianizados y entre los paganos. Fue célebre la disputa intelectual en la que Cirilo obtuvo una resonante victoria frente al *khan* de los jázaros.

Cirilo fue quien creó el primer alfabeto glagolítico, que era bastante complicado, y él mismo elaboró una versión más simple que sería llamada, en su honor, *Kírilitsa*, que significa «de Cirilo».

Los dos hermanos tradujeron y adaptaron diversos libros sagrados a la misa eslava ortodoxa. Con la creación de la escritura eslava, los santos hermanos se rebelaron contra el dogma de que los libros sagrados se pudieran leer solo en hebreo, en griego y en latín, igual que rechazaron que se pudiera glorificar a Dios solo en esas lenguas.

Los hermanos Cirilo y Metodio viajaron a Panonia, a Moravia, y a Roma, donde la tumba de San Cirilo, en la basí-

lica de San Clemente, es honrada cada año, el día de su fiesta, el 24 de mayo, con coronas de flores. Su obra fue introducida en Bulgaria por sus cinco discípulos Klímént Óhridski, Naúm, Sava, Anguelarii y Gorazd.

Una de las iglesias más ricamente adornadas de Sofía está dedicada a los dos santos, bajo la advocación de *Svetí Sedmochíslenitsi*, que significa «Los Siete Santos», en alusión al número de los estudiosos (los dos hermanos y sus cinco discípulos) que introdujeron esa escritura y esa obra en Bulgaria.

El pueblo celebraba su fiesta con un desfile en el que tomaban parte todos los estudiantes, con sus profesores y catedráticos, junto con los intelectuales, los artistas, y cualquier persona que se quisiera sumar a la fiesta. Portaban imágenes de los dos santos, adornadas con guirnaldas de flores. Los estudiantes vestían su uniforme (pantalón y falda negra, camisa y blusa blanca). Los universitarios llevaban el típico gorro con la cinta roja, en la que estaba escrito el nombre de la Universidad en la que estaban matriculados.

Los abanderados de las facultades y colegios llevaban guantes blancos y la cinta tricolor de Bulgaria (blanca, verde y roja), con el escudo nacional.

En primera fila estaban los músicos, que tocaban el himno de los santos. Aquel día la comida era festiva; a los niños les regalaban libros, y a los profesores ramos de flores. En los colegios se celebraban bailes. Los estudiantes que concluían aquel año su bachillerato o su carrera celebraban ese día su baile de graduación, vestidos de gala, y concluían la jornada con una cena oficial en compañía de sus profesores y catedráticos, a la que seguía un baile.

Si la cena y el baile tenían lugar la víspera de la fiesta, el 23 de mayo, no era raro ver en la manifestación del día siguiente a estudiantes alegres, aunque con cierta mirada de

nostalgia, porque se hallaban festejando su último año de estudios.

ÉNYOV DEN, LA FIESTA DEL NACIMIENTO DE SAN JUAN BAUTISTA (24 DE JUNIO)

En esta fiesta, que celebra a San Enyo, es decir, a San Juan Bautista, se dan cita numerosos elementos de religiosidad no cristiana, con trasfondo sin duda pagano, y ecos evidentes de cultos al sol, a las estrellas, a las aguas.

El día de la fiesta, muy de madrugada, eran recogidas hierbas medicinales en los prados altos. Las hierbas recogidas habían de ser setenta y siete, porque se creía que las enfermedades suman, en total, la cantidad de setenta y siete y media, y que el hombre había de protegerse de manera muy especial de aquella «media» enfermedad, porque para ella no existía ninguna forma de cura. La hierba más difícil de encontrar era la media hierba curativa, porque nadie, excepto los curanderos más expertos, la conocían.

Se trenzaba una enorme corona con el mayor número posible de hierbas curativas, y todo el mundo pasaba por debajo de ella. A continuación era colocada en el portón de las casas.

Aquel día, de madrugada, todo el mundo había de poner todo su empeño en lavarse vigorosamente, para no enfermar y para que el pelo se conservase sano y reluciente. Y pronunciaban este conjuro:

¡Rocía, rocía, rocío,
que fluya el agua,
que mamá me lave,
que abuela me seque,
que me crezca el cabello largo,
hasta el suelo!

El ritual de la *Ényova bulka*, es decir, de «La novia de Enyo», era especialmente interesante: participaban en él solo las mozas jóvenes. El día de la víspera, es decir, en la noche del 23 al 24 de junio, hacían ramilletes de todo tipo de plantas y de flores, y los depositaban en un caldero lleno de agua bendita, que dejaban al sereno en el jardín durante toda la noche, para que las estrellas pudieran ver el agua.

A la mañana siguiente vestían a una niña pequeña, de unos siete u ocho años, y que debía tener los padres vivos, al modo de las novias. La más fuerte de las mozas la llevaba sobre sus hombros, y con ella se paseaban todas las muchachas por el pueblo. Todo el mundo hacía, a *la novia de Enyo*, preguntas a propósito de cómo serían el tiempo y la cosecha del año. Se hallaban convencidos de que tales predicciones se cumplirían.

Regresaban después al punto del que había partido el cortejo, cubrían los ojos de la novia con un pañuelo rojo, le hacían entrega del caldero, y ella iba sacando un ramillete tras otro, augurando a cada moza con qué mozo se habría de casar, y si sería pronto. Todo el mundo creía que ese día era especialmente propicio para tales suertes adivinatorias.

Si la niña decía «caballo monta, halcón porta», eso significaba que el novio sería rico; si decía «agua tranquila bajo una piedra», que sería una persona serena y benévola; si decía «malva, que por encima de la tapia te mira», significaba que sería un vecino; si decía «vaso que nada en el mar», significaba que sería un borracho; si decía «medio plato, que de la pared cuelga», ello quería decir que sería un viudo; si decía «vino tinto, vaso de cristal», que sería un tabernero; si decía «chispas vuelan en la chimenea», significaba que sería un herrero; si decía: «calzones mojados cuelgan de la pared», que sería pescador; si decía «un palo de oro por el pueblo se pasea», que sería alcalde; si decía «membrillo amarillo y muy maduro», significaba que se casaría con un solterón.

Se pensaba, también, que aquel día las hierbas poseían una fuerza mágica especial, porque concentraban en ellas todo el poder del sol, que, a partir de ese día, en que llega a su cenit de luz y de calor, cambiaría ya de signo. La creencia común decía que, el día de su fiesta, San Enyo se vestía con nueve abrigos de piel, y que marchaba a pedir a Dios que fuera preparando el camino para el invierno.

El día de San Enyo, el *Ényovden*, es el último día en que las mozas hacían el tipo de reunión que recibía el nombre de *sedyanka*. Los ritos y las prácticas que juntas realizaban se creía que propiciarían y que protegerían la cosecha, asegurarían la salud de todos, y harían que aumentase el nacimiento de niños en el pueblo.

EL RITO DE LA MARIPOSA (*PEPERUDA*), PARA ALEJAR LA SEQUÍA EN LA PRIMAVERA

Se trata de ritos que el pueblo realizaba para pedir lluvia, si es que había sequía en el período que queda entre las Pascuas y *Petrovden* (29 de junio), que tiene una importancia crítica para la agricultura.

En la fiesta de la mariposa (*Peperuda*) era escogida una niña huérfana, que se convertía en la guía de un grupo de niñas un poco mayores en el itinerario que habían de hacer por el pueblo. A esa niña elegida entre las demás la cubrían de plantas y de ramas. Las mozas limpiaban cada fuente del camino en la que se detenían. A continuación metían las manos en cada una de esas fuentes, y salpicaban a la propia fuente, a modo de bendición.

En el curso de su recorrido, pasaban al interior de cada casa, y cantaban conjuros rituales, que tenían la función de rogativas a Dios para pedir la lluvia. Estas canciones no se

podían entonar en ninguna otra ocasión, porque se consideraba que entonces podrían perder sus poderes mágicos.

Dentro de cada casa bailaba la *peperuda* (la niña-mariposa) al ritmo de tal canto, pisando siempre sobre el mismo sitio; saltaba, se retorció, cruzaba sus brazos por encima de la cabeza haciendo un movimiento de aleteo similar al de las mariposas.

Los dueños de la casa entregaban harina a las muchachas de su cortejo, con el deseo de que el agua cayera de modo similar a como pasa la harina por el tamiz; y les ofrecían alguna comida, excepto huevos, porque se creía que tienen alguna relación mágica con las piedras de granizo.

La mitad de los regalos recibidos eran entregados a la *peperuda*, ya que solía ser una huérfana. Con la otra mitad celebraban todas, incluida la *peperuda*, una comida colectiva.

GUÉRMANOVDEN, LA FIESTA DE SAN GERMÁN

La fiesta de San Germán se celebra, igualmente, entre las Pascuas y *Petrovden* (el 29 de junio). Se trata de otra fiesta en la que solo pueden participar las mozas.

Las mozas confeccionaban un muñeco que tenía una talla de entre 20 y 50 centímetros, y que representaba a un hombre moribundo, desnudo, que tenía las manos sobre el pecho y un falo de metal muy prominente. El muñeco era depositado en el interior de una caja de madera, que era enterrada de forma ritual.

Al cabo de tres, nueve o cuarenta días, desenterraban las mozas al muñeco, y lo arrojaban al agua.

Si lo que se solicitaba era un tiempo seco, entonces el muñeco era confeccionado con esparto o con una pequeña escoba.

He aquí una de las canciones que se entonaban en ese día:

Guérmane, con tu fiesta,
llévate el granizo a los bosque malditos,
donde el hacha no corta,
donde el rosco no se amasa,
donde el gallo no canta.

KRASTONOSIE, LA FIESTA DEL TRASLADO DE LA CRUZ, PARA PEDIR LA LLUVIA EN LA PRIMAVERA

Fiesta que se hallaba entre las más populares y conocidas de Bulgaria. Se trataba, esencialmente, de una procesión que recorría todo el pueblo para solicitar lluvia. Estaba encabezada por un sacerdote que portaba una cruz. Seguían, después, los mozos, que iban portando, en parejas, grandes iconos, y las mozas, que iban cantando las rogativas rituales.

Cuando llegaban todos al campo, el agua era bendecida, y luego esparcida en todas las direcciones.

De vuelta al pueblo, hacían un *kurbán* de ave o de carne para pedir que la lluvia regase los campos, y todos los campesinos compartían la comida en un banquete comunitario.

GÓNENE NA ZMEIA: LA FIESTA DE LA PERSECUCIÓN DEL DRAGÓN

Cuando llovía en toda una región, pero en un único pueblo no caía el agua, se consideraba que era porque por allí andaba un dragón que deseaba raptar a una moza soltera, o que quería convertir el campo en una tierra yerma.



Escena en el pueblo de Tsarkva, región de Pérnik, a comienzos del siglo XX. La segunda por la derecha es Vasilka Ivanova, la abuela materna de Rositsa Yósifova.



Escena en el campo, a comienzos del siglo XX. El primer hombre por la izquierda es Hristo Ivanov, el abuelo materno de Rositsa Yósifova.



Surovachka, rama de cornejo ritual del Vasílyovden, fiesta de San Basilio o de Año Nuevo.



Caldero para llevar agua. Se utilizaba en rituales diversos, como el de llevar el agua callada, echar suertes amorosas, etc.



Zdrávetz, tipo de geranio que se asocia en Bulgaria a muchos ritos tradicionales.



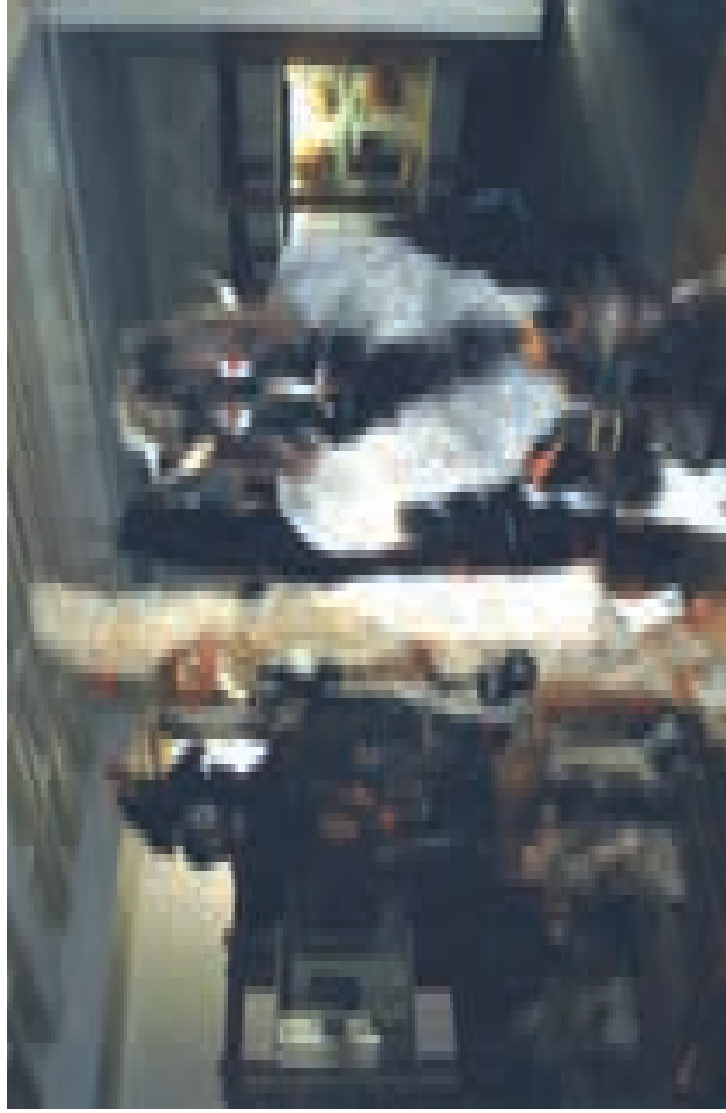
Hogaza ritual.



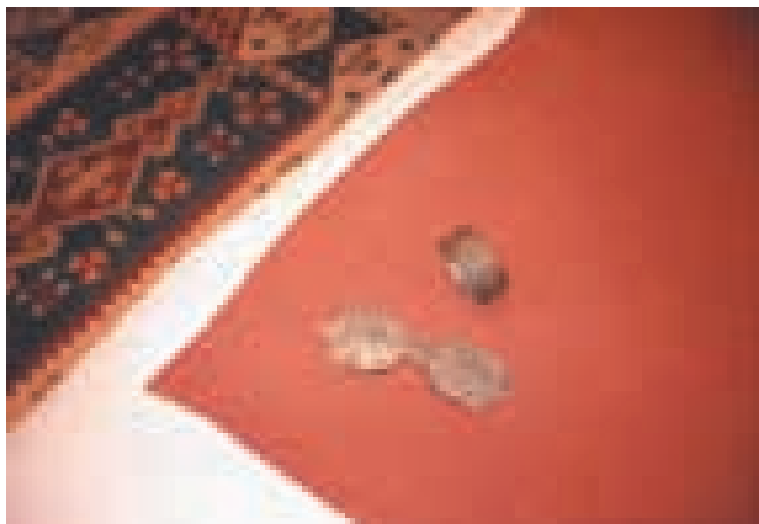
Cantimplora de madera labrada, ritual en numerosos festejos.



Koledari, día de Nochebuena. Muchachos que cantan por las casas y reciben las rosquillas rituales.



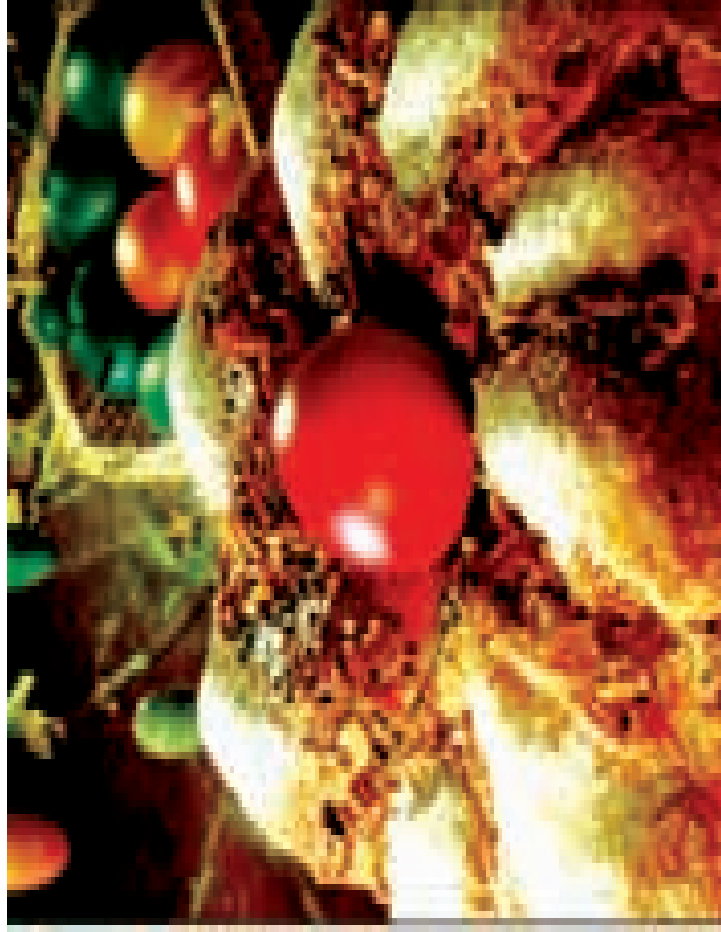
Kúkeri. Al son de los cencerros ahuyentaban los malos espíritus.



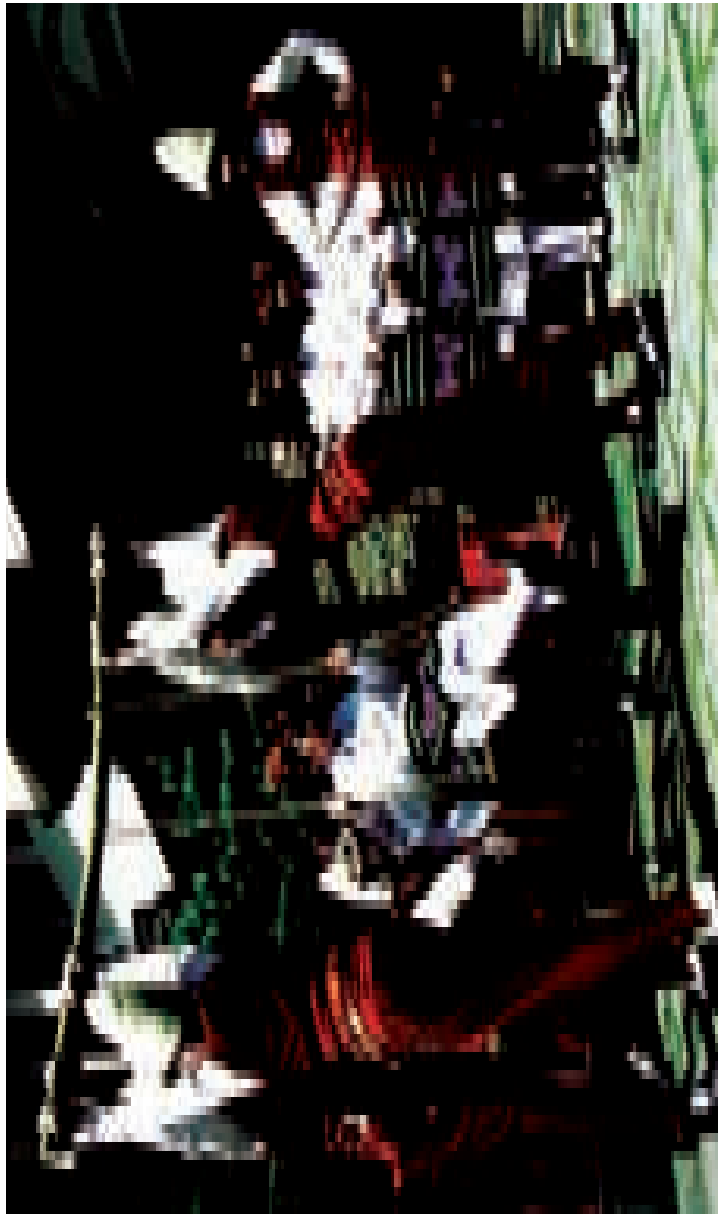
Joyas de novia: pulsera y fibula para la faja o cinturón.



Mártenitsa, adorno tradicional en la fiesta de Baba Marta.



Roscón y huevos pintados para Velikden, el domingo de Resurrección.



Guerguyovden, día de San Jorge. Columpios tradicionales.



Guerguyovden, día de San Jorge. Rito de pesar a cada miembro de la familia.



Nestinar, joven que camina sobre las ascuas en la fiesta de Svetí Konstantín i Svetá Elena, San Constantino y Santa Elena.



Ényovden, día de San Juan Bautista. Guirnalda de plantas y flores medicinales que hay que atravesar para tener salud durante el año.



Ényova bulka, día de San Juan Bautista. Niña que saca del caldero las suertes de noviazgo y casamiento de las jóvenes.



Badni Vécher, Nochebuena. Mesa y manjares tradicionales.



Bánitsa, pastel de hojaldre con queso y papelitos de la suerte dentro de la masa, típico de la Nochevieja.

A tal dragón era preciso perseguirle y expulsarlo de aquellas tierras, por lo que el pregonero del pueblo había de anunciar el inicio de la persecución. Entonces los campesinos ataban bien a sus perros para que no mordieran a ningún visitante, y abrían de par en par las puertas y ventanas de sus casas para que los mozos pudieran registrar y buscar mejor. Los jóvenes hurgaban con sus palos en cualquier rincón o lugar de las casas o de los patios en los que supuestamente podría haberse escondido el dragón.

Los mozos que habían de expulsar al dragón del pueblo eran jóvenes y fuertes. Ellos mismos habían designado, en absoluto secreto, a quienes habían de formar parte de esa partida.

Hacia la media noche, los mozos se desnudaban por completo. Portaban únicamente una gruesa garrota entre las manos. Mientras perseguían al dragón tenían prohibido hablar o hacer cualquier tipo de ruido. Si lo hicieran, caerían enfermos. Nadie debía verlos, muy en particular si era una moza, porque, si tal cosa sucediese, entonces el dragón podría raparla.

Los jóvenes desnudos deambulaban por las calles buscando al dragón. Pobre de quien fuera sorprendido a tales horas en cualquier calle del pueblo, porque los mozos se enfadarían mucho, y podrían llegar hasta a apalearlo, por haber transgredido las normas.

Después de la persecución del dragón, todos los mozos marchaban al río, se lavaban bien, y regresaban a sus casas.

Se creía que, de ese modo, el dragón había sido expulsado del pueblo, y que la lluvia volvería a derramarse sobre él.

PETROVDEN, LA FIESTA DE LOS SANTOS PADRES PEDRO Y PABLO (29 DE JUNIO)

Esta fiesta estaba precedida por un ayuno de carne y de lácteos que duraba dos semanas.

Se cumplían en ella varios rituales que tenían funciones protectoras contra el fuego, los incendios, los relámpagos, los truenos y el granizo: contra todo lo que, en definitiva, pudiera amenazar o perjudicar la cosecha.

No se trabajaba en tal día. Se hacía un *kurbán* de gallo o de pollo, porque se creía que el gallo o el pollo tienen el efecto mágico de neutralizar las fuerzas destructivas de la naturaleza.

Se hacía una mesa común, en torno a la cual se unían las familias de todo el pueblo, cada una de las cuales aportaba diversos manjares.

Se recolectaban las primeras manzanas tempraneras, que recibían el nombre de *Petrovki*, y que eran degustadas por todos.

De acuerdo con la mitología popular, San Pedro es el custodio de las llaves del paraíso, y el responsable de dejar entrar a los justos y de cerrar el paso a los pecadores.

SVETÍ VRACH, LA FIESTA DE SAN COSME Y SAN DAMIÁN, O DEL CURANDERO (1 DE JULIO)

San Cosme y San Damián reciben también el nombre de «los santos sin paga» (*Svetí Bezsrébrénitsi*), porque nunca cobraban sus favores a los enfermos. En su fiesta eran homenajeadas todas las personas que ponían sus conocimientos curativos al servicio de las personas de la comunidad.

Aquel día, las mujeres elaboraban panes rituales que se creía que tendrían efectos positivos sobre la salud, y los repartían entre las personas de todo el pueblo.

En las vísperas de la fiesta, los enfermos iban a pernoctar a iglesias o a santuarios que se hallaban bajo la advocación de estos santos. Por la mañana acudían a lavarse a un

manantial, con la esperanza de que todo aquel ritual contribuyera a su curación y fortalecimiento.

ILINDEN, LA FIESTA DE SAN ELÍAS (20 DE JULIO)

De acuerdo con la creencia popular, San Elías es el santo que provoca los truenos, los relámpagos y la lluvia. El pueblo creía que galopaba por los cielos, sobre un gran carro cuyas ruedas, al girar, producían los truenos.

San Elías se daba cuenta de cuándo iba a haber sequía, y entonces solicitaba a Dios la lluvia. Además, disparaba flechas de fuego contra los dragones, para que no devorasen el trigo de los campos.

En los iconos que lo representan tiene a sus lados al arcángel Gabriel y al arcángel Miguel, a los santos Pedro y Pablo, y a los evangelistas Juan, Mateo, Marcos y Lucas.

San Elías es uno de los santos más populares, pero también de los más respetados y temidos por los campesinos búlgaros, porque es capaz de enfadarse con la gente y de castigar con severidad.

Es el patrón de los peleteros.

En su honor se hace *kurbán* con un gallo viejo.

El día de su fiesta se hacían procesiones para pedir lluvia y buenas cosechas. Ese día nadie se atrevía a trabajar, porque un rayo podría matar al transgresor de esa norma, o prender fuego en los trigales.

GOLYAMA BOGORÓDITSA, LA FIESTA DE LA GRAN MADRE DE DIOS (15 DE AGOSTO)

La tradición cristiana asegura que, después de la muerte de Jesús, la Virgen pasó sus días orando en Jerusalén. Se cree

que un día se le apareció el arcángel Miguel, para entregarle una rama de palmera y para anunciarle que al cabo de tres días podría reunirse con su hijo.

De acuerdo con la tradición, la Santa Madre de Dios recibió la noticia con gratitud. A su casa llegaron los apóstoles, para despedirse de ella y para acompañarla en el momento del tránsito.

Para conmemorar la muerte de la Virgen, que es la patrona y protectora de las madres, de las parturientas y de sus bebés, los campesinos búlgaros acudían a la iglesia. Sobre la mesa del banquete común depositaban hogazas de pan, pollo, verduras, trigo cocido, miel y frutas. Todo el pueblo degustaba el banquete.

Ese día se comían por primera vez la sandía y las uvas.

SIMEÓNOVDEN, LA FIESTA DE SAN SIMEÓN (1 DE SEPTIEMBRE)

El nombre tradicional de Simeón *Stálpnik*, o «Simeón de la columna», contiene la raíz *stalb*, «columna». En español se le conoce con el nombre, acuñado, de Simón o Simeón Estilita.

La fiesta de San Simeón se considera que inaugura el año religioso tradicional en Bulgaria. Conmemora la muerte, a los 103 años, del santo Simeón *Stálpnik*, un pastor que se hizo monje para dedicarse a la vida contemplativa y que, para sentirse más cerca de Dios, levantó una columna de cuarenta metros de altura, sobre la que se dedicó a rezar y a ayunar. Se hizo célebre porque, desde allí, era capaz de curar enfermedades mortales, y de prestar ayuda a todo el que se lo requiriera.

Tras su muerte la gente levantó un templo en el lugar en el que se erigía la columna. Se produjeron allí muchos mila-

gros; enfermos, ciegos, mudos sanaron, por ejemplo.

San Simeón es el patrón de los labradores. Por esa razón, el día de su fiesta era bendecido el grano durante la misa. Entre los granos, antes de sembrarlos, se colocaba un ramo de albahaca, un hilo rojo con pimientos rojos, fruta, nueces, monedas de plata, y la ceniza del árbol de la Nochebuena. Después se llevaba el grano bendito a los campos, y se daba inicio a las labores de la siembra. Los carros, los bueyes y los caballos eran adornados con flores, y en los cuernos de los bueyes se ponían rosquillas.

El labrador, cuando marchaba al trugal, se fijaba muy bien en cualquier persona que le saliera al paso por el camino. Si la persona llevaba algo en las manos, o a la espalda, eso significaba que la cosecha sería buena, y que las espigas se llenarían de granos.

El labrador llevaba al trugal una hogaza ritual grande, que dividía en cuatro partes. La primera parte era arrojada en dirección al sol, es decir, hacia el este; la segunda parte era entregada a los bueyes; la tercera era enterrada en la tierra, para la serpiente, que era considerada la patrona del trugal; y la cuarta parte era para el labrador, que la comía antes de empezar la labor de la siembra.

En tal día no se debía dar nada en préstamo, ni se debía sacar nada de casa, para que no escapase el bienestar del hogar. Tampoco se encendía fuego, con el fin de que ningún incendio pudiera prender en los trigales.

Se compraban pucheros nuevos para la cocina, y se daba inicio a la recolección de las nueces.

En la fiesta de San Simeón se hacían augurios y predicciones de cómo sería el tiempo durante todo el año.

Se creía firmemente que, ese día, Dios perdonaba todos los pecados, si es que el pecador se arrepentía sinceramente de ellos.

KRASTOV DEN, LA FIESTA DE LA SANTA CRUZ (14 DE SEPTIEMBRE)

Con esta fiesta se celebra el día en que se cree que la reina Elena encontró la cruz (símbolo de la inmortalidad de la fe y de la salvación) en el monte Gólgota. En las vísperas traía la gente del campo trigo, guisantes, calabazas, patatas y uvas.

Ese día se hacía ayuno de carne y de lácteos. Se cocían calabazas, y se hacía pastel de puerros. Las personas que respetaban los preceptos de ese día no sufrirían dolor de cintura. Para entender mejor esta creencia, había que tener en cuenta que, en búlgaro, la cintura recibe el nombre de «cruz».

De acuerdo con la creencia popular, a partir de esa fecha comenzaba el sol a retroceder. La noche y el día «se cruzaban».

Desde aquel día comenzaban las reuniones otoñales que recibían el nombre de *sedyanka*, y la temporada en que los mozos y las mozas buscaban novias y novios.

Si llovía en la fiesta de la Santa Cruz, se creía que eso auguraba un año de bienes.

VYARA, NADEZHDA Y LYUBOV I MAIKA IM SOFÍA, LA FIESTA DE FE, ESPERANZA Y AMOR, Y DE SU MADRE SOFÍA (17 DE SEPTIEMBRE)

Las cuatro virtudes religiosas principales se considera que son la Fe, la Esperanza, el Amor y la Sabiduría. Las tres primeras son los nombres que se atribuyen a las tres supuestas hijas que tuvo Santa Sofía (es decir, Santa Sabiduría). La tradición cristiana dice que la madre y sus tres hijas fueron martirizadas en tiempos del emperador romano Adriano.

Desde épocas remotas se celebra culto religioso en la iglesia de Santa Sofía, en la capital de Bulgaria, en la que se venera un precioso icono que tiene las imágenes de las cuatro santas. Santa Sofía es la patrona de la ciudad.

Este día se amasaban tortas que se repartían entre los vecinos y amigos, junto con uvas y con otras frutas. Además, por la tarde, se cantaban alegres canciones y se bailaban danzas tradicionales.

PETKOVDEN, LA FIESTA DE SANTA PETKA (14 DE OCTUBRE)

La fiesta dedicada a Santa Petka conmemora a una santa que es la patrona del matrimonio, del nacimiento de los hijos, de los niños en general, de la fertilidad del ganado y de las labores que realizan las mujeres en el hogar. Es una santa muy venerada por las mujeres búlgaras.

Santa Petka nació en Tracia y, cuando se quedó huérfana, repartió todos sus bienes entre los pobres y se encomendó a Dios. Marchó a Jerusalén, visitó el Santo Sepulcro y se retiró a hacer penitencia en el desierto. Sus reliquias fueron trasladadas a Bulgaria por el mismísimo zar Iván Asén II, después de la batalla de Klokótnitsa contra los bizantinos.

El día de Santa Petka daba inicio la temporada de las fiestas familiares del invierno. A partir de ese día comenzaba la febril actividad de las casamenteras, las pedidas de mano y las bodas. La fiesta de *Petkovden* marcaba el final de los trabajos del campo: de la siembra y la recolección.

También los pastores y los mozos dejaban de trabajar, ya que el mal tiempo obligaba a hacer pausa, y comenzaba el cruce del ganado.

Se celebraban ferias y verbenas grandes y animadas, en las que la gente del pueblo se sentaba a una mesa común, aunque todos se distribuían por familias o por barrios.

Se consumían hojas de parra rellenas con carne y con arroz.

Y el pueblo pronunciaba la fórmula ritual: «Santa Petka encabeza las fiestas que quedan por venir».

DIMÍTROVDEN, LA FIESTA DE SAN DEMETRIO (26 DE OCTUBRE)

En esta fecha se conmemora la muerte del gran mártir San Demetrio de Salónica, que vivió en el siglo III. Hijo del gobernador de Salónica, le sucedió en el puesto, desde donde comenzó a predicar la fe cristiana. Fue entonces encarcelado y asesinado con una lanza.

De acuerdo con la creencia popular, San Demetrio y San Jorge eran hermanos. Demetrio, el mayor, cabalgaba a lomos de un caballo negro, y era el señor del invierno. De su barba blanca caían los primeros copos de nieve. El proverbio popular dice: «San Demetrio trae consigo el invierno, y San Jorge el verano».

El día de su fiesta se celebraban ferias en muchos pueblos, se bailaba en público y tenían lugar un gran número de fiestas de peticiones de novia. Se consumían comidas que tenían como ingredientes la carne de carnero y el pastel de manzana.

Al día siguiente, el 27 de octubre, le era entregado su salario a los trabajadores del campo, y expiraban los contratos, que volverían a quedar formalizados a partir de la primavera.

ARAHÁNGUELOVDEN O RÁNGUELOVDEN, LA FIESTA DEL ARCÁNGEL SAN MIGUEL (8 DE NOVIEMBRE)

Según la creencia popular, San Ránguel, San Miguel, fue uno de los seis hermanos que participaron en el reparto del universo. A él le correspondieron las almas de los muertos. Mucha gente del pueblo estaba convencida de que el alma no dejaba al cuerpo sin que acudiera San Ránguel y la extrajera con la ayuda de una manzana que tenía en la mano.

La manzana era el símbolo del más allá, el vínculo entre la tierra y el reino de las ánimas. Con la manzana que le era mostrada al agonizante era engañada su alma, que acababa saliendo porque se figuraba que en el más allá se estaría bien, ya que la manzana es, al mismo tiempo, símbolo de bienestar, de salud y de amor.

En realidad, se creía que San Ránguel extraía el alma con un cuchillo. Es representado como un hombre joven y apuesto, y para que pudiera extraer las almas con rapidez era obligatorio que las personas respetasen su día.

En muchos pueblos había sido elegido, incluso, como el santo patrón, con el fin de que todos se hallasen más protegidos frente a la muerte.

El día de su fiesta se hacía *kurbán* de un animal macho, y se servían a la mesa panes rituales.

El sábado anterior al día de San Ránguel se hacían visitas a los cementerios. Las mujeres limpiaban las tumbas, las adornaban con flores, las rociaban con agua y con vino. Se creía que, de ese modo, se ayudaría a los muertos a prepararse para pasar un crudo invierno.

Se repartía comida (pan ritual, trigo cocido con azúcar y canela, pastelitos, bombones) entre todos, conocidos o no, para que se acordasen del difunto para bien.

El arcángel San Miguel se hallaba representado, en la iconografía popular, como ángel-guerrero, con las alas claras, cubierto con armadura, portando una lanza en la mano y, muchas veces, manteniendo al diablo sometido bajo sus pies.

VAVEDENIE BOGORÓDICHNO, LA FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA (21 DE NOVIEMBRE)

De acuerdo con la creencia popular, se conmemora en ese día la presentación de la Virgen María en el Templo,

acompañada de sus padres Santa Ana y San Joaquín, para su consagración a Dios.

La fiesta exalta los valores de la familia cristiana: congregaba a todos en la casa de los padres, para que la familia al completo mostrase el cariño y el respeto que unía a todos.

La comida era, ese día, especialmente rica y abundante, aunque lo que más destacaba eran, seguramente, las golosinas que se preparaban para los niños.

ANDRÉEV DEN, LA FIESTA DE SAN ANDRÉS (30 DE NOVIEMBRE)

San Andrés murió martirizado por su condición de cristiano. Fue clavado a una cruz con forma de aspa, que desde entonces lleva el nombre de «cruz de San Andrés».

Conforme a la creencia popular, en el día de su fiesta es cuando el año empieza a crecer, «cada día como un grano de mijo», o sea, poco a poco. Por eso, en las vísperas de la celebración, las mujeres cocían trigo, maíz, judías blancas o lentejas, en una olla que debía, por fuerza, ser nueva.

Cada miembro de la familia arrojaba varios granos de cereal, o a veces de legumbre, a la chimenea, con lo que expresaban el deseo de que los cereales y las legumbres crecieran altos, y de que los granos de la cosecha alcanzaran un gran tamaño. Todos comían a continuación de los granos cocidos, que, además, eran repartidos entre los vecinos y ofrecidos al ganado.

El día de San Andrés se identificaba, en muchos lugares, como el día de los osos. Ello se debía a que, según la creencia del pueblo, el ermitaño Andrés vivía retirado en la montaña, en la que cuidaba de su pequeño trigal. Un oso devoró un día el único buey con el que contaba, y San Andrés se

enfureció y unció al oso el arado, para que trabajase en el campo. Se cree, por eso, que San Andrés es el señor de los osos. Muchas leyendas le presentan montado sobre un oso con el que se aparece ante la gente.

Su misión era la de librar a los fieles de las largas noches del invierno, porque a partir de esta fecha, se creía que los días comenzaban a crecer poco a poco.

SVETÁ VARVARA, LA FIESTA DE SANTA BÁRBARA (4 DE DICIEMBRE)

Según la leyenda, en el lugar en el que fue martirizada Santa Bárbara, en Razlog, en el suroeste de Bulgaria, brotó un manantial de agua caliente. Cada año, sobre todo en esa zona, en la fecha de su fiesta, se reúne mucha gente a tomar las aguas, porque se tiene la convicción de que se vuelven curativas.

Santa Bárbara es una santa protectora contra las enfermedades, patrona de las cosechas y de las aves de corral. Se creía que ella y su hermana Sava eran hermanas de San Nicolás, y se decía:

Bárbara cuece,
Sava asa,
Nicolás viene y agasaja a los huéspedes.

Santa Bárbara y Santa Sava estaban, también, muy vinculadas a la protección de los niños y a los cuidados de la salud infantil.

Además, el pueblo consideraba que las dos santas tenían la capacidad de predecir la suerte o el destino de la gente.

SÁVINDEN, LA FIESTA DE SAN O DE SANTA SAVA (5 DE DICIEMBRE)

La creencia popular afirma que San (o Santa) Sava fue monje (o monja) durante toda su vida, y que fundó diversos monasterios en Palestina. Resulta, desde luego, curioso que algunas tradiciones lo identifiquen con un varón, y otras con una mujer.

El día de su fiesta, las mozas tenían que hacer pasar la harina por el tamiz, en presencia de una mujer mayor. La moza entablaba con esa mujer un diálogo ritual, mientras trabajaba. La mujer mayor la instruía sobre cómo encontrar un buen mozo con el que llevar una feliz vida de casada.

Todo el mundo estaba convencido de que los deseos de fortuna y de bienestar que eran expresados en ese día se cumplirían al final.

El día de San o de Santa Sava se llevaba trigo cocido a los cementerios, porque se creía que el santo, o la santa, tenían una fuerte conexión con el mundo de los difuntos.

NIKULDEN, LA FIESTA DE SAN NICOLÁS (6 DE DICIEMBRE)

Era una de las fiestas de mayor arraigo y popularidad en el calendario festivo búlgaro.

De acuerdo con las creencias del pueblo, San Nicolás fue uno de los seis hermanos santos. Cuando se hizo el reparto del mundo, le correspondió a él el agua. Por eso es el patrón de los pescadores y de los marineros.

Había leyendas que afirmaban que el santo era capaz de provocar tormentas en el mar. Cuando se enfadaba, era capaz de embravecer el mar y de hundir los barcos. Es por

esa razón que, el día del santo, no faenan las embarcaciones, para no provocar su ira.

La iconografía le representa como un gran héroe alado, anciano, con una barba larga y blanca, que es capaz de volar sobre las aguas y que, en ocasiones, ayuda y salva a los hombres que se están ahogando en ellas.

Uno de los relatos que le tenían por protagonista afirmaba que, en cierta ocasión, viajaba San Nicolás en un barco pequeño en el que se apretujaba mucha gente. Las olas eran enormes, y el barco sufría vaivenes tremendos. En cierto momento, una vía de agua se abrió en el fondo. Entonces San Nicolás metió su mano en el agua y sacó una carpa, con la que tapó el agujero. Salvó de este modo a todos de una muerte segura. De ahí quedó la costumbre de cocinar *kurbán* de carpa el día de su fiesta.

En realidad, San Nicolás es el santo en cuyo honor se cocinaba, en Bulgaria, mayor variedad de *kurbán*. Su *kurbán* debía ser siempre de pescado. Mientras se comía, durante la cena, el señor de la casa había de levantar en alto un pan ritual. Se creía que levantar el pan obligaría a las espigas de los trigales a crecer y a levantarse en la misma medida.

En la fiesta de San Nicolás se preparaban comidas que tuvieran como ingredientes el pescado, los pimientos, las judías blancas, las hojas de col rellenas de arroz, y diversas especias.

Un hueso de la cabeza del pescado era enterrado debajo del umbral de la casa, para que protegiera el hogar y guardara a toda la familia de los malhechores.

Esa noche no se recogía la mesa, para que de ella pudieran comer también los difuntos, que podrían de ese modo extender sobre nosotros su protección.

Todo el mundo iba a la iglesia ese día. Las mozas y los mozos llevaban a sus casas, después, las velas que habían

cogido de la iglesia, las colocaban debajo de las almohadas, y expresaban el deseo de casarse pronto, en la creencia de que ese rito les ayudaría.

Si el día de San Nicolás hacía frío y nevaba, eso significaba que el año sería bueno.

Si hacía claro y era seco, era augurio de que la cosecha no sería muy abundante.

La fiesta de San Nicolás señalaba el final de la temporada de pesca, que comenzaría de nuevo a partir del día 6 de enero, con la fiesta del Jordán (*Bogoyavlenie*).

Además, San Nicolás era el patrón de los mercaderes y de los carreteros, y también se le consideraba el santo protector de los noviazgos y de los matrimonios, pues ayudaba a los jóvenes a casarse con quienes amaban.

SVETÁ ANA, LA FIESTA DE SANTA ANA (9 DE DICIEMBRE)

Este día se conmemora la concepción de la Virgen María en el vientre de su madre, Santa Ana.

Santa Ana es la protectora de la familia y de la maternidad, la que cuida de las doncellas, de las mujeres embarazadas y de las viudas.

En la víspera de su fiesta las mujeres no realizaban ninguna labor, muy en especial ninguna de las relacionadas con el hilado. De ninguna manera se atrevían a tocar la lana.

Delante de las puertas de las casas, los hombres hacían un fuego alimentado con abono, lo que se creía que ahuyentaba los malos espíritus.

Las mozas ponían en un caldero lleno de agua unos cuantos granos y ramitas de guindo o de manzano. Si a comienzos del año habían germinado los granos, o habían echado algún brote las ramitas, eso auguraba que dentro del año siguiente habría boda.

SVETÍ SPIRIDÓN, LA FIESTA DE SAN ESPIRIDIÓN (12 DE DICIEMBRE)

Dicen que, para convencer a sus oponentes de la superioridad de la fe cristiana sobre cualquier otra, en una disputa que le enfrentó con infieles, San Espiridión apretó una teja, y que de un lado salió fuego y del otro agua. Esa es la razón de que sea el patrón de los fabricantes de tejas y de ladrillos y, por extensión, de todos los obreros y oficiales manuales.

San Espiridión era, en realidad, zapatero, y es por ello que los zapateros hacían una gran fiesta y le honraban de manera muy especial el día de su fiesta.

El 12 de diciembre, las personas que ejercían un oficio artesano o manual hacían preparar, cada uno en su casa, una gran cena, abundante y que se prolongaba hasta altas horas de la noche. Los vecinos estaban invitados a participar del banquete, en el que no podían faltar vino ni manjares de diverso tipo. Los invitados deseaban a los oficiales que a lo largo del año siguiente obtuviesen buenas ganancias y alcanzasen gran bienestar.

Tenía gran arraigo la creencia de que cada uno de los doce días que seguían a la fiesta de San Espiridión se correspondía con uno de los meses del año siguiente, y la de que, según el tiempo que hiciera en cada uno de tales días, así sería el tiempo que predominaría en cada uno de los meses del año que iba a entrar.

IGNAZHDEN, LA FIESTA DE SAN IGNACIO (20 DE DICIEMBRE)

San Ignacio fue un mártir cristiano que murió devorado por las fieras que contra él lanzaron los infieles.

El día que lo conmemora, todo el mundo estaba muy atento a la cuestión de quién sería la persona que entraría en primer lugar en una casa. Si la primera persona que entraba era reconocida como una buena persona y, sobre todo, como un buen patrón, eso significaba que el año sería feliz y rico para la familia. Si se trataba de una moza, eso significaba que el ganado pariría muchas crías hembras.

En algunos lugares, los señores de la casa invitaban a propósito a la persona a la que deseaban ver aparecer la primera por allí. Esa persona era designada con el nombre de *polásnik*.

De acuerdo con el rito popular, iban hasta su casa, con la cantimplora de madera típica, llena de vino y adornada con un ramito de *zdravets*, atada a la cantimplora mediante un hilo rojo.

Cuando el *polásnik* llegaba a la casa en la que se le quería ver aparecer, traía consigo unas cuantas astillas o algo de leña menuda, que el patrón de la casa colocaba en el nidal en el que empollaban los huevos las gallinas, para protegerlas de todo mal. Con ese acto ritual no solo quedaba extendida la protección sobre las gallinas y sobre sus huevos: en realidad, esa protección alcanzaba a todo el universo, puesto que la gallina y sus huevos eran su símbolo.

El *polásnik* portaba también leña para la casa. La ponía junto a la lumbre y se sentaba encima, en posición de poner huevos. Entonces el ama de la casa le echaba encima judías blancas, frutas secas, nueces y trigo, mientras él avivaba el fuego hasta que salían chispas. Bendecía en ese momento la casa, con estas palabras:

¡Tantas chispas cuantas hay, tantos polluelos, terneros, corderos, niños y, sobre todo, miel, mantequilla y trigo blanco haya en esta casa!

Le respondían todos a una voz: «Amén, que nos lo conceda Dios».

Se sentaban todos a la mesa. El ama de la casa aparecía con una gran hogaza, recién hecha, y todos la partían al mismo tiempo. Se creía que la persona a la que se le quedase en las manos el trozo más grande sería la más afortunada durante el año que iba a entrar.

El día de San Ignacio nadie tiraba la basura.

No era bueno que el día de San Ignacio amaneciera nadie debiendo dinero. No se debía tomar, ese día, nada prestado, y no se daba nada a otra persona.

Como era un día festivo, tampoco se trabajaba, y la comida era preparada el día anterior.

Ninguna persona que saliera de la casa debía volver con las manos vacías. Todo el mundo había de procurar comprar al menos una prenda nueva para ese día.

Era creencia arraigada que nacía el sol nuevo, y que ese día comenzaban las fiestas solemnes del invierno. Había gente que ese día hacía augurios sobre cómo sería el clima del año siguiente.

Y, de acuerdo con viejas narraciones, la Virgen María comenzó a sufrir en tal día los primeros dolores del parto.

BADNI VÉCHER, LA FIESTA DE LA NOCHEBUENA (24 DE DICIEMBRE)

Es, sin duda, una de las fiestas más importantes del año. Tiene una honda raíz hogareña y familiar.

Los preparativos comenzaban con antelación. En los días previos, la casa era limpiada a fondo. Se instalaba el abeto, y enseguida se le adornaba, labor a la que se aplicaban de manera especial los niños.

El día 24, muy temprano por la mañana, se amasaba la hogaza ritual. Para hacerlo, el ama de la casa se vestía con ropa limpia y nueva. Los ingredientes únicos de la hogaza eran: agua, harina de trigo, sal y soda bicarbonato. Sobre la hogaza se ponían unas figuritas de masa de pan que simbolizaban la riqueza y la buena cosecha que se esperaba que trajera el año que pronto empezaría. Tales figuras representaban un racimo de uvas, espigas, cordero, un arado... Además, dentro de la masa de la hogaza era depositada una moneda. Quien la encontrase en el interior de su porción tendría suerte durante todo el año que iba a comenzar. Esta última parte del ritual sigue viva en la actualidad.

Se amasaban, también, las rosquillas rituales que habrían de ser entregadas a los *koledari*, los jóvenes que llegarían después de la media noche para cantar bendiciones y recoger regalos. Las rosquillas tenían forma ovalada, con un gran agujero en el medio. De ese modo se podían colocar, a modo de anillo, en la garrota de los *koledari*, que así podrían portarlas con mayor comodidad. Cuando estaban ya bien horneadas, las rosquillas eran adornadas con hiedra y con hileras de palomitas y de nueces ensartadas.

La cena de la Nochebuena no debía incluir ningún ingrediente que tuviera carne, leche o cualquiera de sus derivados, porque la Nochebuena coincidía con el último día del gran ayuno previo a la Navidad.

En la mesa debían quedar dispuestas siete, nueve o doce comidas diferentes: números simbólicos, que se correspondían con los siete días de la semana, los nueve meses de gestación o los doce meses del año. Era tradicional que estuvieran la hogaza, la miel, el ajo, nueces, trigo cocido, lentejas, judías blancas, hojas de col rellenas de arroz y de especias, pimientos rojos secos, también rellenos de arroz especiado, pastel de repollo, ensalada de aceitunas con cebolla y tomate frito, pastel de calabaza y compota de frutas secas.

Debajo de la mesa se ponía paja, que después de las fiestas se colocaría en los nidales en los que empollaban las gallinas, o al lado de los árboles frutales, para propiciar la fertilidad.

Los hombres cortaban un tronco que recibía el nombre de *bádnik*, y que tenía que ser de peral, de roble o de haya. Durante la noche, el patrón de la casa removía la lumbre con él, pronunciando bendiciones, y dejaba en el fuego la parte más estrecha y delgada, para que el tronco no se apagase rápidamente y quedasen ascuas encendidas durante toda la noche.

Las cenizas del *bádnik* eran cuidadosamente recogidas para, más adelante, ser esparcidas sobre trigales y viñedos, de modo que propiciasen una mejor cosecha. También podían ser esparcidas en otras ocasiones especiales.

Se sentaban todos alrededor de la mesa. El amo de la casa dejaba caer debajo de la mesa su cartera, llena de dinero, para que el año siguiente estuviese lleno de bienes.

El miembro de más edad de la familia paseaba por toda la casa, por el establo, el gallinero, el corral y los patios, pronunciando bendiciones y sahumando con incienso a su alrededor.

Una vez sentados para cenar, nadie habría de levantarse de la mesa hasta que el banquete hubiese llegado a su fin. Si, a pesar de tal norma, algún imprevisto obligaba a ello, el que tenía que levantarse era el amo de la casa, el cual debía desplazarse muy agachado, para que agachadas del mismo modo estuviesen, por el peso del grano, las espigas en el campo.

Antes de que comenzase la cena, el patrón levantaba la hogaza con sus dos manos, y bendecía de esta manera:

¡Que haya trigo por doquier, que las espigas sean como cucharas, y que el grano sea grande como escaramujo, que

haya uvas, cebada y maíz, que paran las ovejas, las cabras y las vacas!

¡Dios sea huésped de nuestra casa, y cenemos todos juntos!

Después se distribuía la hogaza, cuyo primer trozo era destinado al icono de la familia. El resto era repartido de acuerdo con la edad, de mayor a menor, de cada miembro de la familia. Todo el mundo había de probar de todas y cada una de las comidas, para que cada cual gozase de buena suerte durante el año siguiente.

Al final, cada uno escogía una nuez y la rompía. Si la nuez salía buena, eso significaba que la persona no enfermaría.

Las mozas escondían el primer trozo de la hogaza, que más tarde habrían de poner debajo de su almohada. Creían que esa noche soñarían con el hombre con el que acabarían casándose.

Todo el mundo aguardaba a que llegase la medianoche para festejar el nacimiento de Jesús. En Bulgaria, quienes esperaban con más ilusión ese momento eran, sin duda, las mozas y los niños.

En cuanto llegaba la medianoche, salían a la calle los *koledari*, que eran mozos jóvenes y solteros que cantaban las rituales canciones de *Kóleda*, con las que repartían bendiciones y buenos deseos destinados a cada miembro de la familia. Un ejemplo:

Levántate ahora, patrón,
a ti te cantamos, amo;
buenos invitados hemos venido,
buenos invitados, los *koledari*.
A ti te cantamos,

a Dios alabamos.
¡Cuantas estrellitas en este cielo,
cuantas hierbecitas en esta tierra,
tanta salud haya en esta casa!
De Dios, mucha salud,
y de nosotros, un poco de alegría.

Y toda la familia contestaba a una sola voz: «¡Amén!»

Los amos de la casa, especialmente las mujeres, regalaban a los *koledari* rosquillas, nueces, frutas secas, tocino y dinero. Cada uno de ellos aspiraba a tomar su rosquilla de las manos de su amada.

Los *koledari* iban vestidos con ropa nueva, y sobre sus gorros prendían unas ramitas de árbol y de hiedra, que es símbolo de eternidad.

Su cortejo salía en cuanto resonaba el disparo de escopeta que anunciaba el inicio de su paseo. Si el pueblo era grande, se dividían en grupos. Encabezando cada grupo iban siempre varios muchachos jóvenes que recibían el nombre de *gatos*, y que con maullidos y golpes en los portones anunciaban su llegada.

Unos cuantos muchachos más, algo mayores en edad, iban detrás del cortejo, recogiendo todo lo que iban recibiendo los *koledari*. A ellos les correspondía el título de *burros*. Las canciones de los *koledari* resonaban por todas partes. El que encabezaba el grupo daba las gracias y pronunciaba las bendiciones.

Las canciones de los *koledari* proclamaban que ellos habían viajado desde muy lejos, desde *la tierra de abajo*, para llegar a *la tierra de arriba*, y que habían pasado por grandes peligros en su empeño por llegar hasta allí para bendecir a la gente con sus canciones y sus buenos deseos.

Por eso recibían tan ricos obsequios.

Al día siguiente, con una parte de lo recibido, los mozos celebraban una comida colectiva. El resto lo vendían, y entregaban el dinero que obtenían a la escuela o a la biblioteca.

La mesa de la Nochebuena no se recogía. Existía la creencia de que los difuntos acudían a cenar de lo que quedaba en ella, pues venían a la casa para ocuparse del bienestar de los miembros vivos de su familia.

KÓLEDA, LA FIESTA DE LA NAVIDAD (25 DE DICIEMBRE)

La Navidad es otra de las fiestas principales del año.

A partir de ella empezaban los *días impuros*, que estarían vigentes hasta que se bendijese el agua en la fiesta de *Yordánovden*. Eran días en los que era más fácil sufrir el acoso de los seres malignos. Por eso la gente evitaba salir fuera por la noche, y, desde luego, esperaban a que cantasen los gallos de madrugada si se tenían que aventurar en el exterior.

Las mujeres tenían vedado, esos días, coser, hacer punto, tejer o hilar. Estaba hasta prohibido tener vida matrimonial, porque se creía que el niño que pudiera ser concebido esos días sería mala persona. Si algún niño nacía en ese período de tiempo (entre el 26 de diciembre y el 6 de enero), era preciso coserle enseguida una camiseta, para que no se convirtiera en un espíritu maligno.

Tras la misa, a la que acudía toda la familia, comenzaba la comida festiva. Después de un ayuno de cuarenta días, aparecían por fin sobre la mesa la carne, la leche y sus productos derivados. La matanza estaba representada con todo tipo de fiambres.

Según el día de la semana en que cayese la fiesta de la Navidad, el año siguiente traería cosas o bienes diferentes.

En algunos casos, habría suerte en los negocios; en otros, el tiempo sería bueno o malo, o la cosecha sería buena o escasa, o se producirían cambios políticos. Desde luego, si el día de Navidad caía en martes, lo mejor sería no emprender ningún viaje por mar en las fechas próximas.

STÉFANOVDEN, LA FIESTA DE SAN ESTEBAN (27 DE DICIEMBRE)

Según la tradición cristiana, San Esteban fue uno de los primeros mártires de la nueva fe. Fue lapidado y enterrado en las cercanías de Jerusalén. Su culto prosperó cuando sus reliquias fueron trasladadas a Constantinopla. La leyenda nos dice que, cuando el cortejo se acercó al sitio en el que se alza la iglesia de San Esteban, los caballos detuvieron su paso y dijeron con voz humana: «El santo quiere ser enterrado en este mismo lugar». Y así se hizo.

Los campesinos búlgaros celebraban ese día con comidas rituales en que debía estar muy presente el cerdo asado, el repollo agrio, el guiso de cebolla con carne y ciruelas pasas. El postre tradicional era la deliciosa calabaza asada y caramelizada.

BIBLIOGRAFÍA

- ABADZHÍEV, PLÁMEN, «Kóledna kniga na bálgarskoto deté», Izdátelstvo «Parnás».
- DANCHOVI, NICOLA I IVÁN, «Bálgarska Entsiklopedia», tomos I y II. Izdátelstvo «Meditcina y fískultura». Sofía, 1992.
- DIMITROV, BOZHIDAR. Los santos Cirilo y Metodio. «Bórina». Sofía, 1992.
- DRÚMEVA, VALENTINA. «Rázkazi za bálgarskite svetíi y za svetíite, svárzani s Balgaria». Poligrafícheski kombinat, 2005. Slaviano-bálgarski manastir «Svetí velikomachenik Gueorgui Zograf». Svetá Gorá. Atón.
- ELÍN PELÍN, tomos I, II y III. Izdátelstvo «Bálgarski Pisátel». Sofía, 1972. Tomos IV, V, VI. Sofía, 1973.
- «Entsiklopedia na kalendarni práznitsi y obichái na bálgarite». Akademichno Izdátelstvo «Profésor Marín Drínov». Sofía, 1998.
- Entsiklopedia «Bulgaria». Izdátelstvo «Bálgarska Akademia na Naúkite». Sofía, 1978-1980.
- «Fólklor, Biblia, Historia». Universitetsko Izdanie «Svetí Klíment Óhridski». Sofía, 2002.
- GÁNEVA-RÁICHEVA, VALENTINA. «Ényovden» Darzhavno Izdátelstvo «Septemvri». Sofía, 1990.

- GÓEV, ÁNGEL, «SEDYÁNKATA». Darzhavno Izdátelstvo «Septemvri». Sofía, 1986.
- HADZHYSKI, IVÁN. «Bit i dushévnost na nashia narod». Izдания «Lik». Sofía, 2002.
- HADZHYSKI, IVÁN. «Optimistichna teoria za nashia narod». Izдания «Lik». Sofía, 2002.
- KARÁSLAVOV, SLAV. «Sólunskite bratia». Izdátelstvo «Narodna mladezh». Sofía, 1980.
- KONSTANTÍNOV, PÉTAR. «Véchniyat Bog». Izdátelstvo «Fénix». Sofía, 1994.
- KRÁEV, GUEORG. «Maska y bulo». Izdátelstvo «Íztok-Západ». Sofía, 2003.
- LÁLEV, TSANKO. «Golyama kniga na bálgarskite mítove y leguendi». Izdátelska Kashta «Pan». Sofía, 2005.
- MARÍNOV, DIMÍTAR. «Narodna vyara». Izdátelstvo «Íztok-Západ». Sofía, 2003.
- MARÍNOV, DIMÍTAR. «Religiuozni narodni obichái». Izdátelstvo «Íztok-Západ». Sofía, 2003.
- PRÓDANOVA, MARÍA. «Bálgarski práznitsi y traditsii». Izdátelska Kashta «Bard» 00D. Sofía, 2006.
- RÁDEVA, LILIIA I KÍRILOVA, ANI. «Bálgarska práznichna trapeza». Izdátelska Kashta «May». Sofía, 1991.
- RUSÁNOV, LYUBOMIR. «Bálgarski narodni pesni». Izdátelska Kashta «Pan». Sofía, 2004.
- SLAVÉIKOV, RACHO. «Bálgarski narodni obichái y vyárvaniia». Izdátelstvo «Asénevtsi». Sofía, 2006.
- SOL PIPER. Kulinaro spisanie, broi 4. Izdátelstvo E00D. Sofía, 2004.
- SOL PIPER. Kulinaro spisanie, broi 12. Izdátelstvo E00D. Sofía, 2006.
- STÁREVA, LILIIA. «Bálgarski obichái y rituali». Izdátelstvo «Trud». Sofía 2005.
- STÁREVA, LILIIA. «Bálgarski svettsí y práznitsi». Izdátelstvo «Trud». Sofía, 2005.

- STÁREVA, LILIA. «Bálgarski imená y traditsii». Izdátelstvo «Trud». Sofía, 2006.
- TÁLEV, DIMÍTAR. «Zhelézníyat Svetílnik». Izdátelstvo «Bálgarski Pisá-tel». Sofía, 1969.
- TÁLEV, DIMÍTAR. «Préspanskite kambani» Darzhavno Voенno Izdá-telstvo. Sofía, 1969.
- TÁLEV, DIMÍTAR. «Ilinden». Izdátelstvo Bálgarski pisátel. Sofía, 1966.
- TÁLEV, DIMÍTAR. «Glasovete vi chúvam». Izdátelstvo «Bálgarski Pisá-tel». Sofía, 1966.
- TÁLEV, DIMÍTAR. «Póvesti y ráskazi». Izdátelstvo na Otéchestveniyat Front. Sofía, 1981.
- VÁZOV, IVÁN. Tomos I, II, III, IV. Izdátelstvo «Bálgarski pisátel». Sofía, 1982
- YÁNEVA, STANKA. «Bálgarski obredni hlyábove». Izdátelstvo Bálgars-ka Akademia na Naúkite. Sofía, 1989.
- YÓVKOV, YORDÁN. Tomo I y II. Izdátelstvo «Bálgarski Pisátel». Sofía, 1989.
- ZAJÁRIEVA, KATIA. «Práznik u domá». Izdátelstvo «Martilen». Sofía, 1992.

LAS TRADICIONES DE BULGARIA Y LAS TRADICIONES DE ESPAÑA: LOS OPUESTOS CERCANOS

Bulgaria mira, por su extremo oriental, hacia el Mar Negro, y España mira, por su extremo occidental, hacia el océano Atlántico.

Dos mundos aparentemente opuestos, dos conceptos (oriente y occidente) que han sido muchas veces obligados a jugar el papel de polos contrarios, a veces incluso de rivales, en el tablero internacional de la cultura.

Y, sin embargo, Bulgaria y España forman parte de la misma Europa, aunque sea de sus bordes; Bulgaria y España heredaron gran parte de sus señas de identidad de los pueblos de la antigüedad preclásica (paganos) y clásica (griegos, romanos) que los habitaron o con los que tuvieron contacto; Bulgaria y España construyeron otra parte sustancial de su identidad en el crisol, durante siglos casi omnipresente, del cristianismo (del romano y del oriental); Bulgaria y España albergaron minorías similares (musulmana, judía, gitana...) que contribuyeron a moldear y a enriquecer sus culturas res-

pectivas; Bulgaria y España han sido países de fronteras en su interior o de fronteras en sus mismos márgenes, y eso (el rasgo fronterizo) marca siempre la identidad, y refuerza tozudamente las costumbres, por la necesidad que hay de resistir y de diferenciarse culturalmente del pueblo de al lado o de enfrente.

Es obvio: Bulgaria y España son países con condicionantes sociohistóricos parecidos, aunque también es obvio que sus patrimonios culturales son (o parecen) muy marcados y muy singulares, y que la gran distancia que separa sus geografías contribuye a que existan esas singularidades.

En cualquier caso, a medida que vamos sabiendo más y podemos comparar mejor las costumbres, las tradiciones, el folclore de Bulgaria y de España, no podemos dejar de apreciar analogías, algunas muy llamativas y muy sorprendentes. Explicables, por supuesto, por el carácter que tienen ambos patrimonios de eslabones de una cadena cultural internacional, en que ningún pueblo ha quedado aislado o desconectado de la cultura de los demás.

Aunque no pretendemos desgranar ahora concordancias exhaustivas, puede ser muy interesante conocer, justo cuando llegamos al final de este libro, algunas costumbres españolas que muestran paralelismos evidentes con las búlgaras. Ello nos ayudará a comprender que, bajo las originales y singulares primeras apariencias, las culturas de Bulgaria y de España, las culturas del mundo, se asemejan mucho más de lo que parece, y que los seres humanos no nos diferenciamos en tantas cosas como las que suponemos.

Puestos a buscar similitudes entre las tradiciones folclóricas de Bulgaria y de España, es evidente que el ciclo del año festivo, con sus hitos (mitad herencia del paganismo, mitad herencia del cristianismo) principales (fiestas de Año Nuevo, fiestas carnalescas del invierno, fiestas penitenciales del

final del invierno, fiestas de propiciación primaveral, fiestas de la cosecha veraniega, fiestas de celebración de la cosecha y de descanso y entretenimiento en otoño y en invierno, fiestas invernales de Navidad) viene a coincidir, a grandes rasgos, en los dos países. Igual que coincide el esquema general de los rituales que tienen que ver con el ciclo de la vida humana (nacimiento, matrimonio, muerte). Coincidencias que son, por supuesto, un aspecto particular de una sincronía general entre hombre, pueblo y ciclo ecológico que atañe a muchas más culturas, aparte de la búlgara y la española.

Pero, además, por debajo de ese doble hilo conductor de los grandes acontecimientos (los hitos de la vida personal, los hitos de la vida social sincronizados con el calendario) que tocan a la vida humana, muchas más sorprendentes similitudes vinculan las tradiciones de Bulgaria con las de España.

Un primer ejemplo, que dejará sin duda admirado al lector: por las páginas anteriores de este libro hemos sabido que, entre los campesinos búlgaros,

había dos maneras tradicionales de adivinar el sexo de la criatura por nacer. Si la tripa de la madre tenía forma puntiaguda, era señal de que sería un niño; y si, era más redonda, de que sería una niña.

Pues fijémonos en cuáles eran las creencias que existían (y que asumen todavía algunas personas) entre los campesinos de la Extremadura y de la Andalucía más rurales y profundas:

El vientre redondo es causado por embarazo de hembra; el puntiagudo es signo de varón¹.

¹ JAVIER MARCOS ARÉVALO, *Nacer, vivir y morir en Extremadura: creencias y prácticas en torno al ciclo de la vida a principios de siglo* (Badajoz: Diputación de Badajoz-Editora Regional de Extremadura, 1997) p. 10.

Si durante el embarazo tiene el vientre alto y en forma de pera, ha de ser varón, y si por el contrario lo tiene bajo o caído es signo evidente de que nacerá hembra².

¿No resultan verdaderamente asombrosas estas analogías? Pues no son las únicas, ni muchísimo menos. Fijémonos en otras. Recordemos que, en Bulgaria,

todas las hijas e hijos de un matrimonio debían tener los mismos padrinos. Excepto en el caso de que antes de nacer un niño hubiesen muerto varios hermanos suyos que hubiesen sido bautizados por la misma persona.

En ese caso, una vez nacida la criatura, era llevada hasta una encrucijada del pueblo, y la primera persona que pasaba por allí y se lo encontraba debía convertirse en su padrino. Tal persona no podía negarse a asumir esa función, y los padres tampoco podían dejar de aceptar que el padrino fuese esa persona, independientemente de cuál fuera su estado civil, su nivel económico o su inteligencia. A ese niño se le llamaba Naiden, que significa «encontrado».

Pues fijémonos ahora en el rito, tan extrañamente similar (aunque en Bulgaria se practicaba después del nacimiento, y en Galicia antes) que se practicaba, hasta hace no demasiadas generaciones, en tierras de Galicia:

En este puente [el Ponte das Partidas, parroquia de Moreira, Ponteareas, Pontevedra], al igual que en el de Cernadela, concejo de Mondariz (Pontevedra), se hace también un rito viejo, el del «bautismo prenatal», que cumplen las mujeres

² ANTONIO LIMÓN DELGADO, *Costumbres populares andaluzas de nacimiento, matrimonio y muerte* (Sevilla: Excma. Diputación Provincial, 1981) p. 38.

embarazadas que, por alguna razón, corren el riesgo de perder al bebé que llevan dentro. No consiste más que en hacer el bautizo del niño no nacido durante el embarazo, un rito que se encuentra muy extendido por toda Galicia con ligeras variantes. En algunos sitios incluso exigen que el puente tenga el cruceiro en medio. En Moreira estuvo tan extendido en otro tiempo que incluso hay quien lo llama «el Puente de las Paridas», por causa de este viejo rito. Consiste, más o menos, en lo siguiente, según me explicaron varios vecinos de Moreira.

La mujer embarazada, en compañía de su esposo y de algunos amigos o familiares, deberá acudir al puente poco antes de la medianoche, llevando todo tipo de viandas como si en aquel lugar se fuese a celebrar un bautizo normal: comida en abundancia, vino, pan... Al llegar al puente, la mujer entrará en él hasta la mitad, donde hay un arco grande, llevando un caldero pequeño y una cuerda que llegue hasta el río, y se quedará allí, en el medio, esperando.

Sus acompañantes deberán permanecer en cada una de las entradas del puente, impidiendo por todos los medios que ninguno lo cruce. A cualquier persona o animal que intente atravesarlo, deberán impedirselo, ya que eso supondría un riesgo de que el niño no naciese bien y trajese con él algún tipo de tara o enfermedad. Estos «guardias» del puente deberán convencer a la persona que pretenda cruzar el puente de que participe en el rito o de que espere hasta que se realice.

Cuando alguien acepta participar en el «bautismo prenatal», deberá subir donde la mujer, hasta la mitad del puente. Una vez allí, con el caldero y con la cuerda, deberá recoger un poco de agua del río. Con esta agua, haciendo que resbale sobre el vientre de la madre, el hombre deberá repetir las mismas palabras que diría el cura en un bautizo eclesiástico habitual: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Pero ojo: ninguno deberá decir la palabra «Amén», ya que eso queda únicamente reservado para el cura cuando, ya en la iglesia, se haga el ritual cristiano del bautismo.

Una vez hecho este rito del bautismo, queda la celebración. Todos deberán juntarse a la orilla del río para dar cumplida cuenta de la comida que llevaron desde casa: el jamón, el queso, la miel, el vino. Una vez concluida la celebración, deberán volver al medio del puente y, desde allí, tirar al agua todo lo que sobre, para que también el río participe de la celebración. Dicen que no se puede volver a llevar absolutamente nada para la casa, ni el mantel, ni los vasos, ni los tenedores, ni los restos de la comida... ¡Nada! Es el tributo que se le paga al río por permitir el buen nacimiento del niño.

Y dice la tradición que era aconsejable ponerle al niño el nombre de su «padrino prenatal» cuando se bautizaba por el rito tradicional de la iglesia. E incluso dicen algunos que si esa persona acepta ser el «padrino eclesiástico» del niño, con toda probabilidad ese niño será agraciado por la fortuna³.

Un ejemplo más, sin duda llamativo, de las coincidencias que es posible detectar entre determinados rituales que se practicaban en la Bulgaria rural y tradicional y los que se practicaban en los pueblos de la España profunda. En el país eslavo, según hemos podido saber ya,

el niño recién bautizado era entregado a la madre por la madrina, por encima del umbral de la casa, como símbolo del tránsito que se había operado en su vida. Y la madrina decía: «Lo cogí hebreo, te lo devuelvo cristiano».

³ Traduzco de *Galicia Encantada: Enciclopedia de Fantasía Popular de Galicia*, coord. Antonio Reigosa [consultado el 13 de noviembre de 2008]: «Texto remitido polo escritor Manrique Fernández, natural de Cospeito (Lugo) e residente en Ponteareas (Pontevedra)». <http://www.galiciaencantada.com/dentro.asp?c=0&id=449>.

Pues bien: comparemos esta información con alguna que ha sido recogida en pueblos de la provincia de Málaga, donde

el bautizo representa el primer acto social del recién nacido, es su primera salida a la calle, y generalmente tenía lugar el segundo mes de vida. Con este acto ritual logra su entrada formal en la sociedad cristiana; deja de ser un pagano, moro o judío⁴.

Creencias similares han atravesado, por cierto, los océanos, porque en Chile,

a los niños sin bautizar se les llamaba judíos porque estaban todavía sin acristianar⁵.

Recordemos a continuación otro rito tradicional en la Bulgaria de tiempos pasados, que se practicaba en la fiesta de Sirni Zágovezni:

Desde el techo de la habitación hasta la mesa se tendía un hilo de lana rojo, y con él se ataba un huevo duro o un trozo de turrón. Entonces el hilo era movido de forma que fuera describiendo círculos, y cada comensal, con las manos cruzadas por detrás de la espalda, intentaba alcanzar y comerse el huevo o el trozo de turrón. Aquellos que lo conseguían quedaban protegidos, durante todo aquel año, de las enfermedades. Al final,

⁴ Juan F. Alcántara Montiel, *La medicina popular en la comarca del Alto Guadalhorce* (Málaga: Diputación Provincial, 1990) p. 44.

⁵ María Antonieta Jorquera Cornejo y Pilar Díaz de Ancos, «Folklore de La Ligua (provincia de Petorca, Chile)», *Culturas Populares* 6 (enero-junio 2008). www.culturaspopulares.org.

el hilo era quemado. Si se consumía deprisa, ello significa que el año sería propicio.

Esta parte del ritual recibía el nombre de Jámkane, de jam, que en búlgaro significa «comer algo muy deprisa». Reinaban en él el buen humor y las risas.

Pues bien, alegres y muy parecidos juegos de niños y de mozos fueron comunes (en algunos lugares todavía lo son) en las fiestas españolas del invierno, sobre todo en las de carnaval:

Es circunstancia indispensable el llevar vejigas infladas colgadas de palos para saludar a los amigos y también a los desconocidos, e higos colgados de palos que se hacen vibrar en la cuerda dando con otro palo para llevar porción de muchachos entretenidos pugnando por coger a saltos los higos con la boca, juego denominado del «higuí»⁶.

Otra analogía más, ciertamente sorprendente, entre las creencias búlgaras y las españolas. Según hemos podido leer en las páginas anteriores, en Bulgaria la fiesta que recibe el nombre de *Blagoveshtenie*, es decir, la fiesta de la Anunciación, que se celebra cada 25 de marzo,

conmemora que el arcángel Gabriel anunció a la Virgen María que concebiría a Jesús. Se creía que en esa fecha llegaban a los campos las golondrinas y los cucos, que con su cucú anuncian la llegada definitiva de la primavera.

⁶ Julio Caro Baroja, *El carnaval: análisis histórico-cultural* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1992) p. 139.

Cuando alguien escucha tal cucú, ha de tocar inmediatamente pan, o tentarse su bolsillo lleno de monedas, porque eso indicará que el año estará lleno de bienes, y que no faltará la comida.

Pues bien: resulta que en pueblos españoles de la provincia de León existían supersticiones muy similares en relación con la primaveral llegada del cuco:

Si al llegar la primavera se escucha el canto del cuco por primera vez, si llevas dinero en los bolsillos, lo tendrás todo el año⁷.

Se han documentado, además, creencias que en otros pueblos de España (por ejemplo de la provincia de Ávila) se asociaban más bien a la llegada de la cigüeña:

Cuando yo era pequeña, recuerdo que íbamos al instituto, y decíamos cuando veíamos por primera vez la cigüeña, que, además, coincidía que era, a lo mejor, por la época de San Blas... Y decíamos: «Por San Blas, la cigüeña verás». Y todas nos echábamos la mano al bolsillo, porque era «Por San Blas, la cigüeña verás, y depende del dinero que lleves, durante todo el año tendrás». Sea, quería decir que si, en ese momento, llevabas, pues, bien de dinero, que ibas a tener un año que ibas a manejar dinero. Y si no llevabas un duro, pues, ibas a estar todo el año sin un duro, ¿no? Y, ¡bueno!, eso es lo que yo recuerdo de cuando era pequeña, ¿no?, que lo hacíamos y creíamos en ello en cierto modo⁸.

⁷ Luis Miravalles, «Supersticiones y remedios supersticiosos en Castilla y León», *Revista de Folklore* 324 (2007) pp. 203-210, p. 205.

⁸ Información amablemente facilitada por Luis Miguel Gómez Garrido, quien la obtuvo de Fátima Garrido del Pozo (de 53 años, nacida en Ávila) en 2008.

Hasta en los ritos funerarios podemos encontrar parecidos sorprendentes entre las prácticas habituales en Bulgaria y en España. Era común, por ejemplo, esta práctica en el país eslavo:

En los ojos del difunto podían ponerse unas monedas «para pagar su viaje» al otro mundo. En ocasiones, las monedas eran metidas dentro de sus bolsillos, o bien se le ponía un ramillete con una moneda atada a él.

Ritual antiquísimo (tiene antecedentes grecolatinos por lo menos) y pluricultural, bien documentado también a lo largo y ancho de la geografía tradicional española, desde Navarra hasta Andalucía:

En Artaza, un hombre llamado Abraan García, que murió hace unos treinta años, pedía que cuando muriera le pusieran un duro (una moneda de cinco pesetas) en la mano (informa Emilio Redondo que en el cementerio de Artaza han aparecido algunas monedas)⁹.

Un puñado de tierra echaban a la fosa los más allegados. También un puñado de perras («para pagar el viaje»). Al sepulturero se le daba dinero¹⁰.

Las analogías rituales no atañían solo a la vida de los simples humanos: también la vida de los santos búlgaros y españoles estaban sujetas a ellas. Por ejemplo, en Bulgaria,

⁹ Luciano Lapuente Martínez, «Estudio etnográfico de Améscoa (Tercera Parte)», *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra* IV/11 (1972) pp. 123-165, p. 137.

¹⁰ Julio Caro Baroja, «Notas de viajes por Andalucía», en *De etnología andaluza*, ed. A. Carreira (Málaga: Diputación Provincial, 1993) pp. 21-232, p. 226.

el día de San Andrés se identificaba, en muchos lugares, como el día de los osos. Ello se debía a que, según la creencia del pueblo, el ermitaño Andrés vivía retirado en la montaña, donde cuidaba de su pequeño trigal. Un oso devoró un día el único buey con el que contaba, y San Andrés se enfureció y unció al oso el arado, para que trabajase en el campo. Se cree, por eso, que San Andrés es el señor de los osos. Muchas leyendas le presentan montado sobre un oso con el que se aparece ante la gente.

Pues bien, en la pequeña ciudad de Freising (Alemania), existe una leyenda muy similar: la de San Corbiniano, patrono de la ciudad, quien en un viaje sufrió el ataque de un oso que le comió el caballo, tras lo cual el santo amansó a la fiera y la utilizó como cabalgadura. El oso portando una carga aparece, por cierto, en el escudo del papa Benedicto XVI, quien fue arzobispo de Freising. Pero también en la lejana España resulta que el patrón de la ciudad de Lugo es San Froilán, del que cuenta la leyenda que era un obispo de León a quien un lobo devoró el burro que le conducía desde Galicia hasta su diócesis. Contratiempo que el santo solucionó rápidamente cargando sobre la arrepentida fiera el peso que antes portaba la bestia devorada.

También la fiesta búlgara de *Badni Vécher*, es decir, de la Nochebuena (24 de diciembre) muestra coincidencias sorprendentes, en su desarrollo, con respecto a determinados rituales españoles. En Bulgaria,

los hombres cortaban un tronco que recibía el nombre de bádnik, y que tenía que ser de peral, de roble o de haya. Durante la noche, el patrón de la casa removía la lumbre con él, pronunciando bendiciones, y dejaba en el fuego la parte más estrecha y delgada, para que el tronco no se apagase rápidamente y quedasen ascuas encendidas durante toda la noche.

Las cenizas del bândnik eran cuidadosamente recogidas para, más adelante, ser esparcidas sobre trigales y viñedos, de modo que propiciasen una mejor cosecha. También podían ser esparcidas en otras ocasiones especiales.

Pues bien, en muchos pueblos de toda España han tenido vigencia, hasta no hace mucho, rituales navideños semejantes, centrados en torno a un mágico tronco de madera. En el País Vasco, por ejemplo:

A este tronco se le atribuyen virtudes especiales. Azkue dice que en algunos valles y puntos de Navarra a la Nochebuena y Navidad llaman xubilero «época del tronco» [...] Época del tronco o días nuevos («Eguberriak») llamarían los antiguos vascos a las fiestas del solsticio de invierno en un principio [...] En Esquiroz y Elcano (Navarra) no ponen un solo tronco al fuego, sino tres: uno para Dios, otro para honra de la Virgen y otro para la familia. La mañana de Año Nuevo ponen al primero de los tres en el umbral, y obligan a todos los animales a pasar por encima. Si no es a primeros de año, se celebra el rito el día de San Antonio Abad y así se cree que los animales quedan libres de desgracia para todo el año. Un informe parecido recogió Azkue en Araquil, y el mismo cuenta cómo en Ibarruri, para matar las alimañas, esparcen formando una cruz las cenizas del día de Navidad por el campo, en el día de San Esteban. En otras tierras de España arde igualmente el tronco de Navidad. San Martín Dumiense, obispo de Braga, a fines del siglo VI, nos habla de él y del culto que recibía en su diócesis como algo terriblemente pagano.

En la Galicia actual lo encontramos. En la provincia de Lugo, por ejemplo (partidos de Becerreá y Cervantes), echan al fuego de Navidad un gran «cepo», que luego se enciende casi todos o todos los días del año un poco y que se vigila y conserva con gran cuidado, porque cuando amenaza una calamidad, tempestad o granizada se pone a arder.

En Aragón arde durante tres días y sus cenizas se echan en la simiente del trigo. En Andalucía queda el vestigio que refleja la palabra «Nochebueno», con la que se designa al «tronco de olivo que sirve de cabecero a una candela»¹¹.

Terminaremos nuestro rápido e insólito recorrido tras las analogías que pueden documentarse entre las tradiciones folclóricas de Bulgaria y de España llamando la atención sobre una creencia que, en el país eslavo, se asociaba al día de *Stéfanovden*, es decir, a la fiesta de San Esteban, que se celebraba cada 27 de diciembre:

Según la tradición cristiana, San Esteban fue uno de los primeros mártires de la nueva fe. Fue lapidado y enterrado en las cercanías de Jerusalén. Su culto prosperó cuando sus reliquias fueron trasladadas a Constantinopla. La leyenda nos dice que, cuando el cortejo se acercó al sitio en el que se alza la iglesia de San Esteban, los caballos detuvieron su paso y dijeron con voz humana: «El santo quiere ser enterrado en este mismo lugar». Y así se hizo.

Creencia similar a la que, en España, se asocia a innumerables santuarios, como (seleccionamos un caso entre muchos posibles) el de la Basílica de Nuestra Señora del Puy, en Estella (Navarra), del que se cuenta que se construyó sobre su emplazamiento actual porque, en el momento del transporte de la Virgen a través de Estella,

¹¹ Julio Caro Baroja, «*Olentzaro*: la fiesta del solsticio de invierno en Guipúzcoa oriental y en algunas localidades de la montaña de Navarra», *Sobre la religión antigua y el calendario del pueblo vasco* (San Sebastián: Txertoa, 1984) pp. 101-127, pp. 118-121.

*los bueyes no querían andar porque la Virgen quería quedarse en el Puy*¹².

Muchísimos más vínculos y coincidencias podríamos seguir señalando entre las creencias y los ritos que los campesinos búlgaros y los españoles han atesorado y transmitido, de generación en generación, de padres a hijos, durante siglos. Hasta hace bien poco: hasta que los desarrollos tecnológicos y la irrupción de los medios de comunicación de masas (la radio, la televisión, Internet) han venido a alterar, de forma muy profunda, el mapa demográfico, social y cultural de nuestros pueblos, y a sacrificar las viejas identidades tradicionales en favor de los avances de la globalización.

Pese a ello, igual que hoy siguen los Kúkeri saliendo por las calles de los pueblos y ciudades de Bulgaria, enfundados en sus groseras pieles de animales y haciendo sonar sus grandes cencerros, también en fiestas carnavalescas españolas, como las muy famosas del pueblo de Lanz (en Navarra), siguen los jóvenes llenando alegremente las calles con el colorido de sus indumentarias de piel y el sonido de sus cencerros, muy parecidos a los búlgaros.

Del mismo modo, si en algunos lugares de Bulgaria sigue cumpliéndose el rito inmemorial de los *nestinari* que caminan sobre las brasas en la fiesta de San Constantino y Santa Elena (cada 21 de mayo), en el pueblo soriano de San Pedro Manrique sigue celebrándose un rito similar, aunque cada noche de San Juan (del 23 al 24 de junio).

Para identificar y comentar todas y cada una de estas analogías, precisaríamos de un grueso volumen, y no del breve

¹² Información recogida a Asunción Roa (63 años) y a Javier Roa (55 años), de Estella (Navarra), en agosto de 1995 por José Manuel Pedrosa.

espacio con que ahora hemos contado. Pero creemos que, con estas en las que nos hemos detenido, basta para comunicar lo más esencial: que lo local está supeditado siempre a lo universal, y que las culturas folclóricas de Bulgaria y de España son tan singulares, y al mismo tiempo tan parecidas entre sí, porque ambas son parte de una tradición común, viejísima, internacional, que vincula y une a muchos pueblos (no solo al búlgaro y al español) con una fuerza y solidaridad que no son capaces de anular ni las distancias ni las fronteras administrativas.

